

Mujer sentada riendo



Amparo Saborido

Mujer sentada riendo

Amparo Saborido

Capítulo 1

Málaga. 9 de abril de 1925.

Sus pasos retumbaban en el silencio de la noche. No quería dirigirse hacia ese callejón tan oscuro y solitario. Pretendía llegar hasta la amplitud de la Alameda Principal. Pero la respiración entrecortada le hacía moverse despacio. Le dolía el pecho al inhalar el aire frío y húmedo. Malditos cigarrillos, pensó. Si fumara menos, sería más ágil.

Ella no debía trabajar tan tarde, pero era Jueves Santo, y, a pesar de que solía ser un día muy ajetreado en Málaga, este año había sido especial. La visita de Primo de Rivera había tenido a su jefe, y a todos los empresarios de la ciudad, en un estado de continua ansiedad deseando que todo funcionara a la perfección, en previsión de una posible y fugaz estancia de tan insigne huésped en alguno de los locales de la capital.

Era sabido por todos, y así lo había escuchado ella durante días, que la

partida del mandatario sucedería nada más que la cofradía de la Buena Muerte acabara su recorrido procesional, pero, aún así, su jefe mantenía la esperanza de que decidiera pasar la noche en el mejor hotel de la ciudad.

Así que, allí estaba ella, a las dos de la madrugada, con el uniforme aún puesto, la cofia algo caída, y con tremendas ganas de llegar por fin a casa a descansar, después de más de veinte horas de trabajo.

Tras despedirse de sus compañeras, se había quedado un minuto en el callejón lateral del hotel fumando su último cigarrillo del día. Sabía que a su familia no le gustaba que fumara, y no podría hacerlo al llegar a casa. Sólo pretendía disfrutar del humo y de la soledad tras un intenso día, que ya ni recordaba cuándo había comenzado.

Sintió la presencia de aquellos dos hombres a sus espaldas. Ni siquiera se giró, pero la farola proyectaba sus sombras hacia donde ella se encontraba. Eran dos, sin duda, y, probablemente, caballeros, pues llevaban sombreros. El silencio de ambos, a esas horas, y en ese callejón, no presagiaba nada bueno. Podía haberse girado, podía haber gritado mientras aún estaba cerca de la puerta del hotel y algún huésped la hubiese ayudado, podía haber corrido hacia la churrería porque aún estarían limpiando los restos de una noche llena de cofrades tardíos, que tomaban un chocolate caliente antes de ir a casa. Podría haber hecho cualquiera de esas cosas, pero no lo hizo.

Ahora intentaba llegar a la Alameda, con el deseo de encontrar allí, algún viandante que quisiera ser cobijo de sus miedos.

Por desgracia no fue así. Los enormes árboles movían sus hojas, y el frío erizó su piel. Quería mirar hacia atrás, para asegurarse que aquellos hombres continuaban siguiéndola, aunque no fue necesario. El ruido de los cuatro zapatos, se mezclaban con sus pasos.

No podía pensar y continuó recto. Se dirigía hacia el puerto y bien sabía que ese sería el fin de su recorrido.

Pero, a lo lejos, algo vio. Le pareció escuchar, en el puerto, varias voces masculinas. Corrió todo lo que sus pequeños zapatos le permitieron. Al mirar sus piernas, como para intentar darles un mayor vigor, comprobó que sus medias blancas se habían roto por el esfuerzo. ¡Qué mala suerte! ¿Cómo iba a tenerlas remendadas para dentro de unas horas, cuando tuviese que volver al trabajo? A pesar de estar en primavera, si acudía a trabajar sin medias, la gobernanta iba a dejarla sin sueldo semanal. Nunca había entendido esa necesidad de cubrir las piernas con aquellas medias blancas que las hacían parecer enfermeras. Cuando hacía calor, eran demasiado incómodas, y no le permitía moverse con agilidad. Eran tantas habitaciones las que tenía que limpiar y tantas camas que hacer, que, mientras menos impedimentos le pusieran, mayor sería la eficacia. Pero nunca volvería a plantearlo, ya que, aquél día, hacía ya más de dos años, que se le ocurrió comentarlo en la sala donde comía el servicio, la encargada le indicó que, por haber tenido una idea tan estúpida, esa semana su sueldo menguaría hasta la mitad.

Las voces se alejaban y ella intentaba correr más rápido, agarrándose a la única esperanza que tenía de salir indemne de aquella persecución. Pudo ver con claridad a dos legionarios, que caminaban abrazados, con la compañía de sendas botellas en sus manos. Quiso gritarles, pero no le quedaba aire. No podía avisarlos, y ellos se perdían de su vista, alejando también cualquier posibilidad de cobijo.

Se agarró con fuerza a la barra oxidada que sobresalía del suelo, usada para el amarre de las embarcaciones. Ante ella solo quedaba mar. No podía seguir. Ni tenía más camino, ni fuerza que la acompañara.

Sintió los pasos cerca. Vio de nuevo sus media rotas. Intuyó que ese ya no iba a ser un problema. Y, de repente, todo se hizo oscuridad.

Capítulo 2

Madrid, 2017

-Mamá, por favor, habla más despacio. No logro entenderte.

Clara acababa de salir del trabajo, y cogía el teléfono con su hombro, mientras intentaba cerrar el bolso, agarrando a la vez el abrigo para que no cayera al suelo. El ruido en el Paseo del Prado a esa hora del medio día era ensordecedor. Se había tomado un analgésico para el dolor de cabeza pero no había funcionado. El grupo de turistas de esa mañana era especialmente ruidoso y había tenido que elevar mucho la voz en cada explicación. Necesitaba llegar a casa y dormir un poco antes del turno de tarde.

-Es que me duele la cabeza y aquí hay demasiado ruido de tráfico- trataba, sin mucho éxito, de cortar la conversación. Decidió resguardarse en un portal para intentar entender lo que su madre quería explicarle.

-Cariño, es la portería. Debemos abandonarla. Y hay que quitarlo todo en dos semanas. ¡Dos semanas! Imagínate. No podía haber pasado en peor momento, con lo de tu padre por medio... Yo no puedo salir de casa. ¿Quieres que lo deje aquí, sin poder moverse? Es capaz de romperse la otra cadera. No puedo ir a recoger nuestras pertenencias. Clarita, cariño, te necesito.

-No me estarás diciendo que la portería sigue en nuestro poder, ¿verdad?

-Sí, cielo, sigo teniendo las llaves.

-Pero, ¡si la bisabuela murió hace más de diez años! ¿Cómo es posible que no

se haya ido a recoger sus cosas aún?

-Hija, yo qué sé. Un día por otro, y el mes que viene lo hago, y ya el siguiente, y murió la abuela, y para el mes que viene, y te fuiste a París, y decidí que cuando volvieras ya lo haríamos juntas, y cuando volviste te quedaste en Madrid... y así hasta hoy.

París. Su mente volaba cada vez que escuchaba el nombre. Su ciudad preferida, soñada desde la infancia, y ahora era incapaz de ver la silueta de la Torre Eiffel sin estremecerse. ¿Por qué, tras los años transcurridos, no era capaz de superarlo? Se enfurecía con ella misma por seguir atada a esa parte odiada de su pasado.

-Mamá, no puedo ir ahora a Málaga. Estoy trabajando.

-Siempre dices que cualquier día es perfecto para venir a Málaga.

-Lo digo en sentido literario. Siempre me apetece ir a Málaga. Pero no siempre puedo dejarlo todo e ir hacia allá.

-Me comentaste, la semana pasada, que te deben más de un mes de vacaciones del año anterior. Y, que te dijo la jefa, que eres la más eficiente de sus guías y la que tiene más horas acumuladas. Descansa un poco y ven a ayudarme, por favor. Sabes que no te lo pediría si no fuese necesario. Pero, ¿cómo quieres que lo haga yo? Estoy sola cuidando de un inválido.

-No digas eso de papá. Se ha roto la cadera, simplemente. Dentro de unos meses hará vida normal. No es un inválido.

-Es un inválido de mente, hija. ¿A quién se le ocurre comprarse una moto con sesenta y ocho años? ¿A cuento de qué? Quería disfrutar la vida, me dice, y que, como tuvo una moto minúscula a los 18 años, con la que conquistaba a todas las novias, pues ha decidido vivir una segunda juventud. Y va, el muy loco, y afirma que era para que los dos nos fuésemos a dar paseos como

cuando éramos jóvenes. ¿Tú crees que yo me iba a montar en una moto? ¿A mi edad? Obviamente no. Y me enfadé. Claro. No es normal.

-Ya lo sé mamá. Conozco la historia. También sé que estás vendiendo la moto sin que él lo sepa.

-Es que no pienso dejar que vuelva a cogerla. ¿Quiere dejarme viuda? ¿Qué voy a hacer yo sin él? Si lo quiero más que a mi vida...

Adoraba a sus padres, y adoraba su relación. Alma y Rafael reñían casi con la misma intensidad con la que se reconciliaban. Era difícil que estuvieran juntos más de cinco minutos, sin que el uno al otro se dedicaran un fugaz beso en la mejilla, una caricia o una simple mirada. Clara pensaba que era imposible encontrar una pareja igual. Por supuesto, le parecía inviable que ella algún día conociera a alguien capaz de completarla de aquella manera.

Estaban juntos desde que él tenía diecinueve años y ella, tan solo, dieciséis. Su abuelo paterno era un empresario cordobés que se había enriquecido gracias a la comercialización del aceite de oliva. Todos los años, desde que el abuelo se casó con su segunda esposa, una vez que enviudó, la nueva pareja, junto con los tres hijos que había tenido con la fallecida, iban a veranear a un pueblo costero de Málaga. En aquél pueblo vivían los abuelos maternos de Clara, con su madre, hija única. Allí tenían una pescadería, y allí se conocieron sus padres. Al principio, el abuelo paterno, no aceptaba la relación. Intentó ignorarla pensando que, al ser un amor de verano, con la llegada del frío y la vuelta a su Córdoba natal, el niño acabaría por olvidar a aquella chiquilla morena, de rasgos marcados, que le había vuelto loco. Pero estaba equivocado. La distancia no sólo no hizo que la olvidara, sino que Rafael cogía su recién estrenado Citroën GS, para escaparse, cada vez que tenía oportunidad, hasta Málaga, y encontrarse con su amada Alma. Estaba ya en su último año de la carrera de empresariales, cuando Rafael decidió irse

a vivir a la ciudad malagueña. Contaba con el piso de veraneo de sus padres y podría comenzar a buscar trabajo por la zona. Alma, por aquel entonces, ya cursaba segundo de Historia del Arte.

-Papá- Rafael intentaba ser cauto al hablar con su padre. Sabía que solía llegar enfadado a casa, tras un intenso día de trabajo, y el fuerte carácter que tenía, empeoraba en la noche, cuando le sumaba algo de alcohol a su organismo- quería plantearte una cosa.

-De verdad hijo, o hablas más fuerte, o voy a tener que pedirle a tu madre que traduzca tus palabras- la abuela de Clara movía sus manos, de forma mecánica, pues intuía lo que iba a ocurrir a continuación, y, por mucho que le doliera, sabía que aquella noche se avecinaba discusión en su hogar.

-Te digo, papá, que he pensado irme a vivir a Málaga en cuanto acabe mi último examen de la carrera. Eso será el mes próximo, y, ya que tenemos la casa de verano, podría vivir allí, si no os parece mal.

-¿Quieres irte detrás de la hija de un pescadero? ¿De verdad piensas que voy a dejarte que hundas tu futuro así?

-No es la hija de un pescadero, papá- Rafael empezaba a tartamudear. Le sudaban las manos, y no salían las palabras con la contundencia que deseaba. El fuerte carácter de su padre conseguía paralizarlo- Está estudiando una carrera universitaria.

-¿Has escuchado Reme?- se dirigía a su mujer, sin apenas mirarla- Estudiando una carrera dice el niño... la hija de un pescadero. Hoy en día estudia cualquiera.

-Papá no es cualquiera. Y no voy a permitir...

-¿Qué no vas a permitir?- los gritos empezaban a sentirse en todas las habitaciones del enorme chalet que habitaban- Mira niño, tú no tienes que permitir nada. Te puedo echar de esta casa, mandarte a Málaga sin nada de

ayuda, y a ver si te pones a trabajar vendiendo pescado. Estás de vuelta en Córdoba en menos de dos semanas, te lo digo yo.

Ambos se miraban en silencio. Las lágrimas comenzaban a asomar por las mejillas de Rafael. Su madre lo miraba, compasiva, pero no tenía poder alguno para resolver la situación.

-Muy bien- dijo de repente su padre- te vas. Allí tienes la moto que usas en verano. El coche se queda en esta casa, para cuando vuelvas, que será muy pronto. Hazme caso, muy pronto...

Por supuesto, el abuelo de Clara se equivocó. Rafael se marchó a Málaga justo el día en el que acabó el último examen de la carrera. Se instaló en el piso de sus padres. Cada noche cenaba en casa de Alma, y, ambos, paseaban junto al mar, haciendo planes de futuro. Durante los primeros meses, el joven daba clases particulares de matemáticas para poder subsistir sin necesidad de pedir dinero a sus padres. Pero, un año después de la huída de la casa, su padre falleció de un infarto. Cuando le dieron la noticia, no sabía si había sufrido más por perderlo o por pensar que su estancia en Málaga peligraba.

Tuvo que marcharse a Córdoba durante unos meses, para, junto con su madre y sus hermanos, solucionar una herencia demasiado complicada. Sin embargo, cuando el abogado consiguió esclarecer todo el papeleo, resultó que eran más ricos de lo que podían imaginar.

Rafael decidió marcharse a Málaga, junto con el Alma de su vida, y allí expandir la empresa de su padre. Así lo hizo, multiplicando por cien los beneficios de las exportaciones al extranjero.

Una vez que Alma terminó su carrera universitaria y preparó las oposiciones para trabajar como maestra en un colegio, se casaron y tuvieron a su hija, Clara.

-Hija, ¿qué me dices?- su madre insistía. Y la verdad es que la echaba de menos. Le apetecía volver a verlos, a disfrutar de ellos, a pasear por el centro, con sus amigos, como lo hacía antes de lo de París.

-Mamá, es que de verdad que no puedo creer que aún tengamos la portería. Y que las cosas de la bisabuela sigan allí. Es una locura.

-Ya sabes lo que me cuesta deshacerme de las cosas, imagínate deshacerme de ese piso que ha sido parte de mi vida.

-Ni siquiera íbamos por allí. Nunca le gustaron demasiado las visitas.

-Tu bisabuela era una mujer extraña. Y la portería tampoco daba para muchas reuniones. Imagínate, que ella era la portera del edificio, y, por eso, le habilitaron una pequeña estancia, con un salón, y un dormitorio. Al principio, me contó mi madre, que ni siquiera tenían baño. Pero cuando ya pasaron unos años, uno de los vecinos, el médico que tenía la consulta en el edificio, decidió pagarle una obra y hacerles a la bisabuela y a la abuela un baño dentro de la vivienda. Eran otros tiempos hija.

-Otros tiempos para una madre soltera...

-No lo digas, que eso no es cierto. Mi abuelo se llamaba Curro y bien guapo que era. Aunque el pobre muriera antes de nacer mi madre. No vuelvas a decir eso. Ya sabes que a la abuela no le gusta escucharlo.

-Mamá, la abuela está muerta.

-¿Y qué? Te escucha igualmente, así que no lo digas. Era una madre viuda, pero no soltera. Las habladurías de la época.

-Como quieras mamá- no podía evitar reírse con su madre. Era única para sacar su mejor energía- No era madre soltera. Pero crió sola a la abuela.

-Sí, la crió sola. Así que tiene mucho mérito. Y vivió toda su vida en aquella portería, sola desde que mi madre decidió irse al pueblo. Pobrecita, qué sola se quedó.

-Podría haberse ido a vivir al pueblo, con ellos. De hecho, en los últimos

años, ya ni hacía sus labores de portera.

-Pero nunca quiso abandonar su casa. Y la entiendo. Toda su vida la había pasado entre esas cuatro paredes y allí estaban sus pertenencias. No quería dejarlas. Y allí llevan desde hace años, llenas de polvo. Tienes que venir a ayudarme.

-No sé cómo lo haces, mamá, pero siempre te sales con la tuya.

-Si siempre me saliese con la mía, tu padre no estaría tumbado en la cama, con la cadera rota, y no se hubiese comprado una moto horrible que lo ha dejado inválido...

Su madre seguía hablando sobre su padre sin parar, criticándolo y amándolo a la vez. Tenían suficiente ayuda en casa, contaban con las dos jóvenes que realizaban la limpieza y cocinaban, y además podían permitirse una enfermera que viviera con ellos todo el tiempo que su padre estuviera convaleciente. Pero su madre la quería allí, en casa, cerca de ellos. Lo de la portería era una excusa. La echaban de menos y ella a ellos. Así que ambos salían ganando con la situación.

Dos días después, durante los cuales, Clara tuvo que dejar sus visitas asignadas a otros guías, y vaciar la nevera, algo más de lo habitual, se encontraba en el vagón del tren, iniciando su escapada a Málaga, sin billete de vuelta. No tenía clara la fecha de regreso. Sabía que podía estar sin trabajar más de treinta días y, aún así, tendría vacaciones pendientes. Nada le ataba en Madrid. Era un sueño trabajar en el Museo del Prado, pero comenzaba a estar algo cansada de los mismos cuadros, las mismas anécdotas, los mismos colegiales, los mismos turistas... La capital era una ciudad viva, pero poco personal. Echaba de menos el olor a sal, el calor, el color del cielo... hasta añoraba el terral. Necesitaba volver a su origen para

ver si, por fin, se encontraba a ella misma y salía del bucle parisino que la envolvía. Sólo sus raíces podían hacer que regresara a su ser primitivo. La capital le había otorgado la soledad necesaria en el momento más doloroso de su vida, pero tenía dependencia del mar. Al mirarlo, contemplaba la inmensidad absoluta y conseguía hacerse minúscula ante lo que le rodeaba. Sentirse tan pequeño, hacía más fácil la existencia.

Capítulo 3

Málaga 1923

Sólo debía hacer la cama, limpiar baño y habitación. Era su cometido. Le había quedado claro el primer día, hacía ya casi once meses, que ninguno de los cajones ni armarios de la estancia debían ser abiertos.

Pero a veces, los descuidados y elegantes huéspedes, se dejaban entreabiertas las puertas del vestidor, o, en medio de la estantería del baño, colocaban, desordenados, los múltiples botes de cremas y fragancias. De esa manera, fantaseaba con la vida inaccesible y lejana que nunca llegaría a tener, con los abrigos que nunca vestiría o con el perfume al que nunca olería. Y, en alguna ocasión, con su amiga Beatriz vigilando en el pasillo, se había atrevido a calzarse algún maravilloso par de zapatos que, perdidos, se encontraba debajo de la cama al barrer.

-¡Venga Mariquilla!- le susurraba entonces Beatriz, algo alterada desde la puerta- ¡Despierta ya del sueño! A ver si te enteras que nunca seremos una de ellas.

-Ya he terminado. Entra y repasemos.

-Anda sí, que con la tontería mira qué hora es y aún nos quedan veinte habitaciones más. Y hoy estoy realmente cansada. El niño me ha dado mala noche. Ha sido tremendo. Cuando vaya creciendo no sé qué voy a hacer con él.

-Tranquila Beatriz, seguro que al final aprende a andar y a moverse. Es lo que le pasa a todos los niños. No va a ser diferente el tuyo.

-Mariquilla, no seas ingenua. Mi hijo es diferente. No está bien. Y los médicos no me dicen nada, sólo que no es igual que los demás. Mi madre dice que no debería haber nacido, y yo, a veces, también lo creo. Hubiese sido mejor.

-No digas esas cosas. Me dan pena.

-Te dan pena porque eres una chiquilla que no sabes nada de la vida. Tener un hijo que no es capaz de moverse siendo rico, es un fastidio; pero siendo pobre, es un auténtico drama. Claro, con diecinueve años qué vas a saber tú.

-Solo me llevas cinco años, tampoco eres tan mayor.

-Pues fíjate lo que me han cundido esos años de diferencia, que me he casado, he tenido un hijo, y me he quedado viuda. A ver cuándo empiezas a espabilar, que te vas a quedar soltera para toda la vida.

Beatriz siempre le insistía en que debía buscar un buen novio, con el que casarse y tener hijos. No entendía muy bien para qué, si después de limpiar durante más de diez horas las habitaciones del enorme hotel, iba a tener que llegar a casa a seguir limpiando y sirviendo a su esposo. Y, encima, cabía la posibilidad de que tuviera un hijo raro, como el de Beatriz, y el trabajo dentro de la casa fuera agotador hasta la extenuación. Estaba mejor así, soltera. Hacía casi un año que su padre, cobrador en el tranvía, se había enterado que buscaban limpiadoras en el mejor hotel de la ciudad. Trabajaba diariamente en una de las seis líneas que contaba la ciudad malagueña, en la que unía el barrio de Huelin con El Palo. Eran tantos los viajeros que la usaban que, en la mayoría de las paradas, el tranvía ni tan siquiera frenaba su marcha, sino que aminoraba para facilitar la subida y bajada de los usuarios, quienes, normalmente, superaban por mucho la capacidad de los vagones. Aquél día, cuando hacía sonar el silbato con fuerza para avisar a los viajeros del inicio de la marcha, su amigo Rodolfo, el panadero más antiguo de la ciudad, se le

acercó.

-Agustín, deja el silbato por Dios. Un día me vas a dejar sordo.

-Sordo estás ya desde hace años Rodolfo- los pasajeros reían a carcajadas. La mayoría se subían al tranvía cada día a la misma hora y todos mantenían ya una relación cordial y amigable.

-Por culpa de tu silbato, por eso me estoy quedando sordo. Déjate de tonterías y escúchame con atención- el tranvía comenzó su marcha y ambos hombres se agarraron a una de las barras de los asientos para mantener el equilibrio- Me dijiste hace unos días que estabas preocupado por tu niña, ¿es así?

-Preocupado porque la niña, que es clavada a su puñetera madre, es una fierecilla difícil de domar. Y no quiere buscar marido, ni nada que se le parezca. Y ya te conté el otro día que así no podemos seguir. Algún futuro se tiene que buscar. Encima la madre dice que no la lleva a lavar la ropa nunca más. Una vez que fue, vinieron las dos con un disgusto... imagínate que, según me contaron cuando se consiguieron calmar, la niña rompió una falda de Doña Dolores, ¿sabes quién es Doña Dolores?, la mujer del Doctor, pues mi mujer le lava la ropa desde hace años, y mi niña, cogió una falda de Doña Dolores y al darle contra la piedra, ¡la rompió! Imagínate, que no solo fue el disgusto, sino que a mi esposa ese mes no le dieron jornal. Pues ya la niña no va a lavar más.

-Precisamente por eso. Sabes que le entrego pan a diario al Hotel Regina.

-Hombre, pues claro, ¿cómo no lo voy a saber? El otro día escuché que un huésped, un caballero debía ser, porque para alojarse allí como poco Doctor o Abogado, que preguntó por el pan tan maravilloso que le sirvieron.

-Sí, ya me llegó el rumor. Aunque eso debe ser, un simple rumor. Porque a mí no me han comentado nada.

-No te han dicho nada porque se pensarán que vas a pedirle más por el pan. Si

te pagan una miseria...

-Tal y como está la cosa, amigo Agustín, me conformo con lo que gano. Al menos mantengo a la familia.

-Que ya es mucho con los tiempos que corren...

-Bueno, pues hablando de familia, me he enterado que precisamente el Hotel busca limpiadoras de habitaciones. Por lo visto prefieren muchachas jóvenes. Puedo hablar con ellos y mandar a la niña.

-¡Muchas gracias Rodolfo!- el cobrador comenzó a abrazar al panadero con fuerza.

-Bueno, bueno, veremos a ver qué pasa. Lo único que te puedo prometer es que voy a hablar con ellos a ver si consigo algo.

-Eso es suficiente para mí. Mi María del Mar es una mujer capaz de sorprender a cualquiera. Ya lo verás. Los va a dejar boquiabiertos.

-Yo creo que con que no rompa la falda de ninguna de las clientes nos daremos por satisfechos Agustín...- las risas de ambos hombres se mezclaron con los ruidos del tranvía recorriendo las calles de la ciudad.

Y once meses después allí se encontraba María del Mar, con su uniforme azul marino, sus medias y cofia blancas, haciendo camas y limpiando habitaciones llenas de vidas y luz.

-¿Echamos un pitillo, Mariquilla? Así descansamos un poco.

-Dice mi madre que fumar es cosa de hombres.

-Eso lo dicen todas las madres. Pero ellas no tienen ni idea de lo que es una mujer de los años veinte. ¿No has visto a las señoras en el café? Todas llevan su pitillera. Y son elegantísimas.

-Yo nunca podré ser como ellas.

-No si sigues con esa manía tuya de morderte el labio continuamente- Beatriz

le dio una palmada en los labios- ¡Mete ya el diente ese roto para dentro! Chiquilla, que mira que eres guapa con avaricia, pero ¿por qué tienes que enseñar continuamente el único defecto que tienes?

-Es una manía, no lo puedo evitar. Me sale solo. Y no es el único defecto. Ojalá...

-Niña, tú no te has visto bien. Tienes a todos loquitos.

-¿A quién?

-No te hagas la tonta. A todos. Desde el chófer, hasta al camarero. El otro día los escuché hablando de ti. Decían que eras como un ángel caído del cielo. ¿Te lo puedes creer? Esos cazurros hablando de ángeles, de cielo, y de belleza. Eso sólo lo consigues tú, con tu paleta rota y todo. Mantén tus labios bien cerrados, que a alguno de estos te lo llevas como marido, créeme.

-¡Qué pesada con el marido! ¿Qué marido, ni marido? Ninguno de ellos me gusta. No son mi tipo.

-Ah, ¿no? ¿Y cuál es el tipo de la señora, si se puede saber?

-No lo sé, desde luego ellos no. Me gustan más... más... no sé. Más hombres.

-¿Más hombres? ¿Tú has visto los brazos de Javier, el encargado de abrir la puerta? ¿Crees que esos brazos son de poco hombre? Tú estás loca.

-No quería decir más hombre. Quería decir más elegante, o más... caballero.

-Ahora sí que te has vuelto loca de verdad. No pienses ni por un momento que alguno de esos hombres a los que te refieres se van a fijar en ti. Bueno, fijarse se pueden fijar. Pero sabes para qué, ¿no? ¿Lo sabes? ¿Tengo que explicarte para qué querrían esos caballeros, como tú los llamas, a una chica como nosotras?

-Ya sé lo que dices. No sigas hablando que me da vergüenza.

-Pues que no te des y escúchame bien, que tengo más experiencia que tú. No te acerques a ellos. Te dejo fantasear en las habitaciones, probándote unos

zapatos, u oliendo sus perfumes, porque eres como una hermana pequeña para mí. Pero no te voy a dejar hacer el tonto. Y ahora vamos al patio a fumarnos ese cigarrillo que nos va a sentar estupendamente.

Bajaron por la enorme escalera central que llevaba desde las habitaciones al hall del hotel. La gran cúpula de cristal hacía posible que la luz del sol se reflejara en el mármol blanco que cubría todas las columnas, suelos y escalones. En el centro del hall, rodeando una pequeña fuente, se distribuían varias mesas, cobijando encuentros entre elegantes señores que dialogaban ante una taza de café. A la izquierda de la gran escalera, un ascensor, con reja repujada negra y un empleado encargado de acompañar a los huéspedes al piso deseado, dejaba claro, nada más verlo, que el establecimiento contaba con los avances más novedosos. Un hotel grandioso, el más lujoso de toda la ciudad. El dueño, Don Luis Perez de Lión, un importante empresario catalán, había comprado el palacio construido el siglo anterior en pleno centro de la ciudad, con el objetivo de convertirlo en el referente hotelero del sur. Y lo había conseguido. Insignes caballeros se hospedaban en el Hotel Regina, y eran muchos los que deseaban una habitación en él sin lograrlo.

-Lo que yo he alcanzado es algo inaudito en esta ciudad. Antes de llegar nosotros, aquí sólo olía a pescado y sal. Menos mal que Málaga se está convirtiendo en una ciudad importante, no sólo en Andalucía, sino en toda España, gracias a nosotros- Don Luis hablaba con su esposa, sentado en su suite, donde desayunaban cada mañana.

-Cuando llegamos, pensé que nos tendríamos que volver a los pocos meses- Soledad hablaba con gran acento catalán, forzado, ya que su familia era de Zaragoza, y se había trasladado a Barcelona al casarse con su esposo. Su acento cerrado le proporcionaba, según ella, la lejanía necesaria sobre esa

gente del sur, cuyas palabras apenas entendía.- Nuestros hijos podrán llevar nuestro apellido con orgullo, y continuar nuestro legado cuando ya no estemos.

-¿Nuestros hijos? Dirás nuestro hijo. El otro... en ese no confío.

-Volverá hecho un hombre de provecho.

-Nos equivocamos al mandarlo allí. Me dejé guiar por ti. Eres demasiado blanda. Se tenía que haber quedado aquí o en Barcelona. Pero París... allí no se le ha perdido nada.

-Debíamos dejarle que se diera cuenta por sí mismo, cariño. No te enfades. Además, tengo una sorpresa para ti. Recibí carta la semana pasada. Vuelve con nosotros. No pensaba decírtelo, pero soy incapaz de guardar un secreto.

-¿Ya se ha cansado de las acuarelas y pinturitas?

-No deberías infravalorarlo. Según me dijo en una de sus cartas, ha conocido al mismísimo Pablo Ruiz Picasso.

-Por mí como si conoce a Velázquez, muerto y todo. Él nunca será uno de ellos. El problema es que tampoco será uno de nosotros. No tiene capacidad para dirigir todo esto. Menos mal que tenemos al mayor.

-Quizás se convierta en un gran pintor. Ahora no es igual que antes. Los pintores se codean con gente importante. Puede ser interesante para tus negocios.

-Eso es una idiotez, Soledad. No me pongas de mal humor tan temprano, por favor. Estoy desayunando, leyendo el periódico y no me apetece pensar en la vida que mi hijo ha decidido llevar, permitida por ti. Es un inútil, y no servirá ni para pintar caricaturas. Cuando regrese, ¿te ha dicho qué piensa hacer?

-No me ha comentado nada. Pero yo, si no te importa, preferiría mantenerlo entretenido con sus pinturas. Sí, ya sabemos que no va a llegar a nada, pero así no está inmiscuyéndose en los asuntos importantes del hotel. Y sabes que no se lleva demasiado bien con su hermano ¿Para qué queremos tenerlos todo

el día enfrentados? Pensé que, quizás, podría tener un pequeño estudio, cerca de aquí, y así estará pintando sus cuadros lejos del hotel.

-Me parece buena idea. Todo sea por mantenerlo alejado de estas elegantes paredes. Solo te pido que cuando salga de su habitación y cuando regresa a ella, parezca lo que es, el hijo de los dueños, y no un obrero cualquiera. Que se quite las camisas sucias antes de pisar el escalón de la entrada.

Soledad miró a su marido con el orgullo de conseguir siempre que él hiciera lo que ella pretendía, sin que se percatase de ello. Era cuestión de enseñarle el beneficio de cada situación. Con su hijo mayor lo tenía más difícil. Pero esa era una lucha que no estaba dispuesta a mantener por ahora. Siempre se planteaba, como mucho, una batalla por día. Así era más fácil conseguir la victoria.

Capítulo 4

Málaga 2017

Al acceder a la portería, Clara tuvo que entrecerrar los ojos para intentar evitar que el polvo entrara en ellos. No podía comprender que su madre hubiese abandonado aquél lugar durante tanto tiempo. Buscaba, sin éxito, una explicación a esa especie de indiferencia que no congeniaba con la forma de ser de su progenitora, tan perfecta, tan cuadriculada, tan profesora.

La única explicación posible que le encontraba, era que le doliese demasiado romper con todo aquello, vaciar una vivienda llena de recuerdos de infancia, recuerdos de una vida pasada que ya no existía ni en la mente de los que la acompañaron. Era solo pasado, sin más.

Clara miraba a su alrededor, buscando una esquina por la que empezar. Nada más abrir la débil puerta de la portería, convertida en vivienda, se encontró dos pequeños sillones, con brazos de madera, situados junto a una mesa camilla. Compartían ambos, unas tapicerías ajadas de flores con colores que habían palidecido. Frente a ellos un mueble sobre el que se apoyaba un antiguo televisor y un teléfono de sobremesa. Parecía haber viajado en una máquina del tiempo que la transportara a un siglo anterior.

Decidió adentrarse en la portería. Un estrecho y oscuro pasillo la conducía a tres dependencias minúsculas. Todas ellas interiores. Ninguna ventana que permitiera dejar entrar la luz del sol. Tampoco el salón contaba con una de ellas, pero al dar la puerta a la entrada del edificio, se beneficiaba de la claridad que provenía del exterior del habitáculo. Clara pensó que aquello era lo más parecido a un zulo. No lo recordaba tan pequeño en las cortas y poco

numerosas visitas que realizó a su bisabuela. Era una mujer malhumorada, a la que le gustaba la soledad y le incordiaban los niños, o al menos, esa era la sensación o el recuerdo que le quedaba de ella. Y precisamente, esa niña preguntona, algo inquieta, ahora convertida en mujer, iba a ser la encargada de enterrar una vida para siempre. Sólo quedaba aquello de esa persona; su ropa, su sillón, la cama donde dormía, el aire que respiraba, los días que tachaba inmersa en su oscuridad.

Tras el pasillo, separados por un fino tabique, el dormitorio, el baño y la cocina. Intentó encender la luz con el interruptor, pero por más que subía y bajaba aquella palanca de porcelana, las bombillas que, intuía, colgaban del techo, no se encendían. Usó el móvil como linterna para alumbrar los espacios. El baño minúsculo tenía un espejo que, a la vez, era un pequeño armario sobre el lavabo; una media bañera, y un water cuya cisterna se encontraba suspendida en el techo, completaban la zona de aseo. Junto a ella, la cocina, formada por un fregadero y una hornilla de gas de dos fuegos. Por último, el dormitorio; una pequeña cama se situaba junto a un armario. Fin de la inspección.

Aquello, pensó, le iba a llevar poco tiempo. Vaciar el armario, donar la poca ropa que hubiera, y guardar las fotografías familiares que seguro encontraba en algún cajón. El resto podía dejarlo dentro, y que se demoliera junto a todo el edificio. Un cartel en la entrada lo anunciaba; se iba a destruir todo el bloque para construir un nuevo conjunto de viviendas. En la fotografía parecía precioso; incluso se intuían personas creadas por ordenador que se manifestaban felices al pasear por delante de semejante belleza. A Clara hasta le habría gustado vivir en aquel nuevo lugar; la situación del edificio era perfecta, justo al lado de calle Carreterías, una de las más antiguas de la ciudad. ¿Quién no iba a querer vivir allí, en pleno centro, y en una casa tan moderna? Entendía perfectamente que les obligaran a desalojar aquella

portería. De hecho, no comprendía que no lo hubiesen hecho antes; no era propiedad de su bisabuela, la tenía alquilada, y pagaba un precio simbólico por ella gracias a los servicios prestados como portera. Durante casi cincuenta años, su labor fue importantísima; la portera era el alma del edificio, la columna que unía a todos los propietarios o inquilinos. En las viviendas, repartidas en tres pisos, se encontraban las oficinas de un banco, las consultas de insignes doctores, o los hogares de importantes familias de la ciudad. Con el paso de los años, el inmueble se fue quedando vacío, y los nuevos habitantes poco o nada necesitaban una portera. Los propietarios de la finca, permitieron que su bisabuela siguiera abonando el simbólico alquiler, y viviera allí hasta su muerte. A pesar de conocer su fallecimiento, no obligaron a su hija a abandonar la estancia hasta ahora, que era necesario por la demolición.

Con la linterna del móvil aún encendida, abrió el armario del dormitorio. Se encontró justo lo que esperaba. De la barra colgaban cuatro o cinco vestidos, casi todos de color oscuro, y un abrigo; en la zona inferior, seis cajones con algo de ropa interior y calcetines; por fin, en el último cajón, encontró las fotografías y carpetas llenas de papeles viejos. Ahí se encontraba el verdadero resumen de la vida de su bisabuela. ¡Qué tristeza le invadió! Se imaginó a sus futuros descendientes, resumiendo su vida en un cajón. Qué poco somos y en qué menos nos convertimos, pensó Clara.

Con más respeto que calma, se dispuso a sacar el contenido del cajón. Decidió llevarlo al salón, porque le era incómodo tener que alumbrar con una mano mientras que con la otra extraía todos los documentos. Se levantó para llevar un primer porte de papeles y fotografías hacia la mesa camilla, pero al girarse vio un cuadro colgado en la pared. La luz del móvil solo iluminaba una parte; se acercó a él y el espacio alumbrado se hacía cada vez más pequeño. Tenía que retroceder hasta la pared opuesta, justo donde estaba el

cabecero de la cama; desde allí, y con la tenue luz, pudo entrever que se trataba de un cuadro cubista. Su formación artística le permitía, con tan pocos datos, asegurar que se trataba de una obra de calidad pésima. Era un elemento que destacaba, no por su belleza, ni por su grandeza, sino por lo desubicado que se encontraba en esa portería antigua y austera. Ni siquiera se había fijado si en las paredes del salón colgaba algún tipo de imagen; si así era, debía ser una, acorde al resto del habitáculo. Pero en este caso, no lo era. Abandonó las fotografías que llevaba en su mano junto con el móvil, encima de la cama. Decidió, completamente a oscuras, descolgar el cuadro y llevarlo al salón, donde poder observarlo con algo más de luz. No pesaba demasiado y un único punto lo fijaba a la pared, con lo que descolgarlo fue fácil. Al hacerlo, notó y escuchó cómo, de la parte posterior del cuadro, pegado a la pared, se precipitaron varios papeles al suelo. Intentó no pisarlos y lo llevó al salón. Con la puerta abierta, la luz que entraba del exterior, le permitía admirar la obra en su conjunto; definitivamente se trataba de un óleo sobre lienzo, cubista, que representaba una figura humana. Se habían reducido las formas a una mezcla de volúmenes esféricos y triangulares. Era mediocre. No tenía firma alguna en sus esquinas inferiores. Clara giró el cuadro y lo apoyó sobre uno de los sillones. Allí pudo ver el título de la obra, una fecha y un lugar: *Mujer sentada riendo. Montparnasse, 1925.*

Las manos comenzaron a sudarle. ¿Y si era de algún pintor cubista importante? No, evidentemente no tenía calidad para ello. Era obvio; pero realizado en París, y en esa fecha... ¿Lo podría haber pintado alguno de ellos? Era cubista, y jugaba con las formas. Las emociones la estaban invadiendo de tal manera que no era capaz de pensar con claridad. Volvió a girar el cuadro; lo miró con más detenimiento; sí, el título lo clarificaba; la figura humana pertenecía a una mujer desnuda, ahora podía distinguir sus pechos y su cadera redondeada. ¿Qué hacía su bisabuela con un cuadro así?

De repente pensó en los papeles que cayeron en la habitación, tras el cuadro. ¿Por qué guardaba papeles tras él? Tenía un cajón de su armario dispuesto para ello. ¿Qué necesitaba esconder?

Corrió a recogerlos. A oscuras, pasó la mano por el suelo para encontrarlos. El polvo se quedó impregnado en sus dedos, dejando un surco en las baldosas. Sus ojos se empezaban a acostumbrar a la falta de claridad, y pudo encontrar los papeles desperdigados y lo que parecía una pequeña revista, usada probablemente a modo de carpeta para protegerlos. Corrió hacia el salón para observarlos, intentando despejar los cientos de dudas que se adueñaban de su cabeza.

El pasillo era tan corto que no le daba tiempo a adaptar la visión a la luz que, aún siendo escasa, la cegaba por la oscuridad absoluta a la que se había adaptado en el dormitorio. Con los párpados semicerrados, no pudo evitar gritar al llegar al salón. Una figura oscura, a contraluz, estaba ante ella como si fuera un ser del más allá. El grito de Clara retumbó en la entrada del edificio.

-Siento asustarla- la voz masculina la relajó. Al menos no era un fantasma, pensó riendo en su interior por la tremenda ocurrencia que acababa de tener.

-No es nada, yo soy la que lo siente. De verdad discúlpeme; es que estaba en el interior y, al no haber luz, me he cegado. Soy Clara García- extendió la mano para estrecharla con el “ser” desconocido.

-Encantado, soy Joaquín Ruiz, el arquitecto encargado de la obra. Me ha extrañado ver la puerta abierta y he entrado. Disculpe, creía que nadie vivía aquí.

-Y es así. No vive nadie. Era la casa de mi bisabuela; murió hace años, pero hasta ahora no habíamos venido por sus pertenencias. Creo que el edificio se va a demoler.

-Exacto, por eso supongo que el propietario, un familiar mío, les ha indicado que lo desalojen. Queremos empezar con las obras dentro de dos semanas. Si no le importa, voy a mirar el interior; me pasaron un plano de la portería, y quiero confirmar que es correcto.

-Por favor, adelante. Aunque he de decirle que le sería de gran ayuda contar con una linterna; no hay luz.

-Es tal y como lo esperaba- dijo el arquitecto, tras una breve inspección- El baño, y cocina se hicieron en una obra posterior, usando los bajantes comunitarios. Supongo que vivía sola, es muy poca vivienda para una familia.

-Mi bisabuela enviudó estando embarazada, así que eran solo dos personas; durante años vivió aquí con mi abuela.

-Bueno, no la entretengo más. De nuevo le pido disculpas por el sobresalto que le he causado. Le dejo mi tarjeta por si necesitara acceder de nuevo en los próximos días, aunque le agradecería que terminara hoy con el desalojo, el tiempo apremia y debemos comenzar la obra.

El arquitecto desapareció dejando a Clara, por fin, dispuesta a investigar entre los papeles caídos. La revista que los envolvía, era un ejemplar de Litoral, del año 1926. Clara conocía perfectamente dicha revista; se trataba de una publicación cultural fundada en Málaga en los años veinte por un grupo de poetas y dibujantes, que seguía editándose en la actualidad. Los papeles que habían caído de su interior, estaban amarillentos y con letra casi borrada por el tiempo y la posible humedad de la pared junto a la que se encontraban, pero aún así, pudo clasificarlos.

Cinco de ellos eran iguales. Medio folio en el que, con una letra escrita a mano con caligrafía perfecta y barroca, quedaba claro que la bisabuela entregaba la cantidad de 25 pesetas a favor de Antonio Díaz Bermúdez, como

tutor de Antonio García Díaz. Dichos cobros databan de algunos meses dispersos del año 1933. Probablemente, pensó, se habría dejado más recibos de esos en el suelo del dormitorio.

También encontró una fotografía. Se trataba de la que creía que era su bisabuela, junto a otra mujer. Las dos vestían uniforme, con cofia, y se encontraban en la puerta de un gran edificio. Se agarraban de la cintura y sonreían. Parecían felices. Al girar la foto, en una letra minúscula, casi borrada, ponía “*Hotel. Septiembre 1923*”

Por último, mezclado entre los recibos, encontró un folio doblado en cuatro partes. Al desdoblarlo, tuvo miedo de romperlo, pues el polvo acumulado en sus pliegues sonaba como si el papel se estuviera rasgando. Con sumo cuidado, terminó de abrirlo y pudo leer una carta de su bisabuela, quien, al parecer, pensó que otra persona distinta a Clara sería la encargada de fisgar entre sus recuerdos.

Mi muy querida nieta Alma:

Si estás leyendo estas líneas que te escribo, es que, por fin, ya me habré trasladado a otro mundo.

En primer lugar me gustaría pedirte perdón. No he sido una gran abuela. He vivido encerrada entre mis fantasmas sin ocuparme de lo que me rodeaba.

En segundo lugar, quiero que conserves el cuadro tras el que has encontrado esta carta. Cuando tu madre me dijo que ibas a estudiar Historia del Arte, una felicidad inmensa me invadió. Por fin, alguien iba a poder disfrutar de esta maravillosa obra que tantos años me ha acompañado.

Del autor poco o nada te puedo confesar, pero espero que sepas valorar la carga sentimental que tiene para mí.

Te quiere,

Tu abuela.

La breve lectura hizo que Clara se emocionara, mezclando tristeza con asombro. No conseguía entender la importancia de aquél cuadro. Era una pieza que no encajaba en la vida de su bisabuela, de la que, bien era cierto, poco conocía. De repente se le abría un misterio ante sus ojos. Una fotografía, una carta, un cuadro, unos pagos... nada encajaba en la monótona vida de la anciana que allí habitaba.

-¿Qué tal te has encontrado la portería, cariño? ¿Mucha porquería acumulada?- la voz de su madre sonaba despreocupada al otro lado del teléfono. Clara había decidido que debía transmitirle el contenido de la carta recién encontrada.

-Sí, bastante polvo y pocas cosas que conservar. Pero, mamá, he encontrado un cuadro extraño.

-¿Extraño? ¿A qué te refieres con extraño?

-¿Recuerdas el cuarto de la bisabuela? Tenía colgado un cuadro cubista en la pared. Fue pintado en París en 1925.

-¿Cubista? ¿La bisabuela? No lo recuerdo en absoluto. ¿Seguro que es suyo? ¿No habrán entrado los propietarios del edificio usando la portería como trastero?

-No mamá. Hay una carta para ti referente al cuadro.

-¿De verdad? ¿Para mí? ¿Y qué dice?

-Quiere que tengas el cuadro. Parece que era importante para ella.

-Y, ¿dices que es cubista? ¿Pone el autor?

-No. Sólo sé que es de 1925 y que se pintó en Montparnasse.

-¿No será...?

-No mamá. De verdad que la calidad es pésima.

-¿Un discípulo quizás?

-Quizás. Eso es lo que quiero averiguar. Para eso ya sé donde me tengo que dirigir.

-¿No estarás pensando en volver allí? Ni se te ocurra. Dijiste que no ibas a pisar París nunca más.

-Estoy bien. Totalmente recuperada.

-Podrías acceder a la información en Madrid. Te rodean grandes profesionales en El Prado.

-Ninguno como él.

-Ninguno te ha hecho tanto daño como él.

-Eso es pasado, y está enterrado en el pasado. Y otra pregunta mamá. ¿Trabajó tu abuela en un hotel? He encontrado una foto vestida de uniforme con cofia.

-Sí, algo me contó mi madre. Creo recordar que trabajó en un hotel durante poco tiempo. Un par de años.

-Y por último, ¿conoces o te suena AntonioDíaz Bermúdez o Antonio García Díaz?

-Son nombres comunes. Pero de verdad, Clara, parece que en la portería has encontrado los misterios del Titanic. ¿Qué había allí?

-Según parece, mamá, una vida oculta por descubrir.

Capítulo 5

París 2008

Cuando, dos meses antes, se montaba en un avión rumbo a París, no podía imaginar que iba a ser tan feliz allí. Clara estaba tumbada en la cama de un minúsculo piso situado en pleno barrio de Montmartre, junto a la basílica *Le Sacre Coeur*, y miraba el techo de su reducida habitación, donde había decidido colgar una enorme tela en la que se adivinaban retales del *Guernica*. La había comprado esa misma mañana, mientras paseaba por un mercadillo parisino junto a sus dos compañeros de piso, que también se encontraban en la capital francesa, disfrutando de una beca Erasmus. Los tres formaron un gran equipo nada más conocerse. Isabella, era una loca italiana estudiante de Químicas, que aportaba muchas ganas de divertirse y muy pocas de aprender. Fran era el otro español del trío, un gallego que, para suerte de Clara, llegaba a París con un francés paupérrimo, como el de ella, y preparado para cursar junto a la malagueña, el tercer año de Historia del Arte.

Isabella protestaba por lo lejos que se encontraba el piso de la facultad a la que debían ir cada día. Pero a Fran y Clara, vivir en pleno barrio de Montmartre, se les antojaba perfecto. Eran ambos amantes del arte, y el sueño de vivir en la capital francesa se convertía en único si, desde la ventana de su salón, inclinando sus cabezas hacia el norte, podían llegar a intuir la cúpula del Sacre Coeur. Además, pasaban horas mirando cómo los llamados artistas callejeros, engañaban a los numerosos turistas, cobrándoles a precio de oro los mediocres retratos que les hacían. Era todo lo que necesitaban. Tres pequeños dormitorios, un único baño, cocina interior y un enorme salón en el

que disfrutaban la mayor parte del tiempo que pasaban en el piso. Junto a la puerta de entrada, una antigua pared de ladrillo visto, la única que parecía conservar la fisonomía original de la construcción, les servía para comunicarse de forma divertida. Uno de los ladrillos se encontraba completamente despegado del resto y podían, sin ningún esfuerzo, sacarlo de su lugar y dejarlo en el suelo. Era una señal: si llegaban al piso y encontraban el ladrillo quitado significaba que alguno de ellos había traído visita especial a casa y, solicitaba de esta manera, la máxima intimidad posible.

-¿Qué haces ahí tirada mirando al infinito?- la voz de Fran desde la puerta de su habitación la trajo al presente.

-Estoy admirando mi compra de esta mañana. Ha quedado perfecta.

-Te dormirás todas las noches imaginando el horror que plasmó Picasso, y tendrás pesadillas.

-Eres tonto Fran. Es una maravilla y solo me ha costado diez euros. Una ganga.

-Es un trapo horroroso, Clara. Te has dejado engañar por el del mercadillo. Anda levanta. Es domingo. Podríamos hacer sesión de pelis.

-¿Otra vez? Me aburre todo ese cine independiente que ves. No lo soporto.

-Es arte.

-¿Eso es arte? Los de *tu ramo* no sabéis lo que es arte.

-Los de "*mi ramo*", como nos llamas, somos más respetuosos con las artes tradicionales. Vosotros no aceptáis que el arte evoluciona y que el cine y la fotografía están a la altura de cualquiera de las grandes obras pictóricas.

-Fran, tu película favorita es *Love Actually*... ¿es eso arte? Y no me mal interpretes, que me encanta verla contigo, pero es que no te pega nada...

-Es un peliculón. Y millones de personas adoran *Impresión, Sol Naciente* de Monet y a mí me deja un poco frío, la verdad.

-Si no te digo yo que sea mala, solo que al gran amante del cine independiente, que pasea diariamente con su cámara para captar la esencia humana, no me lo imaginaba viendo *Love Actually*... Y deberíamos volver al museo a ver *Impresión, Sol Naciente*. Tienes que darle una oportunidad.

-Hace dos semanas estuviste treinta y cinco minutos delante de él, y yo junto a ti. No quiero volver al Marmottan. Ya me lo conozco de memoria.

-Eres un ignorante Fran.

-Pues saco mejores notas que tú, señorita superdotada...

Fran le hacía reír. Había tenido mucha suerte al encontrarlo. Cuando tan solo habían transcurridos dos semanas desde su primer contacto, ya parecía que hubiesen estado conectados toda su existencia. Era un maravilloso compañero de piso, generoso y respetuoso; alguna vez había traído una chica a casa a pasar una noche de pasión parisina, pero, antes de que ella e Isabella se despertaran, ya la había echado del piso. Al contrario que Isabella, que prácticamente cada fin de semana, los deleitaba con una nueva compañía masculina, a cual más condenadamente guapo, desayunando en su cocina.

Tras dos meses de estancia en la capital francesa, estaban totalmente adaptados a la vida en la nueva Facultad. Contaban con numerosos amigos locales que les ayudaban a aprender el idioma; durante las clases, prácticamente no veía a Fran, porque sus asignaturas no coincidían, al haber elegido especialidades diferentes. Algunos días, se mandaban un mensaje para verse algún rato entre clases y así hablar un poco en español, poniendo en reposo la mente. Era difícil estar continuamente pensando en lo que decir. No dominar el idioma se había convertido en algo tremendamente cansino.

Pero sin duda, lo que no podía imaginar Clara al montarse en aquél avión Málaga- París con escala en Madrid, era que iba a conocerlo. A él. Con su sonrisa blanca y sus ojos de color azul intenso. A él. Con su pelo despeinado

y su barba descuidada. A él. Con sus vaqueros rotos y sus deportivas, mezcladas con americanas. A él. Con su francés perfecto y su pésimo castellano. A él. Con su sabiduría de gran profesor y su energía treintañera. A él.

La había citado en su despacho. Era el tutor encargado de su beca. Lo hacía una vez a la semana. La primera vez, transcurridos dos días del comienzo de las clases, tuvieron una breve reunión, junto a tres alumnos más de los que el profesor Marcel Lefavrai era responsable. Desde entonces, todos sus encuentros semanales eran individuales. Clara esperaba ese momento con la esperanza de notar cierta atracción. En una de las visitas, le había parecido que coqueteaba con ella, aunque probablemente era producto de su imaginación. Y producto, también, del apasionado y erótico sueño que había tenido la noche anterior. Pero él la miraba fijamente a los ojos, para después pasar a anotar algo en el ordenador, usando las manos perfectas con venas marcadas que tanto enloquecían a Clara. Ella intentaba usar el francés, hasta que el profesor, un poco cansado y algo divertido por los continuos errores gramaticales de la joven, decidía usar el castellano, para hacerle la visita algo más fácil.

-Pasa Clara, te estaba esperando- pocas cosas la ponían más nerviosa que escuchar su nombre dicho por Marcel.

-Gracias profesor.

-Siéntate. Espero que en la próxima visita podamos usar el francés, ya debes dominarlo.

-No crea. Aún cometo errores. El otro día me perdí en el metro y no supe comunicarme. Estuve una hora dando vueltas porque no entendía la respuesta que me daban. Soy un desastre.

-Te voy a dar mi número de teléfono. Si tienes algún problema parecido otra

vez, me llamas, e iré a rescatarte.- Clara no quería ilusionarse, pero eso que acababa de decir era coqueteo en París, en Málaga y en Pekín.

-Muchas gracias, profesor Lefavrai. Me da seguridad saber que puedo contar con usted cada vez que lo necesite.

-Por favor, tutéame y llámame Marcel. Es más fácil para ti, sin duda.- Sonreía y enmarcaba sus perfectos labios con su barba imperfecta.- Dime, ¿qué tal llevas el trabajo de mi asignatura? ¿Algún problema?

-Para nada. Es una de mis asignaturas favoritas. Me encanta el cubismo. He de decir que no ha sido uno de mis movimientos preferidos, pero usted, perdón, tú, lo explicas con tanta pasión que es difícil no amarlo.- no amarte a ti, querría haberle dicho...

-Me alegro, Clara. Es importante que abras tu mente y que te dejes llevar por corrientes artísticas que no te atraen. Debes darle una oportunidad. ¿Quieres acompañarme mañana al Pompidou? Hay una exposición temporal de Miró que creo que te va a gustar.

Salió del despacho flotando. En la misma reunión le había dado el teléfono y se habían citado para ver juntos una exposición. No se estaba inventando nada. No era resultado de un sueño anterior. Eso había ocurrido de verdad.

-No te vas a creer lo que me ha pasado, Fran- su compañero acababa de abrir la puerta del piso, pero Clara no podía esperar ni tan siquiera a que soltara la mochila en su cuarto para contarle la buena nueva.- ¡Me ha dado su teléfono y me ha invitado a una exposición mañana!

-¿Quién? Por tu cara de felicidad absoluta supongo que habría sido el superpoderoso, superatractivo, superprofesorqueparecealumno, Marcel Lefavrai.

-¡El mismo!

-Clarita... cuidado.

-Fran, ¿cuidado? ¿Sólo se te ocurre decirme cuidado? ¿Has escuchado lo que te acabo de decir?

-Perfectamente. Y precisamente por eso te digo que tengas cuidado.

-Es una cita, sin importancia, claro. Pero una cita. Es una simple ayuda de un profesor a una alumna. Pero una cita. Quiere que ame el cubismo y el surrealismo y abandone tanto amor por el impresionismo. Pero una cita.

-Tienes que relajarte. Y sobre todo, deberías pedirle una caja de condones a Isabella, por lo que pueda pasar con tanto nuevo amor al surrealismo.

-¡Fran! Por favor, eres idiota. Pero tenías que haberlo visto hoy. Estaba tremendo.

-A ti siempre te parece que está tremendo. A mi me parece tremenda la de Artes Escénicas. Tanto que estoy pensando en cultivar mi vena de actor.

-Eres imbécil, de verdad. No serías capaz de subirte a un escenario en tu vida.

-No me pongas a prueba. Soy capaz de millones de cosas por amor. Soy como Sam.

-¿Quién es Sam?

-¿No sabes quién es Sam? No me lo puedo creer. Soy capaz de ver *Titanic* una y mil veces por amor, aprender a tocar la batería por amor, correr hacia el aeropuerto por amor, saltar la vigilancia policial por amor... ¡Sam!

-De *Love Actually*...

-¡Si! ¿Qué otro Sam va a ser?

-Estás completamente loco.

Ambos compañeros reían, perdidos en un pequeño piso de París, y Clara no podía más que bendecir el maravilloso momento en el que decidió coger aquél avión que la trasladó a un lugar único en el mundo.

Capítulo 6

Málaga 1923

La nueva limpiadora había vuelto a faltar. Eso significaba que ella y Beatriz iban a tener que pasar tres horas más en el hotel. Le gustaba el trabajo, pero era agotador. Cuando llegaba a casa y protestaba, su madre le reñía, y siempre le gritaba la misma frase. “Tú no sabes lo que es agotador. Cuando estés treinta años de tu vida arrodillada lavando ropa, sabrás lo que es el cansancio”.

Por culpa de la falta de su compañera, habían decidido dividirse el trabajo por plantas. Por primera vez, María del Mar iba a limpiar las habitaciones de los propietarios. Nunca les había hablado y temía encontrarlos en el interior; aunque la gobernanta le había insistido que debía limpiar las tres habitaciones del primer piso entre las once y las doce del medio día, porque, de esa manera, no molestaría a los señores.

Y así lo hizo. La primera suite a la que accedió era la habitada por Don Luis y Doña Soledad. Restos del frugal desayuno en la mesa, le hacía imaginar los amaneceres de la pareja. Tras una pequeña estancia, el dormitorio provisto de dos enormes camas apenas deshechas. Un cenicero con restos de tres colillas en una de las mesitas de noche, dejaba claro cuál de ellas era de Don Luis. Al ser la habitación más grande del hotel, contaba con un baño propio. Al entrar en él, María se quedó paralizada. ¿Cómo podía una sola mujer, usar tantas cremas y perfumes? No debía tener días suficientes en la vida para poder disfrutarlos. Le iba a ser muy complicado limpiar si tenía que retirar uno por uno, todos los botes.

Por último, junto al baño, una pequeña estancia llena de ropa, zapatos y bolsos. Era el armario más grande que había visto jamás. De hecho, era la primera vez en su vida que era capaz de poder moverse dentro de uno.

Tras más de treinta minutos limpiando a fondo, salió de la suite con la certeza de que la envidia se apoderaba de su ser. Ella, que no tenía ni siquiera un bote pequeño de agua de colonia, había comprobado cómo una sola mujer poseía tantos perfumes como para dar olor a todas las mujeres de la ciudad.

Mientras pensaba en ello, refunfuñando, se dirigió hacia la habitación contigua. Abrió con tanto ímpetu la puerta, que no supo intuir la presencia, hasta que fue demasiado tarde.

-¡Dios mío! ¡Perdón!- se quedó paralizada junto a la puerta, cuyo picaporte agarraba con una mano, mientras que con la otra intentaba tapar sus ojos, evitando ver a un joven que, en ropa interior, se encontraba sentado en la cama, mirándola incrédulo.- Me dijeron, y me insistieron que viniera a esta hora, justo a esta hora. ¡Ay! ¡Cuánto lo siento! Qué vergüenza, no sé qué decirle- sin saber cómo ni por qué, había cerrado la puerta desde el interior, y se encontraba dentro de la habitación junto al joven semi desnudo. Al hablarle, abría un poco los dedos de su mano para intentar observarle.

-No pasa nada, no te preocupes- el joven se levantó con calma, sonriendo, buscando sin demasiada prisa su ropa que, desordenada, se encontraba encima del escritorio- yo no debería estar aquí a estas horas. Ha sido culpa mía.

-¿Cómo va a ser culpa suya, señorito? Yo lo siento muchísimo. Supongo que usted será el hijo menor de Don Luis y Doña Soledad.

-El mismo. Llegué anoche demasiado tarde y hoy no me apetecía madrugar.

-Por favor, que no tiene que explicarme nada. Es que sus señores padres me van a matar- el joven ya se había puesto un pantalón y se acercó hasta ella.

-Cálmese, y ya puede mirar con normalidad. Estoy vestido- sonreía al hablarle y eso ayudó a que María se tranquilizara- Podemos hacer un trato. Yo no le digo nada a mis padres de que usted ha entrado en la habitación sin golpear a la puerta, cosa que nunca debe volver a repetir, y usted no le dice que a estas horas, aún me encontraba en la cama. ¿Trato hecho?- al preguntarle, extendió la mano, para sellarla con ella.

-Trato hecho- a María le temblaba la mano, la voz, y hasta el diente partido que mordía con fuerza su labio inferior.

Terminó la limpieza de las habitaciones con rapidez. Deseaba encontrarse con Beatriz para contarle lo que le acababa de suceder. Se iba a quedar impresionada, aunque seguro que le regañaba. Ella le había enseñado todo lo que sabía. Hacer la cama con rapidez, remetiéndola bien la sábana bajera; limpiar espejos y cristales con eficacia; suelo uniforme; y, por supuesto, llamar antes de entrar. Siempre llamar antes de entrar. ¿Cómo se le había olvidado? Sin duda, le iba a reñir.

En eso iba pensando camino de la cocina, con el fin de organizar sábanas y toallas para las lavanderas, cuando una voz la distrajo.

-¿Dónde va lo más bonito del hotel?- María sintió dos manos fuertes en su cintura. Casi se pone a gritar del susto que le había provocado. Al girarse, se encontró la cara de uno de los camareros del restaurante del Hotel.

-Curro, qué susto me has dado. Con la mañana que llevo, y tú haciendo tonterías.

-¿Tonterías? ¿Agarrar la cintura de la mujer más guapa de Málaga son tonterías?

-Cállate ya. Aún me queda mucha tarea por hacer. Y tú me estás entreteniéndome- le hablaba sin mirarlo, siguiendo su camino por los pasillos

del hotel, encaminándose hacia la cocina.

-Esas manos no deberían seguir limpiando estas habitaciones. Deberían estar en nuestra casa cuidando a nuestros hermosos hijos.

-Curro, déjame, de verdad. No sigas con eso. Ya sabes que no quiero salir contigo.

-Deja de morderte el labio María del Mar, que me estás volviendo loco. Un día me vas a decir que sí.- El camarero se quedó parado al final del pasillo que dirigía hacia el restaurante mientras la veía alejarse- ¡Me vas a decir que sí!- le gritó con fuerza antes de girarse.

María se reía por las ocurrencias de Curro. Desde que la vio, aquella mañana en la que pisó por primera vez el suelo del Hotel Regina, no había dejado de piroppearla. Algunos días aparecía con flores recogidas de una casa cercana, y se las entregaba con solemnidad, mientras apoyaba su rodilla en el suelo. Él estaba completamente enamorado y María sabía que haría todo lo que le pidiese. Pero, a pesar de que era guapo, fuerte, tenía trabajo, la quería y estaba dispuesto a todo por hacerla feliz, ella no sentía lo que pensaba que debía sentir por un hombre. Le agradaba cada vez que le decía algo bonito, o la sorprendía en mitad de un pasillo, para animarla en su jornada; pero, si pensaba en besarlo, no sentía ningún cosquilleo de los que hablaba Beatriz. Ella le había contado cómo se había enamorado de su difunto esposo, cuando tan sólo tenía quince años. Y cómo sintió que sus pies se levantaban del suelo al rozar sus labios por primera vez. Y cómo, en su noche de bodas, el mundo se paralizó cuando lo notó en su interior.

María del Mar no se veía capaz de sentir eso por Curro.

-María, por favor, te necesito- un grito desde el interior de la cocina, le hizo centrarse en el presente. Juan, Jefe de Camareros, reclamaba su atención-

Dirígete ahora mismo al salón interior. El torpe del chico nuevo, ha derramado, al servirlo, parte del aperitivo en la mesa y el suelo. Limpia lo más rápido posible. Al Señor Pérez de Lion le molesta tener al servicio cerca mientras se encuentra disfrutando del aperitivo. ¿Me has entendido? Por favor, es solo eso. No metas la pata, tesoro.

Intentó templar los nervios y acudir hasta el salón, sin que el cubo y el trapo que portaba derramaran la más mínima gota de agua. El temor a molestar al dueño del hotel era tan grande, que intentaba no respirar para no temblar. Al llegar al salón privado, sentados junto a la cristalera desde la que se podía ver el pequeño jardín interior, se encontró a Don Luis y su esposa, acompañados por sus dos hijos. El mayor, Don Luis también, como su padre, alzaba la voz, como acostumbraba. Eran pocas las ocasiones en las que María lo había visto, pero siempre andaba preocupado o enfadado.

-¿De verdad piensas dedicarte a eso, Pablo?

-No sé por qué tenemos que volver a discutirlo. Lo dejé bastante claro al marcharme.

-¿Y vosotros? ¿No tenéis nada que decir?

-Deja a tu hermano. Ya lo hablaremos en otro momento- Doña Soledad intentaba mediar entre sus dos hijos- Es la primera vez que nos reunimos desde hace muchos meses. Tengamos el aperitivo en paz. Pablo, cuéntanos algo de París. Estuve con tu padre hace tantos años que ya ni me acuerdo.

-París es otro mundo, madre. He descubierto una sociedad diferente, abierta, amable, artística...

-Ya estamos con el arte- interrumpió el joven Luis- como si el arte diese de comer a alguien- este comentario hizo reír a Don Luis- Pablo, vuelve al mundo real. Aquí tratamos negocios de verdad, con gente de verdad.

-No me voy a esforzar por hacer que lo entiendas, hermano. Es imposible que

una mente como la tuya sea capaz de tener la sensibilidad suficiente como para comprender la emoción que transmite una pintura.

-¡Ya está bien!- la voz de Don Luis resonó en el salón e hizo temblar el cubo que, muy despacio, trasladaba María hasta la mesa- Quedaros en silencio, por favor. No se va a hablar más de arte, ni de pintura ni de nada. Pablo, por expreso deseo de tu madre, a la que no mereces, te he habilitado un piso cercano para tus pinturas. Allí, y sólo allí, podrás hacer eso que te gusta tanto. Cuando estés aquí, te ordeno que nada haga pensar que pretendes ser un artista. Ni tu ropa, ni tu conversación, ni nada de nada.

El silencio se apoderó del salón. Al acercarse a la mesa y arrodillarse para intentar hacer desaparecer los restos de un líquido rosado y pegajoso que no acertaba a adivinar qué era, María notó cómo Pablo la miraba. La reconoció al verla. Consiguió, con éxito, limpiar el estropicio causado por el inexperto camarero, y al levantar la vista, comprobó fugazmente que Pablo la miraba sonriendo. Estaba aún más guapo vestido, o, al menos, eso le pareció a ella. No se atrevió a sonreírle, y Pablo señaló con un dedo su boca. No entendía lo que quería decirle. Pensó que podía estar refiriéndose al trato que habían pactado una hora antes, cuando se encontraron en la habitación. Pero él le insistió con el gesto. Y por fin se percató. Se estaba mordiendo el labio con tanta fuerza, que se había hecho una pequeña herida. Rápidamente pasó su lengua para aliviar el daño causado y se giró con el fin de huir de aquella situación incómoda.

-Chica, ven aquí antes de irte- la voz de Doña Soledad le hizo parar sus pasos. Se acercó a la mesa, dejando el cubo en el suelo, intentando permanecer lo más derecha y serena que su estado le permitía.

-Dígame señora- no quería mirarlo, pero intuía los ojos de Don Pablo

observándola, y una media sonrisa. Parecía que la situación le entretenía.

-Tú eres sirvienta del hotel desde hace más de un año. ¿Me equivoco?.

-No, señora, no se equivoca usted. Disculpe si no he sabido retirar los restos de forma más eficaz. He intentado hacerlo tan rápido que quizás me he esmerado poco. No volverá a ocurrir- Se enfadaba con ella misma por haber estado más pendiente del joven que la miraba sonriendo, que del importante trabajo que se le había encomendado.

-No es eso. Voy a necesitar una de las sirvientas. Tú misma. Irás los jueves a limpiar un piso. Le daré la dirección a la gobernanta para que te informe.

-Gracias señora.

-Mamá, ¿los jueves? Y, ¿qué piensas que haga yo los jueves?- Pablo le preguntaba a su madre, mientras que María huía despavorida hacia la cocina.

-Alguien tendrá que limpiar esa pocilga en la que vas a convertir el piso. Ese día puedes pasarlo aquí, en el hotel, o disfrutando de esta ciudad. Entre tanto paleta y sureño, seguro que encuentras alguna chica de buena familia que pueda entretenerte.

Pablo no contestó a su madre. Fijó la mirada en la joven que, de forma apresurada, abandonaba la estancia, probablemente mordiendo su labio inferior, y que se acababa de convertir en un pequeño obstáculo en su vida.

Capítulo 7

Málaga 2017

-¿Pero qué hacía mi abuela con esto?- la madre de Clara miraba fijamente el cuadro que su hija había conseguido rescatar, junto a otras pocas pertenencias, de la minúscula portería.

-No lo sé mamá. Lo tenía colgado en su dormitorio, frente a la cama. ¿Nunca lo viste?

-Creo que no, y si lo vi, no me acuerdo. Ya sabes que íbamos poco allí. No le gustaban las visitas y mi madre tampoco se esforzaba demasiado por cambiar aquella costumbre. Pintado en París y en 1925. Sin firma. Cubista. ¿Seguro que no podría ser de un de artista relevante?

-No, imposible. Por la calidad de la pintura me decanto por un mero aficionado. Aquí está la foto que te comenté. La bisabuela vestida con uniforme.

-¡Qué joven y guapa!- Alma miró con detenimiento el reverso de la imagen.- Mi abuela trabajó un tiempo como limpiadora en un hotel de la ciudad. Según me contó mi madre, no era un hotel cualquiera, sino el mejor de la ciudad.

-¿Qué hotel es?

-Era, hija. Ya no es. El edificio sigue existiendo, pero creo que se convirtió en oficinas de una gran empresa constructora. ¿Cómo se llamaba? Ay, por Dios, esta cabeza mía, si se lo digo a tu padre, que estoy perdiendo facultades. Antes lo recordaba todo, tenía una memoria única para recordar nombres y fechas. Pero ahora soy un auténtico desastre. Debe ser la edad.

-¿Dónde se encuentra el edificio?

-Se reconoce perfectamente. Está en Puerta del Mar. Seguro que si miras bien la imagen sabrás que has pasado por delante de él en multitud de ocasiones... ¡Hotel Regina! Así se llamaba, el gran Hotel Regina.

-¿Y cómo pasó la bisabuela del hotel a la portería?

-Pues ni idea. Sé que puede resultar incomprensible y hasta algo doloroso, pero no conozco prácticamente nada de la vida de mi abuela. Es más, mi madre tampoco sabía demasiado. Era una mujer con un carácter complicado, siempre triste o enfadada; Y no sé nada de mi abuelo. Según me contó mi madre, murió en la guerra de Marruecos. En uno de los permisos, volvió para casarse con ella, y con gran puntería, en la misma noche de bodas, según mi abuela, la dejó embarazada. Volvió al frente y murió, sin ni tan siquiera saber que iba a ser padre.

-Quizás eso no lo pudo superar nunca. Su amor muerto en la guerra.

-Podría ser. Ahora me arrepiento de no haberle dedicado más tiempo. Esta carta me ha enternecido. Nunca me imaginé que se sentía orgullosa de mí, y mucho menos pude pensar que el arte le interesara lo más mínimo. Mi madre siempre decía que la abuela tenía problemas de depresión; y me consta que en múltiples ocasiones intentó llevarla al médico, pero mi abuela se negaba en rotundo. Decía que nadie podía curarla.

-¿Y qué me dices de estos pagos?

-Eso me tiene desconcertada. No conozco a estas personas que aparecen ahí, y nunca he escuchado hablar de ellos.

-¿Puede ser el pago del alquiler de la portería?

-Que yo sepa, desde que tengo constancia, el pago se hace a la empresa propietaria del inmueble, que se llama *Ruiz Asociados*. Yo misma he hecho la transferencia en los últimos años. Intentaré comentarlo con nuestro antiguo vecino. A él seguro se le ocurre cómo puedo adivinar algo acerca de estos pagos.

-¿El loco de Jacinto sigue vivo?

-Hija, no le digas loco.

-Mamá, sólo había que verlo. La ropa sucia, siempre descuidado, gafas en mitad de la nariz, libros bajo el brazo... Cuando era pequeña me daba un poco de miedo.

-Es un gran historiador, que ha centrado todos sus estudios en la Historia de Málaga. Nadie sabe tanto como él de nuestra ciudad. Así que quizás me puede ayudar a descubrir la vida de mi abuela. ¿Sigues pensando en marcharte a París?

-Ya tengo los billetes de avión.

-Piénsalo bien. ¿Es necesario? Aun siendo la única persona en el mundo capaz de ayudarnos a descifrar qué hacía mi abuela con este cuadro, preferiría que no fueras a verlo. Creo que no eres consciente del mal que te hizo.

Clara era perfectamente consciente del daño. Es más, aún sentía un pellizco en el estómago, y era capaz de recordar el sabor de las lágrimas que derramaba cada noche que lo imaginaba con ella. Pero había pasado una década. Sentía la necesidad de verle, pero, sobre todo, sentía la necesidad de que él la viera convertida en una mujer independiente, con heridas cicatrizadas. No sentía odio, no sentía amor, sólo sentía recuerdos. Y había llegado la hora de que los recuerdos no le hicieran pellizcar el estómago.

Capítulo 8

Málaga 1923

-¿Una menos los jueves? Esto es para volverse locos- Doña Rogelia, la gobernanta, paseaba por una pequeña estancia donde las sirvientas y demás trabajadores del hotel, se reunían para comer.

-Lo siento mucho. Me lo comunicó esta misma mañana Doña Soledad.

-Ya lo sé, niña. Tú no tienes culpa. Doña Soledad dispone de las sirvientas como le place, que para eso es la dueña de este hotel. Pero eso no quiere decir, por mucho que sea la misma dueña, que sepa el descontrol de tener una sirvienta menos los jueves.

-¿Por qué una sirvienta menos los jueves? ¿Qué ocurre?- Beatriz acababa de entrar en la estancia, para almorzar, escuchando a la gobernanta.

-Nada de tu incumbencia. Sentaros a comer los del primer turno y, a ser posible, en silencio.

María le indicó a su amiga que se pusiera junto a ella, mientras esperaban al resto de comensales, para ir a la cocina a servir los platos de todos ellos.

-Los jueves tengo que ir a un piso de Don Pablo, el hijo de Don Luis, a limpiarlo.

-¿Don Pablo tiene un piso? ¿No piensa vivir aquí, en el hotel?

-No sé demasiado. Creo que es un piso para pintar o algo así me ha parecido escuchar. Pero vivirá en el hotel. Al menos, esta mañana lo he encontrado en su habitación.

-¿Que has hecho qué? ¿Has ido a limpiar estando el señorito allí? ¿Estás loca?

-Doña Rogelia me dijo que fuera a las once, y yo, siendo obediente, fui a esa hora. ¿Cómo iba a imaginar que me lo encontraría en la cama, medio desnudo?

-¡Madre mía, Mariquilla! ¿No habrás entrado sin llamar? - María la miraba, sin saber bien qué responder- No me pongas esa cara y deja de morderte el labio. ¿Es que no has aprendido nada conmigo?

-Lo siento, me confíe.

-Tuviste suerte. Te ha pasado con Don Pablo, que según me han dicho es el hijo bueno. Si te llega a pasar con el otro hermano... hoy mismo estabas despedida.

-Hoy me voy a sentar al lado de la chica más guapa del Hotel Regina- Curro acababa de entrar y ya buscaba un asiento junto a María.

-De eso nada, yo tengo que irme ahora mismo a traer todos los platos. Y a mi lado se sentará Javier.

-¿Javier? ¿El botones? Tú tienes clase para sentarte con un camarero. El botones es poca cosa para ti, belleza.

-Y un camarero es poca cosa también.

-Deja ya las tonterías Mariquilla- Beatriz intervino en la conversación- y ayúdame a traer los platos. Curro, no le hagas caso. Un día de estos, te acompañaré a pasear. Sigue intentándolo.

-De eso nada- María protestaba, al escucharlos mientras traía los platos de sus compañeros- Una telefonista no puede salir con un simple camarero.

-¿Qué telefonista? Yo no quiero salir con Marta. ¿Habéis visto su cara?- Curro miraba a los camareros que, divertidos, se sumaban a la conversación.

-Esa telefonista no- María, enfadada, comenzaba a desesperarse- la otra telefonista.

-Que yo sepa, chiquilla, no hay otra telefonista en este hotel.

-Pues yo misma, Curro. Que seré telefonista algún día.

-¿Telefonista? ¿Tú?- las risas de Curro se escuchaban por toda la estancia, acompañadas por las de sus compañeros.

-Es la única de todos nosotros que sabe leer y escribir, zoquete- Beatriz intervino molesta por las carcajadas- Así que se va a presentar a la prueba que se hará próximamente. Nos ha dicho Marta que ya mismo deja el trabajo. Por lo visto, según cuenta a quien quiera oírla, uno de los médicos que llamaban asiduamente al hotel, para tratar unos temas de negocios con Don Luis, se enamoró perdidamente de su voz. ¡¿Os lo podéis creer?! Enamorado de la voz... Y, según dice ella, si no nos está mintiendo, ha venido varias veces a buscarla para conocerla. Ella no ha querido verle, pero dice que el otro día, el médico le pidió matrimonio por teléfono. ¡Sin ni tan siquiera verla! ¿Os lo figuráis?

-Claro- gritó Curro- es que si la ve no le propone matrimonio. Sale corriendo de nuevo las risas inundaban la estancia.- Entonces mi María, mi dulce reina, mi tesoro infinito, va a ser la nueva telefonista del Hotel Regina.

-Pues eso espero- María le contestó orgullosa- Y, es por esa razón por la que no podré salir contigo.

-Nunca voy a dejar de intentarlo, preciosa. Aunque te conviertas en la misma dueña de este Hotel.

El momento de la comida era algo especial para los trabajadores. Por un momento, podían dejar de lado las sonrisas forzadas, la inclinación de las miradas ante los clientes, las reverencias ante Don Luis si se lo cruzaban por el pasillo, la sumisión... para ser simplemente unos jóvenes capaces de reír, amar y disfrutar la vida. Tan solo era media hora al día, donde se convertían en ellos mismos.

-Mariquilla, de verdad, no sé cómo no sucumbes a los encantos de Curro- ambas jóvenes se afanaban por limpiar a fondo una de las alfombras de las

escaleras, acabada ya la media hora de almuerzo.

-Pues porque no me gusta y punto.

-Es atento contigo. Y muy cariñoso. Y guapísimo.

-Pues quédatelo tú.

-¿Yo? Qué más quisiera, hija... Si él me dijera la mitad de las cosas que suelta por la boca cuando te ve, yo ya no sería viuda. Estaría de nuevo casada. Pero, Mariquilla mía, ¿tú crees que hay alguien en el mundo tan loco como para cortejarme a mí?

-No digas tonterías, Beatriz. Eres guapísima. Y el otro día escuché a Jaime, el recepcionista hablando con no sé quién, y le decía algo de tus pechos, que me sonrojo con solo recordarlo.

-Mis pechos les pueden gustar mucho. Lo que ya no atrae tanto es la carga de mi casa. Con eso ya los espanto a todos. Mi pobre Antoñito. Si fuera un niño normal, quizás, algún hombre quisiera hacerse cargo de los dos. Pero siendo como es, no creo que haya nadie que, por disfrutar de mis pechos, sea capaz de aguantar esa vida.

-Pobre Antoñito, con lo guapo que es.

-Guapo es un rato, sobre todo cuando sonrío. Pero el problema es que tiene ya cinco años, y sigue comportándose como un bebé de dos meses. Sin caminar, sin hablar, haciéndose sus necesidades encima. ¿Sabes las veces que me levanto por la noche? Empieza a hacer unos ruidos raros y grita tanto, que las vecinas han venido a quejarse. Una de ellas me dijo que su prima lavaba la ropa de un médico muy importante en la ciudad que es capaz de curar a estos niños. Según me dice, su prima ha visto cómo entraban los niños en la consulta y cómo salían, que parecía un milagro. Pero claro, imagínate lo que costará eso. Yo, por si acaso, ya llevo ahorrando todo lo que puedo desde que me lo comentó. Por si un día tengo la suerte de poder llevarlo y que lo pueda curar. Ni veinte Curros juntos me harían a mí tan feliz.

-Ojalá que eso suceda. Yo te voy a ayudar, Beatriz. Ya verás cómo conseguimos que se recupere. Seguro. Ya lo verás.

Capítulo 9

París 2017

El aire en París era denso. Tal y como Clara lo recordaba. Las nubes no permitían deslizar a través de ellas los tímidos rayos de sol. Siempre gris. Ese gris que la hizo amar esa ciudad hacía años y que, pocos meses después, la consumiría haciendo que quisiera huir de allí para buscar la luz que le ayudase a encontrar un camino por el que continuar.

-¿Qué tal el vuelo?- la voz de su madre sonaba preocupada al otro lado del teléfono.

-Todo bien. Voy ya camino del hotel.

-Ya sabes que no debes estar mucho tiempo allí. Es la primera vez que vuelves desde... desde... desde aquello.- Alma nunca quería pronunciar su nombre.

-Mamá, voy a estar bien. No te preocupes tanto. ¿Y de los recibos? ¿Averiguaste algo?

-No. He estado revisando todos los álbumes de fotos antiguas, a ver si así me ayudaban a recordar y a reconocer algún familiar lejano con ese nombre. Sin éxito ninguno. Y me acordé de unas carpetas que tenía guardadas la abuela, en las que estaban los papeles más importantes: escrituras de compraventa, póliza de decesos, algún recorte de periódico... Ningún éxito tampoco. Ni rastro de Antonio Díaz ni de Antonio García. Tengo las esperanzas puestas en que Jacinto pueda ayudarme, cuando consiga localizarlo.

-Se me ha ocurrido algo, mamá. Después te llamo.

Clara casi colgó sin escuchar las nuevas recomendaciones de su madre. Pensó en aquél arquitecto que la asustó en la portería, el día que recogía las pertenencias de su bisabuela. Debía guardar la tarjeta por algún lugar perdido de la cartera, ese cajón de sastre donde iba a parar todo lo que caía en sus manos y era susceptible de caber en ella. Fotos de carnet, antiguas y recientes; tarjetas de visita de cualquier visitante del Museo que se la entregara; cupones de descuento de peluquerías o cafeterías, a las que nunca volvía... sería difícil encontrarla, pero debía estar allí. Sentada en el asiento trasero de un taxi parisino mientras, con calma, soportaba el intenso tráfico de la capital francesa, decidió buscar la tarjeta del arquitecto. Y allí estaba, metida en uno de los minúsculos bolsillos de ese cofre del tesoro que era su cartera, entre un calendario del año 2001, que no tiraba por tener en su revés una foto de la imagen del malagueño Señor Cautivo, del que no era especialmente devota, pero, por causas que ni ella misma entendía, le resultaba incómodo desprenderse, y una tarjeta de un tal Francisco Medina, cuyo cargo, escrito en inglés, le hacía parecer seguro, alguien más importante de lo que realmente sería en la empresa de telefonía en la que trabajaba.

-¿Joaquín Ruiz? ¿Es usted?- la voz masculina que respondía al número marcado, se entrecortaba.

-Si, ¿quién me llama?

-Perdone que le moleste. Soy Clara García. No me recordará. Nos encontramos hace días en la portería del edificio de Calle Carreteras. Yo recogía pertenencias de mi bisabuela, que era la portera hace años.

-Ah, sí claro. Ahora sé quién es. ¿No me dirá que necesita recoger algo más? Se va a llevar un disgusto. Lo siento mucho. Creí que no necesitaría entrar de nuevo. Antes de los derribos, suelo enviar a unos chicos que trabajan para

una ONG y se llevan todo tipo de muebles que los propietarios abandonan; ellos los reparan y los venden en mercadillos. De verdad que lo lamento. Pero en la portería no queda ya nada. Hace un par de días que pasaron por allí y mañana mismo comienza el derribo del edificio.

-No; no le llamaba por eso, no se preocupe. Me llevé todas las pertenencias que eran importantes. Me alegra, incluso, saber que aquellos muebles viejos van a servir para ayudar a la ONG. Mi llamada es referente a algo que me dijo en nuestro encuentro. Si no estoy equivocada, usted me comentó que el edificio era de un familiar suyo.

-Así es. Mi tío abuelo es el propietario.

-Y ¿me podría decir el nombre?

-Antes, y no quiero parecerle grosero, me gustaría conocer el motivo de dicho interés.

-Encontré en la portería unos papeles de mi bisabuela, con unos pagos a un caballero, del que no tenemos conocimiento alguno. De hecho, la renta que se pagaba por el alquiler de esa portería, al menos en los últimos cuarenta años, se abonaba a una empresa, *Ruiz Asociados*.

-Esa es la empresa de mi tío abuelo.

-Y, ¿antes de que se constituyera la empresa? ¿Sería posible que dichos pagos se hicieran a un señor llamado Antonio Díaz Bermúdez o Antonio García Díaz?

-Pues siento decirle que no me suenan esos nombres de nada. En caso de que se abonara el alquiler a alguna persona física sería a mi tío abuelo, o a su padre, anterior propietario. Pero no coinciden ni sus nombres ni sus apellidos con los que me acaba de comentar.

-Abusando de su tiempo, me gustaría pedirle un favor. Quizás su tío abuelo recuerde algo acerca de la portera del edificio. Sobre todo, necesitaría saber cómo llegó a la portería.

-Creo que va a ser complicado. Mi tío abuelo padece una enfermedad mental desde hace cinco años que lo tiene inhabilitado.

-Vaya, lo lamento.

-Pero existe un antiguo inquilino que quizás puede ayudarlo. Su familia ha tenido alquilado uno de los pisos desde la construcción del edificio en 1921. Ha sido siempre la consulta de una familia muy conocida de ginecólogos. El que sigue en activo es el Doctor Carlos López de Muñiz. Pruebe suerte con él. Yo no puedo decirle nada más. Lo siento.

Tomó nota del nombre del médico en la misma tarjeta del arquitecto, antes de colgar el teléfono. A pesar de tener una memoria prodigiosa, capaz de recordar nombres, números y fechas sin ninguna dificultad, estaba en París, a punto de encontrarse con la persona que más había amado en su vida. No confiaba en su capacidad para recordar absolutamente nada.

Ni siquiera deshizo la maleta. Tenía un nudo en el estómago. Ya no le parecía tan buena idea. No lo quería, se había esforzado mucho en repetir esa frase en su cerebro, pero sentía una necesidad absurda de demostrarle en lo que se había convertido. Quería encontrarlo y que viera que ella había seguido su camino. Que aquella chica que lloraba había desaparecido y, la mujer actual, solo podía avergonzarse de aquel romance infantil. Demasiado para demostrar en un solo encuentro, pensó.

Al llegar a la puerta de la Facultad, frenó sus pasos y sonrió. Creía que iban a ganar los recuerdos tristes al volver a aquel lugar, pero no fue así. A su mente regresaron los nuevos amigos; el temor a lo desconocido; el amor al arte; la ciudad eterna a sus pies; Isabella con sus ligues eternos; Fran, tan cercano que le parecía verlo ahora bajando las escaleras de la entrada, en las que habían estado sentados en tantas ocasiones mientras se llenaban de frío y ganas de vida. Le parecía verlo reflejado en aquél hombre que ahora bajaba

los mismos escalones y que se acercaba a ella mirándola fijamente; le parecía verlo en esos ojos que, asombrados, le dirigían la mirada; le parecía verlo en ese caminar que, en seco, había parado frente a ella; le parecía verlo en esa boca que no era capaz de cerrar y solo expulsaba palabras sin sentido.

-¿Tú? No, sí, no puedes, pero tú, no, porque yo...

-¿Fran? Pero, ¿estás de verdad aquí? ¿No es un sueño esto?

-¡Clara! No puedo creer...

-¡Pero abrázame! ¡Qué alegría encontrarte!- ambos se abrazaron, mientras las preguntas no obtenían respuestas y solo las risas nerviosas conseguían dar algo de sentido a la situación.

-Clara, he estado buscándote todos estos años. ¿Dónde has estado metida?

-Creo que tenemos que sentarnos en aquella *braserie* a ponernos al día. ¿Tienes prisa?

-Créeme si te digo que tengo todo el tiempo del mundo para ti. No sabes las ganas que tenía de verte.

-Pues cuéntame- Clara lo miraba aún incrédula, mientras el camarero se alejaba de su mesa tras preguntarles lo que iban a tomar- ¿qué haces aún en París? ¿Qué haces aún en nuestra facultad?

-Me quedé aquí. Tras el año de Erasmus, me ofrecieron hacer el Doctorado, y después una beca, y después Profesor Adjunto y este año, por fin, Profesor Titular.

-¡Enhorabuena, Fran! Me alegro mucho por ti. ¿Fotografía, supongo?

-Supones bien, la mejor asignatura de la carrera. Ya sabes, el arte tiene que evolucionar.

-No has cambiado nada, estás igual.

-Sí he cambiado. Ahora soy un profesor respetable. ¿Qué ha sido de tu vida?

Te he buscado en Facebook, en Twitter, en Instagram... nada, ni rastro. Cambiaste hasta de número de móvil. Ha sido imposible localizarte.

-Cuando me fui de París borré mi perfil de Facebook. Y no soy muy de redes sociales; me aburren. Eso de compartir la vida por una pantalla no está hecho para mí; casi prefiero disfrutarla.

-Te pega tanto el discurso antiredes...- Fran reía con la misma pasión que lo hacía en su época de estudiante- pero si le dieras una oportunidad verías que es una puerta infinita al conocimiento.

-Al conocimiento absurdo de los viajes, metas, amores y tonterías de otras personas. De verdad Fran, borré Facebook para huir del mundo, lo reconozco. Pero ahora, no quiero redes sociales que me impidan disfrutar de mi huída. Soy feliz compartiendo mi información con el que está a mi lado, o con el que me llama, o con el que me escribe.

-Pues hubiese sido muy útil que lo hubieses tenido para éste que está aquí a tu lado ahora mismo. Hubiésemos seguido en contacto todos estos años. Cuéntame que has hecho. Dime que no estás trabajando de dependienta en Zara, alejada totalmente del impresionismo, más cerca, eso sí, del surrealismo.

-Estás igual que siempre. ¡Cómo me alegra haberte encontrado! Pues, para tu información, no me he convertido en dependienta. Soy guía en el Museo del Prado.

-¡Enhorabuena! El Prado... vaya...

-No es tan especial ni atractivo como trabajar de Profesor en una de las mejores Facultades de Historia de Arte del mundo... pero tiene su encanto. Cada día busco mi visitante especial.

-Cuéntame esta historia, seguro que me va a encantar.

-Pues sí, creo que es influencia tuya, ahora que lo pienso. Cada día enseño los mismos cuadros a cientos de personas. Pero siempre hay uno, hombre, mujer,

niño o niña, que se sorprende especialmente con uno de ellos, que sonrío mirando algún aspecto del cuadro que le explico, que se emociona con una imagen, que frena sus pasos para mirar con más detenimiento cuando el grupo se está alejando a observar la próxima obra. Ese es mi visitante especial del día.

-Eres maravillosa, Clarita. Y te he echado mucho de menos. Y ¿qué me cuentas de tu vida amorosa? ¿Novio, marido, hijos...?

-Nada de nada. Sola que, tal y como me fue la última vez, creo que estoy mejor.

-No me puedo creer que él te dejase así. ¿De verdad no has superado aún aquella historia? Me sabe mal decirte esto, pero, te lo dije.

-Lo sé, Fran. Y lo tengo totalmente superado, de verdad. Es una idiotez esto que te he dicho. Por supuesto que el estar sola no es una decisión. Aquello es pasado. Simplemente no he encontrado aún a la persona correcta.

-¿Sabes qué te digo? Que lo que has encontrado hoy es a tu visitante especial del día. Llévame a ver de nuevo *Impresión sol naciente*, que hay que celebrar nuestro reencuentro. Y así me vas contando qué te trae a esta ciudad que tanto te ha echado de menos.

Juntos se marcharon, recorriendo el camino hacia el museo que tantas veces habían visitado, abrazados y con la necesidad de recuperar en pocas horas, todos los años perdidos.

Capítulo 10

París 2008

La cita que habían tenido dos semanas atrás se había convertido en el inicio de un apasionado romance. Aquella tarde lo esperó sentada en el suelo, perdida entre miles de jóvenes que admiraban la soberana fachada del Pompidou.

Lo vio acercarse, con lento pero firme caminar. Se dirigía hacia la puerta de entrada. Desde la lejanía, podría pasar por uno más de entre los jóvenes que allí se agolpaban. No parecía tener más de veintidós años. La ropa ayudaba a tal impresión. Aquellos vaqueros de bajos rotos, abrigo de múltiples bolsillos, deportivas en sus pies y un gran gorro de lana cubriendo el pelo, eran los típicos complementos que podría llevar cualquier compañero de su clase.

-Hola Marcel- decidió acercarse hasta él, intentando ocultar su nerviosismo.

-Buenas tardes. Espero que estés preparada para cambiar tu mundo.

-¿Cambiar el mundo?- no sabía realmente a lo que se estaba refiriendo el profesor, ni siquiera podía estar segura de que, en aquel torpe castellano que usaba, hubiese dicho exactamente lo que quería decir, pero cualquier palabra sonaba tremendamente sensual si provenía de sus labios.

-El mundo, no. Tu mundo. Tienes que abrir tu mente a nuevas corrientes artísticas. Tanto impresionismo va a cerrar tu mente.

Y su mundo cambió a partir de aquella tarde. El profesor guiaba sus pasos por las salas del Museo, y ella, completamente entregada, lo escuchaba con

devoción. Cada obra que miraban se convertía en una amalgama de sensaciones nuevas. En cada cuadro descubría un paraíso, gracias a las explicaciones de Marcel, que apasionado, la sumergía en vivencias únicas al admirar cada una de las obras de arte expuestas. Fueron tres horas de intensas emociones; sin darse apenas cuenta, mirando uno de los últimos trabajos de Juan Gris, y con el museo a punto de cerrar sus puertas, Marcel cogió su mano, entrelazando los dedos. No dejaba de hablar, le explicaba algo acerca del uso de las formas geométricas. Pero su amor por el arte no superaba la sensación astronómica de rozar sus manos. Clara había desconectado de este mundo real, y comenzaba a sentirse única y poderosa; ella, con su pelo alborotado, semirecogido, el pantalón negro descolorido y su enorme camisa, que dejaba ver los tirantes de un sujetador malva, se sentía la mujer más hermosa y deseada del planeta.

Y sin darse cuenta, caminaban de la mano, apresurados, por las calles de París, sin llegar a sentir el frío clima gracias a su humedad interior. Ya no hablaban. Tan sólo se miraban, sonriendo, sin querer despegar sus manos. Marcel la dirigía por infinidad de lugares que no conocía, raudo, sin pausa. No se paraban en ninguna esquina, nada había que admirar ni explicar; tan solo querían llegar a su destino. El profesor frenó en seco sus pasos en la puerta de un enorme edificio; la noche era cerrada en París, apenas se podía ver algún rastro de la Luna tras las nubes. Cogió las llaves y acercó sus dulces labios a la mejilla de Clara.

-¿Te apetece subir a mi casa?

No hizo falta respuesta. Ella cogió las llaves y, probando, acertó con la que abría el portal. Juntos pulsaron el botón del ascensor que los debía llevar al paraíso y, mientras esperaban la eternidad que tardaba en abrir sus puertas, Marcel rodeó la cintura de Clara, acercando su cuerpo, frente a frente,

mirándola fijamente, juntando su boca perfecta con la de ella. Primer beso, que se convertía en el preámbulo de una noche inolvidable.

Al abrir la puerta del piso, las manos apresuradas, desabrochaban botones y bajaban cremalleras. Clara se encontraba semidesnuda, tumbada en lo que, sin ninguna luz que la dejase ver con exactitud lo que era, parecía un enorme sofá. Marcel recorría su cuerpo con deseo; caricias y besos se peleaban por rozar cada centímetro de su piel. Con gran habilidad, y sin saber muy bien cómo lo había conseguido, el profesor tenía ya puesto un preservativo y estaba preparado para penetrarla. Con una leve mirada, buscó el consentimiento absoluto de Clara quien, no hizo más que cerrar los ojos y, con las piernas abiertas y entrelazadas en la espalda de su amante, empujarlo hasta lo más profundo de su cuerpo. Marcel le susurraba al oído palabras que no entendía, pero que aumentaba la sensualidad hasta niveles que Clara jamás había conocido. Su profesor la penetraba con suavidad, cuidando cada caricia para que se convirtiera en perfecta. Ella tomó las riendas, siendo más salvaje, girando sus cuerpos convertidos en uno, hasta lograr tumbarlo y, de rodillas sobre él, sentirse dueña del placer. Una luz, proveniente de la ventana, iluminó sus caras justo cuando ambos se entregaban al abandono absoluto síntoma de la explosión interior que acababan de sentir. Jadeantes aún por el esfuerzo y el deseo, se tumbaron juntos. Clara miraba al techo. Marcel la miraba a ella.

-¿A esto te referías con lo de cambiar el mundo?- le preguntó ella, sin casi atreverse a mirarlo.

-Creo, Clara, que tú ya has cambiado el mío- acercó sus dedos a la barbilla de la joven, consiguiendo que girara la cabeza y lo mirase. Un dulce beso selló el momento, antes de que ambos se quedaran profundamente dormidos.

Intentó no hacer ruido al abrir la puerta de su casa. Isabella y Fran debían aún estar dormidos; quedaba menos de una hora para que su despertador sonara, avisando que era el momento de levantarse y dirigirse a la Facultad.

-¿Dónde has estado metida?- la voz de Fran sonaba grave en la cocina.

-¿Qué haces despierto?

-Creo que mejor me contestas a mi pregunta que es mucho más interesante que la tuya. Un estúpido borracho francés se ha dedicado a cantar La Marsellesa justo debajo de mi ventana. El Pompidou ha cerrado tarde, ¿no?

-No, ya sabes que no. Ha cerrado a su hora. Y yo estoy agotada. Tengo que ducharme y no puedo entretenerme en contarte nada...

-Ni se te ocurra irte de esta cocina sin decirme exactamente, bueno, exactamente no... no quiero tantos detalles... pero debes aclararme si ha habido tema, que por la hora que es lo habrá habido...

-¡Fran! No pienso contarte eso.

-Eres tonta. Dime sí o no. Solo eso.

-No pienso decirte nada.

-Si es que no, no le pega nada al súperprofesor. Y si es que sí, no te pega nada a ti.

-¡Por qué no me pega! ¿Sólo podéis vivir la vida Isabella y tú? Y yo, ¿por qué no?

-¡O sea que sí!

-Yo no he dicho eso.

-O sea que no, pues no le pega nada y tú eres una mojigata estúpida.

-No soy mojigata ni estúpida. Ha sido una noche de pasión tremenda.

-¡Lo sabía! ¡Sí! Eres facilona para picarte. Bueno, no sólo para picarte...

-Eres tonto, Fran. Me voy a la ducha. Y ni se te ocurra decir nada a nadie. Nada absolutamente nada. No creo que a Marcel le convenga que se sepa se

ha acostado con su alumna de Erasmus; imagino no estará bien visto en la Facultad. Así que mantén tu boquita cerrada, que estás mucho más guapo. Y no me entretengas más que tengo que ducharme para borrar esta sonrisa estúpida que se ha quedado en mi cara, y que me delata.

-Clara- Fran la llamó y ella giró sus pasos que ya se encaminaban hacia el baño, asomándose a la puerta de la cocina.

-Dime, pesado.

-Ten cuidado- la voz sonó muy seria.

-Ay, déjame que me vaya a ducharme, y no te preocupes. A ti si que no te pega nada el papel de amigo protector. Tú eres más como... a ver si recuerdo el nombre de ese personaje de *Love Actually*, ese que huye de Londres porque no liga nada y decide irse a América simplemente para mantener relaciones sexuales y allí triunfa con unas chicas guapísimas en un bar... ese que no recuerdo el nombre- Clara iba hablando por el pasillo, mientras que Fran la dejaba alejarse.

-Se llama Colin- le dijo cuando ya no podía escucharlo, y el grifo de la ducha sonaba con intensidad- y no me parezco en nada a él. Absolutamente en nada.

Capítulo 11

Málaga 1923

María del Mar miraba la anotación en el pequeño papel que Doña Rogelia, la gobernanta, le había entregado esa misma mañana, cuando, prácticamente con las primeras luces del día, llegaba a la entrada trasera del hotel, por la que accedían los trabajadores y repartidores.

-Niña, no se te ocurra perderte. Me ha dicho Doña Soledad que debes ser muy puntual. A las once tienes que pegar en la puerta. No hay pérdida.

-¿El señorito Pablo va a estar en el piso?

-Por lo visto, sí. Dice la señora que él se va a encargar de abrirte. Junto a ese edificio, hay una tasca. Él te esperará allí mientras haces tu tarea. Cuando termines el trabajo, solo tienes que acercarte a dejarle las llaves. ¿Has entendido?

-Sí, Doña Rogelia. Tengo que llegar hasta esta dirección, el señorito me abre la puerta y, cuando termine, he de entregarle la llave en la tasca que hay junto al edificio.

-Eso es. Está muy cerca de aquí. Antes de llegar a Larios, por el callejón donde venden el pescado. No tiene pérdida.

Las horas habían pasado lentas esa mañana. Tras cada menester, se preguntaba si ya sería momento de marchar hacia el piso del señorito, pero al acercarse hasta el reloj de pared más cercano, se encontraba con que tan sólo habían transcurridos diez minutos desde la última vez que lo había mirado.

Estaba nerviosa. Sentía temor por equivocarse y tener una reprimenda de Doña Rogelia, o, lo que era aún peor, de Doña Soledad. No podía fallar; quería ser la telefonista, y si la despedían por errar en algo tan sencillo, jamás la readmitirían. Pero había algo más. El temor se mezclaba con una pequeña emoción. Ni si quiera ella misma era capaz de descifrar su estado. Sentía una curiosidad tremenda por visitar aquel piso en el que Don Pablo pasaba sus días. Pero, sobre todo, y aunque le pareciera la mayor de las locuras, quería encontrarse con él. Simplemente, el hecho de pensarlo, le hacía enrojecer. ¿Cómo podía, una simple limpiadora aspirante a telefonista, fantasear con la imagen de semejante señor? Beatriz tenía razón y ella estaba completamente loca si creía real algo tan absurdo.

En esos pensamientos se encontraba, cuando notó un golpe fuerte en su espalda mientras, agachada, lustraba con fuerza parte del suelo del pasillo.

-¿Tú sabes qué hora es, niña?- la voz de Doña Rogelia sonó más grave de lo habitual- ¡Faltan tres minutos para las once y aún sigues aquí! Coge el trapo y el cubo que te he preparado junto a la mesa de la cocina, y corre para el piso si no quieres que Don Pablo te mate y Doña Soledad te remate...

Salió con tanta prisa que no pudo retocarse en el espejo que había junto al lavabo de las sirvientas. Maldijo su mala suerte. ¿Cómo había sido tan inconsciente? Llegar tarde a su cita... ¡y ahora la llamaba cita! Su mente estaba demasiado agitada. Salió del callejón sombrío que servía de acceso lateral, y al llegar a la calle Puerta de Mar, un sol cegador le hizo cerrar los ojos. ¡Cuánta vida la rodeaba! No estaba acostumbrada a vislumbrar ese espectáculo. Desde que comenzó a trabajar en el Hotel Regina, cada día, al amanecer, ya se encontraba recluida entre las paredes del hotel, para abandonarlas cuando la luna acompañaba a los pocos viandantes que se

dirigían con prisas a sus casas. Pero lo que veía la dejó asombrada. Sin moverse, miraba hacia los lados. A su derecha, la entrada del Hotel, majestuosa. Un caballero, se acercaba a ella, portando un bastón con un puño tan dorado que su brillo atraía los rayos de sol convirtiéndolos en miles de destellos. A su izquierda, una elegante mujer cubría su blanca piel protegiéndose con un sombrero de encaje; a su lado, una joven niñera empujaba el carrito del que debía ser el bebé de aquella elegante señora. Enfrente, dos chiquillos sucios y felices, jugaban pintando una rayuela en el suelo, saltando mientras pedían limosna a los que, sin mirarlos, pasaban por su lado. Dos caballeros se saludaban estrechando las manos. Otro, sacaba su reloj de bolsillo, aumentando el ritmo de sus pasos. Dos muchachas caminaban agarradas del brazo, riendo, con unos vestidos parecidos a los que María veía en las habitaciones que limpiaba... La bocina de un automóvil le hizo despertar de semejante sueño real. ¡Era demasiado tarde ya! Salió corriendo, con el pequeño papel en una mano, y el cubo en la otra, sorteando a las decenas de caminantes, que a esa hora convertían la ciudad en un lugar, a sus ojos, paradisíaco.

-Llegas tarde- la voz que escuchó justo detrás de ella, frenó sus pasos, tan de golpe que no fue capaz de mantener el equilibrio, cayendo de rodillas al suelo. Consiguió, con poca dificultad, incorporarse y recoger el cubo y el trapo que habían quedado desperdigados. Al girarse, vio la imagen de Don Pablo, mirándola fijamente. No parecía enfadado, aunque tampoco se percibía que la situación fuese de su especial agrado.

-Disculpe, señor. No sé cómo ha podido ocurrir. Se me hizo tarde y...

-Subamos- el joven comenzó a caminar, sin escuchar las excusas.

-Pensé que me iba a esperar en el piso- mientras ascendían un tramo de escaleras, María intentaba entablar conversación, arrepintiéndose al instante

de haberlo hecho tan torpemente.

-Estaba esperándote, pero no llegabas. Pensé que quizás te habías perdido, y por eso he bajado.

-Lo lamento. Le aseguro que no volverá a pasar.

-No va a volver a pasar, desde luego. Ya sabes dónde está la casa. Yo no quiero estar pendiente de la hora a la que debes llegar. Cuando estoy pintando no me gusta pensar en otra cosa. Sólo la pintura es lo importante.

-Creí que usted no estaría en el piso mientras yo limpiaba.

-Pues te equivocas. No pienso irme a ningún sitio. Nada tengo yo que hacer que no sea estar en mi estudio.

Pablo introdujo la llave en la única puerta que se apreciaba en el segundo piso. Al abrir, María del Mar observó todo con detenimiento. Un recibidor con una pequeña consola donde Pablo depositó las llaves, dirigía los pasos hacia un enorme pasillo. A la derecha, dos dormitorios, uno de ellos contaba con cama de matrimonio, el otro, con dos pequeñas camas. Frente a ellos, un baño y la cocina. Al fondo del todo, una gran estancia, con ventanales que dejaban pasar la luz del sol, iluminando lo que debía ser el salón de la vivienda, pero que se había convertido en una especie de taller, donde las pinturas, pinceles, lienzos y trapos sucios, se mezclaban por el suelo.

-Mira Mar, ¿te llamas Mar?

-María del Mar.

-Bien. Pues Mar, tú vienes porque mi madre insiste en que alguien tiene que limpiar aquí. Esto no es una casa, aunque lo parece, porque los inquilinos anteriores dejaron aquí sus muebles y pertenencias. Esto es mi taller. No toques nada de esta habitación en la que nos encontramos, únicamente los cristales de las ventanas, porque necesito que siempre entre mucha luz. En cuanto al resto de las dependencias, haz lo que te plazca. Yo no las uso. No

duermo, ni como, ni vivo aquí. Sólo pinto aquí. E intenta molestarme lo menos posible. Aquí únicamente debes limpiar...

-Los cristales.

-Exacto. Los cristales. El resto, por favor, no se te ocurra tocarlo.- Al terminar la frase, sonrió. Era la primera vez que lo hacía en la mañana. A María del Mar le gustó. En su primer encuentro en el Hotel, no tuvo la impresión de que Don Pablo fuese autoritario; todo lo contrario. Parecía proveniente de otra familia, como si su lugar no estuviese entre los Pérez de Lion. Sin embargo, al recibirla ahora, tenía la sensación de que era Doña Soledad la que le estaba enseñando las habitaciones.

-Muchas gracias Don Pablo. Intentaré no molestarle.

El primer día no tuvo mucho que hacer. La vivienda tenía algo de polvo acumulado, pero poca tarea para una limpiadora experta como ella. María del Mar miraba aquél piso y lo comparaba con la minúscula vivienda que compartía con sus padres y hermanos. Nunca podría aspirar a vivir en un lugar como aquél. Ni tan siquiera siendo telefonista.

Se dirigió con sigilo y algo de miedo al salón, para poder limpiar los cristales. Pablo se encontraba sentado en un pequeño taburete. Desde la puerta, le veía mover la mano derecha, mientras en la izquierda portaba una especie de madera, donde tenía diversos colores. Iba cogiendo un poco de cada uno de ellos y los esparcía por una tela blanca manchada por cientos de puntos, que formaban figuras sin sentido. De repente, Pablo se giró. Y la vio allí, quieta, observándolo.

-Perdóneme. No quería interrumpir. Voy a limpiar los cristales y me marcho ya.

Él no le contestó. Siguió absorto, inmerso en su lienzo. Quería transmitir todo

aquello que había aprendido, pero no era capaz. Quizás no poseía el talento de aquellos compañeros parisinos. De hecho, el gran Picasso ni tan siquiera frenó sus pasos al pasar junto a su trabajo, aquella tarde de hacía tres meses cuando coincidieron en el taller, pero sabía que podía conseguir una gran obra maestra. Tan solo tenía que insistir, buscar, experimentar, y entonces plasmaría en su lienzo lo que su mente ya era capaz de ver como real. Los colores formaban formas; las formas, figuras completas; y las figuras, realidades. Estaba tan claro en su mente, que no entendía por qué no era capaz de llevarlo a cabo. La miró mientras limpiaba los cristales. Al subir el brazo derecho para alcanzar la zona más alta de la ventana, su falda se acortaba, dejando entrever el final de la media y algo de piel de su muslo. Sin verla, sabía que estaba mordiéndose el labio con fuerza, en ese gesto tan inconsciente como atractivo. Tenerla allí era agradable. Miró su lienzo, y de nuevo el final de la media atraía toda su atención. Luchaba y se obligaba a volver a su tarea, pero perdía todas las batallas.

-Creo que he terminado por hoy- Pablo la vio girarse hacia él, y continuó con su lienzo, como si nunca hubiese despegado los ojos de él.

-Me parece perfecto. El jueves que viene, misma hora y mismo sitio.

Allí lo dejó, sentado en su taburete, con la mejilla manchada de un azul apagado y los dedos deslizándose, ya sin ayuda del pincel, la pintura por la tela blanca sin orden ni sentido.

Caminaba sin prisa hacia el Hotel. No quería llegar, no quería abandonar el ambiente que se respiraba aún a esa hora en la calle malagueña, donde los comercios cerraban para que sus dueños descansaran hasta la tarde, momento en el que volverían a abrir sus puertas. No quería regresar para hacer mil camas, y limpiar miles de metros de alfombras. No quería esperar a que, de nuevo, fuese jueves.

-Tengo una sorpresa para ti- sintió el aliento de su voz muy cerca de su oído, justo en el momento en el que, ya de vuelta, pisaba la zona de servicio del hotel.

-Curro, un día vas a conseguir que muera de un susto, chiquillo.

-Un día vas a morir por mí.

-Por tu culpa querrás decir.

-Ven aquí, María del Mar, acompáñame que te he dicho que tengo una sorpresa para ti.

-No estoy para sorpresas- Curro la cogía del brazo, llevándola hacia la esquina más oscura. Asegurándose de que nadie se acercaba, ni por la derecha ni por la izquierda, metió su mano en el bolsillo con rapidez.-Curro, por Dios, no hagas tonterías.

-Preciosa mía, no es un anillo lo que voy a darte. Aún no, que todo llegará. Esto que te regalo es el principio de nuestra historia.- Sacó de su bolsillo un pañuelo blanco, que protegía un pequeño relicario. María del Mar lo cogió entre sus manos, algo entusiasmada. Lo abrió con dificultad y encontró una fotografía de Curro.

-Sales muy guapo. Pero no sé para qué quiero yo tener una imagen tuya.

-Pues porque debes tener siempre la imagen de tu futuro esposo contigo. No me ha llegado el dinero para comprarte la cadena. Por eso te he dicho que es el principio. Ahora me conformo con que lo pongas junto a tu cama, para que me des un beso de buenas noches.

-¡Estás loco! ¡Qué iban a pensar mis padres!

-Pues pensarían la verdad, que un hombre honrado te quiere, y quiere pasar contigo el resto de su vida. Y tratarte como te mereces, como una auténtica reina.

-No pienso decirles nada de eso- metió el relicario de nuevo en el pañuelo y

estiró la mano sin mirarlo, para que el camarero volviera a guardarlo.

-Anda María del Mar, no seas así. ¿Sabes lo que me ha costado que el fotógrafo me retratara? Le he prometido una botella de esas del buen vino que beben los señores. Que no sé cómo me las voy a ingeniar para sacarla de aquí. Por favor, princesa, llévame contigo.

-Trae, me lo llevo. Al final siempre te sales con la tuya. Pero que sepas que no acepto tu proposición. No pienso ser tu novia ni casarme contigo.

-Eso ya lo veremos- Curro alzaba la voz para que María del Mar, que se alejaba riendo por el pasillo, lo escuchara con claridad- me vas a querer, y vas a ser muy feliz conmigo.

Capítulo 12

París 2017

-Mamá, no te lo vas a creer- Clara se dirigía hacia la Facultad de Historia del Arte.- Me he encontrado a Fran.

-Cariño, no sé quién me dices. ¿Tengo que recordar a algún Fran especial en nuestras vidas?

-¡Fran! Mi compañero de Erasmus, el que vivía conmigo y con Isabella. Fran, el único Fran que conozco.

-Ahora lo recuerdo. Vaya casualidad. ¿No era español?

-Sí, pero se quedó aquí trabajando, una larga historia. Ahora he quedado con él en la Facultad.

-¿Y has visto ya al que ibas a ver?

-Mamá, puedes nombrarlo, no pasa nada. Se llama Marcel, ¿recuerdas?

-Lo recuerdo perfectamente. Ya me hubiese gustado poder olvidarlo, y, sobre todo, que tú lo hubieses borrado para siempre.

-No te preocupes. Estoy perfectamente. Llevo el cuadro conmigo. Te cuento en cuanto termine mi charla con él. Además de esto, ayer hablé con el arquitecto que se encarga de la obra del edificio de la portería. Creo que debemos saber algo más de cómo llegó la bisabuela a aquél lugar. Me he propuesto conocer en profundidad su vida. Ya que no tuvimos la decencia de preguntarle mientras estaba entre nosotros, vamos a resarcirnos, conociéndola diez años después de su muerte.

-Me encantan tus ideas, Clara, pero no tenemos ni tiempo ni edad para andar investigando. Tú descubre lo que puedas del cuadro, con eso debe ser

suficiente.

-Por favor, mamá. Si vamos a hacer esto, vamos a hacerlo bien. Intentemos conocerla. Solo tienes que buscar a un ginecólogo malagueño llamado Carlos López de Muñiz. Su abuelo y bisabuelo, ginecólogos también, tuvieron la consulta en el mismo edificio donde la bisabuela trabajaba de portera. Seguro que algo recordarán. Intentemos hacer esto juntas.

A pesar de las reticencias iniciales, Alma pronto se encontró tremendamente motivada por el asunto. Como su hija, se veía en la obligación moral de descubrir algo sobre la vida de su abuela, a quien, prácticamente, habían abandonado en la soledad de aquella portería.

Clara subía las escaleras con rapidez. Llegaba tarde. Fran había concertado una cita en el despacho del profesor Marcel Lefavrau, sin decirle que iba a ir acompañado de Clara, por expreso deseo de su amiga. Conocía perfectamente el camino; podía hacerlo con los ojos cerrados. Ese despacho fue epicentro de su vida y sus pasiones. Ahora, todo aquello, quedaba en su recuerdo, y en un trauma más literario que real, a pesar de que su madre insistiera en que aquél encuentro iba a remover antiguos miedos. Clara estaba convencida que su madurez actual le permitía tratar el encuentro con profesionalidad e, incluso, hasta con la ilusión de encontrar a una persona que compartió algún tiempo de su vida. Sin más. Sin drama. Sin tragedia.

Al llegar a la puerta, estaba entreabierta. Unas voces procedían del interior. Claramente reconoció la de Fran, con un perfecto francés. Había mejorado en estos años de estancia en París. Quien le contestaba debía ser Marcel, aunque, para sorpresa, no reconoció con tanta claridad su voz. Parecía más aguda de lo que recordaba. La mente tiende a perfeccionar las situaciones que deseamos seguir viviendo sin poder hacerlo. Debía ser eso, por lo que

recordaba la voz de Marcel más grave, más autoritaria, más sexi. Ahora, era simplemente la voz de un hombre entrado en años.

-¿Interrumpo?- Clara golpeó levemente la puerta con los nudillos, asomando la mitad del cuerpo hacia el interior del despacho. Allí estaba sentado, en la misma posición en la que la recibía siendo estudiante. Fran se giró e intentó transmitirle con la mirada todo el apoyo posible. Clara le sonrió relajándolo. Negó rápido con su cabeza, para indicarle que no debía preocuparse de nada. Estaba bien, mucho mejor de lo que esperaba. Marcel la miró asombrado. Separó la silla de la mesa, arrastrando las ruedas, pero sin llegar a levantarse. Dirigía su mirada de Clara a Fran, intentando dar una explicación a lo que veía.

-Marcel, Clara tiene que hacerte una pregunta profesional- Fran decidió comenzar a explicarle la situación en español, idioma que los tres dominaban.

-Clara, estás aquí...- el profesor consiguió por fin articular palabra, levantándose y dirigiéndose hacia ella.- Cuánto me alegro de verte.

Con ligera torpeza, nada propia en él, según el recuerdo de Clara, se acercó hasta ella para darle dos besos. Ella puso su brazo en la espalda del profesor. Sentía cariño hacia Marcel y quería demostrarlo. Superado. Eres pasado. Lo pasamos bien. Me rompiste el corazón. Pero soy una mujer madura capaz de entender lo que fui para ti. Sin necesidad de venganza.

-Creo que os dejo solos- Fran caminó hacia la puerta del despacho, no sin antes dirigir la mirada hacia su amiga- Clara, yo estoy justo al lado, que es mi despacho. Cuando termines, vienes a buscarme. Estaré esperándote.

-Dime Clara- Marcel le hablaba más calmado, recuperando algo de gravedad de voz y ese halo de superioridad que Clara recordaba- ¿qué necesitas de mí? Aunque, si no te importa, me gustaría saber antes qué ha sido de ti todos estos años. Te fuiste de manera apresurada. No pude ni despedirme de ti. Me

hubiese gustado aclarar la situación. Pedirte disculpas...

-No sigas Marcel, no quiero hablar de aquello. No he venido a eso. Todo está olvidado. No voy a engañarte. Me hiciste mucho daño. Más daño del que yo podía llegar a imaginar que nadie podría hacerme en mi vida. Pero está olvidado. Tengo un maravilloso recuerdo de mi Erasmus.

-No sabes lo feliz que me hace escucharte hablar así. Yo tengo un gran recuerdo de ti, y de nosotros... y fui un poco necio.

-Sí lo fuiste. Bastante necio. Pero, a pesar de lo que pude pensar en aquellos primeros momentos, mi vida ha continuado sin ti. Y con bastante éxito-ambos reían nerviosos, intentando dejar atrás la dolorosa situación que vivieron entre aquellas mismas paredes. - Y ahora, déjame que te enseñe algo. Necesito tu opinión profesional.

Clara sacó del tubo protector el lienzo que, con sumo cuidado, había conseguido enrollar. Lo desplegó con calma encima de la mesa del despacho. La ocupaba entera. Las múltiples formas geométricas grises y azules, se mezclaban con folios y libros del profesor. Marcel apartó todo de un golpe, dejando prioridad absoluta al lienzo.

-¿De quién es?

-Eso es lo que quiero que averigües. Según la inscripción trasera, se pintó aquí, en París, exactamente en Montparnasse, en el año 1925. Tiene por título *Mujer sentada riendo*.

-Déjame verlo con claridad- Marcel cogió unas gafas pequeñas del cajón de su escritorio. Así parecía aún mucho más mayor. Clara pensó que la vida le había hecho un gran favor aquél día del año 2007 en el que su mundo se desmoronó- Así, a primera vista, me parece un pintor aficionado.

-Eso me pareció a mi también al verlo.

-Atendiste bien en mis clases. Es un cubismo exagerado. Demasiado lineal.

Quizás, el pintor, seguía unas pautas de algún profesor que le indicaba. En aquella época, en Montparnasse, existían numerosos talleres donde acudían los artistas, o los que pretendían llegar a serlos, como este que tenemos aquí delante. Si me lo dejas, quizás hablando con otro compañero podamos darte más información acerca de si la fecha es exacta, y compararlo con otros trabajos, por si damos con la escuela donde se pintó. ¿Cómo ha llegado a ti?

-Este cuadro lo tenía mi bisabuela colgado en la pared del dormitorio de la portería donde vivía. Nos gustaría tener más detalles sobre él. Lo máximo que me puedas decir.

-De acuerdo, déjame unos días. Dame tu teléfono y te avisaré en cuanto pueda decirte algo más.

Clara se marchó del despacho con el convencimiento de que había hecho lo correcto. No sólo el encuentro con el profesor le iba a ayudar a descubrir los secretos del cuadro, sino que también, en ese preciso momento, había cerrado para siempre una historia en exceso idealizada.

Capítulo 13

Málaga 1923

Los días tenían un brillo distinto. María del Mar seguía llegando al Hotel antes del amanecer, limpiaba con esmero cada trozo de las interminables alfombras que cubrían los pasillos; hacía las camas; ayudaba en la cocina; amontonaba sábanas para lavar; pero, a pesar de todo eso, sus jornadas brillaban más. Los jueves se habían convertido en el día especial de la semana. Lo esperaba ansiosa y, la conversación con Don Pablo comenzaba a ser algo más fluida. Las primeras semanas fueron difíciles. Él parecía molesto cada vez que ella entraba al salón para limpiar los cristales, aunque, poco a poco, fue relajándose.

-¿Qué ves aquí, Mar?- le preguntó uno de aquellos jueves.

-Pues no lo sé, señor.

-No me gusta lo de señor, es demasiado burgués. Llámame Pablo.

-Su madre me mataría, señor.

-Mi madre no va a escucharte. Que yo sepa, no está en esta habitación, y espero que no lo esté nunca. ¿Qué ves en este lienzo?

-Pues, no sé qué decirle. Es la primera vez que me preguntan eso- María del Mar miraba la tela blanca, nerviosa, mientras se mordía intensamente el labio inferior, dejando a la luz el diente partido.

-Deja de morderte el labio así, chiquilla, que te vas a hacer daño.- La limpiadora, rápidamente, cerró la boca y sus mejillas tornaron a un color rojo intenso.

-Es que no lo sé. No sé lo que quiere que le diga.

-Pues pretendo que me digas la verdad. La pintura debe despertar emociones en todos lo que la miran, en los ingenuos y en los entendidos.

-Creo que es un cielo estrellado- dijo María del Mar, sin mucho convencimiento en sus palabras. Pablo cerró los ojos, y dejó lentamente el pincel en el suelo, sentándose abatido- Lo siento, creo que no he dicho lo que debía.

-No tienes la culpa, Mar. Yo soy el único culpable. Soy un idiota y un estúpido, que cree tener talento, cuando en realidad, soy un pintor mediocre.

-De verdad que lamento mucho haberle ofendido. Dígame, ¿qué debería haber visto?

-Acércate aquí. Ponte justo delante de la obra- Pablo la cogió por la cintura, situándola entre el cuadro y él.- Ahora, mira y dime qué sientes.

-Tristeza- le contestó tras varios minutos en silencio.

-Mejor, mucho mejor. ¿Podría ser esto que estás viendo, quizás, un abismo?

-No lo sé, debería explicarme primero lo que es un abismo.- Pablo empezó a reírse, dejando entrever una juventud escondida hasta ese momento.

-Creo que es más fácil si yo te explico lo que he querido pintar y tú, después, me dices si realmente te ha parecido eso. Mira, esta zona oscura, la más oscura de toda la obra, es el fin. Allí es donde, sin ningún tipo de remedio, vamos a acabar todos. Pero hay varias formas de acabar allí. Esta zona de aquí, en la parte superior izquierda, es el camino más fácil, que solo unos pocos tenemos el privilegio de pisar. Es el camino de la riqueza, la comodidad, el bienestar, pero no siempre es el camino de la felicidad. Por eso se reflejan aquí estos círculos negros. Esta otra zona, a la derecha, simboliza el camino opuesto, un camino duro, repleto de penurias, enfermedades, hambre, sufrimiento, aunque con connotaciones felices representadas por estos conos rojos y azules. Sin embargo, los dos caminos confluyen en el

abismo oscuro. Ahí es donde todos, sin distinción nos vamos a encontrar, donde nada importa. Todos somos lo mismo. Carne muerta.

-Pablo, esto es muy triste. Justo lo que yo decía. Has conseguido que tenga la emoción que pretendías.- Sin percatarse ninguno de los dos, en ese preciso momento, comenzó a tutearlo.

-Me alegra saberlo. Creo que vas a tener que darme tu opinión más a menudo.

En el piso charlaban como dos amigos. Comenzaron a compartir anécdotas de sus respectivas vidas y exponían sus sueños y motivaciones. Pablo la animaba para seguir luchando por el puesto de telefonista, mientras que María del Mar le proponía cambios en las imágenes a las que quería dar forma el pintor. Raras veces se cruzaban en el hotel, pero si lo hacían, intentaban mostrarse distantes, aunque Pablo, que solía ir acompañado de su madre, se giraba, tras pasar a su lado, para guiñarle un ojo, cual travesura infantil.

-Mariquilla, estás rara últimamente. Pareces hasta feliz limpiando y has dejado de darme la lata con el puesto de telefonista- Beatriz la miraba de reojo, mientras ambas cambiaban las sábanas de una de las camas- algo te pasa que no me cuentas.

-¿Qué me va a pasar, tonta? Pues no me pasa absolutamente nada. Estoy como siempre. Y, aunque no te hable del tema, yo sé que voy a ser la próxima telefonista del hotel. Pero es que la idiota de Marta parece que ahora no tiene tan claro aquello de casarse. No sé qué le ha pasado, aunque estoy segura de que ha sido su pretendiente quien ha anulado el casamiento cuando la ha visto.

-No seas mala, pobrecita.

Cuando ambas mujeres habían terminado de arreglar las numerosas habitaciones del piso primero, se dirigieron hacia la cocina, llevando las sábanas sucias que debían entregar al lavadero. En la mesa del comedor de servicio se encontraron sentados a dos caballeros, vestidos con traje de chaqueta y sombrero en la mano, fumando un cigarrillo y tomando una copa de vino, mientras reían y charlaban.

-Estos dos siempre aquí por medio- María del Mar se quejaba en voz baja de su presencia.

-¿Quiénes son?- Beatriz los miraba sin acercarse.

-Son esos hombres que acompañan siempre a Don Luis. Parecen sus perros guardianes. ¿No te has dado cuenta? Si Don Luis sale a la calle, ellos siempre van detrás. Y, muchas veces, el señor cuchichea algo en sus oídos, y allá que ellos se apresuran a traer justo lo que ha pedido. Esos sí que son buenos sirvientes y no nosotras...- Beatriz comenzó a reír tan fuerte que llamó la atención de Doña Rogelia.

-Niñas, poneros a trabajar y dejáros de tonterías. María sube ahora mismo a la tercera planta. La habitación 302 acaba de quedar vacía y necesito que me bajes una bandeja de desayuno que debe estar dentro. Y no te entretengas.

María del Mar subió lo más rápido que pudo los tres tramos de escaleras que le separaban de la habitación. No quería enfadar a la gobernanta y, aún menos, cuando se acercaba la hora de comer. Era capaz de dejarla para el último turno. Al doblar una esquina, se chocó con un caballero que caminaba por el pasillo.

-Lo lamento mucho señor. Espero no haberle hecho daño- la joven no era

capaz de levantar la mirada.

-Creo que te he dicho que no me llames señor.

-¡Pablo, eres tú!- María del Mar se alegró de que su torpeza hubiese tenido como objetivo al pintor, no sólo por evitar una posible reprimenda de un huésped, sino por encontrarlo a solas, sin la compañía de su madre.

-Vas como loca, y pasan estas cosas. Imagínate que llegas a chocar con mi padre.

-Calla, no quiero pensar eso.

-O imagínate que llego a ir acompañado por mi madre.

-Pues se habría enfadado mucho conmigo. Es raro encontrarte solo.

-¿Qué día es hoy, Mar?

-Martes.

-¿Todavía martes? No puede ser. Necesito verte en el piso, urgentemente.

-¿Están sucios los cristales? ¿No puedes pintar bien por el polvo acumulado?

-No son los cristales. Te necesito a ti.- se acercó a ella tanto, que notaba el aire del susurro muy cerca de su cuello.

-¿A mí?- María se puso nerviosa al tenerlo tan cerca- ¿Y no para limpiar?

-He decidido hacer un retrato.

-Por fin un cuadro que no me vas a tener que explicar.

-Bueno, Mar, no te emociones demasiado. Quiero hacer un retrato cubista. Un retrato parecido al resto de cuadros que he pintado.

-Y ¿para qué me necesitas?

-Para que poses.

-¿Yo? ¿Posar? ¡Te has vuelto loco!- la joven, sin darse cuenta, alzaba demasiado la voz, provocando eco en el pasillo.

-Calla, no grites- Pablo posó su dedo índice en los labios de la limpiadora.- Eres la única mujer que conozco capaz de poder estar sentada horas en mi piso sin que piensen nada extraño.

-Pues vaya decepción. Pensaba que me querías retratar por mi belleza.

-Eso también, Mar.- Pablo continuó deslizando el dedo por los labios de la joven- Esta boca, con el diente especial, merecen ser dibujados. Te tengo que pintar sentada y riendo...

-No te rías de mi diente.

-No me río- Pablo no dejaba de mirar fijamente sus labios, acercándose cada vez más, empujándola contra la pared del pasillo- Ese diente...

Un ruido se escuchó al final del pasillo. Ambos se giraron, y, sobresaltados, vieron a Doña Soledad, quien, saliendo de su habitación, los miraba extrañada.

-Por favor, vaya a mi habitación ahora mismo. Y cambie mis sábanas- Pablo alzó la voz, separándose rápidamente de María del Mar.

-Enseguida, señor. Disculpe la tardanza. No volverá a ocurrir.- la joven desapareció de su vista.

Pablo esperó a que su madre se uniera a él para bajar junto a ella.

-Hace una buena mañana, madre. ¿Va a salir a pasear?

-¿Qué ha ocurrido Pablo?

-No le entiendo, madre.

-Me entiendes perfectamente. ¿Qué hacías hablando con esa limpiadora?

-Le indicaba que fuera a arreglar mi habitación. Nada más.

-Pablo, por favor. No me trates como una idiota. Tu padre es el único que puede hacerlo. No hagas ninguna tontería. Me he enfrentado a tu padre, consiguiendo que te deje pintar, sin que tengas ninguna carga del hotel. ¿Sabes lo que me ha costado convencerle?

-Padre es un ingenuo. Parece que no vive en el siglo veinte. No sabe que ahora los artistas formamos parte de la alta sociedad. De hecho, las familias más importantes de esta ciudad son grandes amantes del arte. Él debería intentar apreciar la pintura y la escultura, si no quiere convertirse en el

hazmerreír de Málaga.

-¿Crees que no se lo he dicho?- Doña Soledad agarró el brazo de su hijo para bajar las escaleras, lo que le permitía hablar en un tono más bajo, con el fin de evitar oídos indiscretos- Llevo meses diciéndole que debemos dotar al hotel de importantes obras de arte. Nos estamos quedando atrás. También le he propuesto que podíamos organizar una reunión con algún pintor o escritor, y citar a las grandes familias de la ciudad.

-Eso sería fantástico, madre. Es una idea maravillosa.

-Pues a tu padre le ha parecido un horror. Y a tu hermano también.

-Mi hermano es imbécil.

-Pablo, por favor, no hables así de tu hermano. Él es igual que tu padre. Sólo entienden de números y más números. Creen que el arte es una pérdida absurda de dinero. Y lo de la reunión con artistas les ha parecido demasiado bohemio.

-Pues deberíamos conseguirlo. Eso haría del Hotel Regina el más importante de la ciudad. ¿Sabe, madre? Me he estado reuniendo con artistas locales. Muchos de ellos son personalidades muy relevantes a nivel nacional y de esas reuniones surgen muchas ideas. Estamos pensando editar una revista de poesía, pero donde la pintura tenga especial relevancia; algunos compañeros han llegado a contactar incluso con Federico García Lorca, quien parece que está dispuesto a colaborar. Imagínese una reunión de ese nivel intelectual en nuestro Hotel.

-Tu padre nunca lo consentiría.

-Pero tengo una madre estupenda, capaz de conseguir cualquier cosa que se proponga.

-No seas zalamero, y no vuelvas a acercarte al servicio. Busca una joven de tu edad, de una de esas familias que dices que son tan importantes en esta ciudad. No te entretengas con tonterías que no te van a aportar nada. ¿Me has

entendido?

-Perfectamente madre. Y, como siempre, voy a seguir obedientemente sus consejos.

Capítulo 14

París 2008

Clara se sentía feliz. Cualquier idea anterior que se hubiese creado en su mente acerca del tiempo que iba a estudiar en París, quedaba lejos de la realidad.

Su vida era perfecta. Los compañeros de piso habían pasado a convertirse en los hermanos que nunca había disfrutado. Era tal la complicidad con Fran e Isabella que simplemente con mirarse, ya sabían lo que sentían cada uno. Isabella continuaba con una larga lista de conquistas, a cada cual más bella, que pasaban por casa para no regresar nunca más. Y Fran, tras una corta relación de cuatro semanas con otra estudiante de Erasmus alemana, compañera de Isabella, estaba pasando, según él mismo, un periodo de reflexión sexual.

-¿Reflexión sexual?- Clara lo miraba extrañada, mientras los dos, recién llegados de una noche de fiesta, compartían un bote de crema de cacao, donde iban introduciendo sus dedos para después chuparlos, ya que en la despensa no quedaba ni una sola rebanada de pan para poder untarlo.

-Necesito reflexión sexual. Entre la loca italiana que tenemos por compañera, que parece insaciable y cada día se trae a un chico nuevo...

-A cual más guapo, por cierto.

-Sí, chulazos de turno. Decía que entre la loca italiana y la alumna ligerita...

-Eres tonto.

-Cada día estás más colgada del profe guay.

-Es que es para volverse loca, Fran. ¿Quién me iba a decir que iba a venir a París a encontrar mi alma gemela y mi media naranja?

-¿Todo eso es Macel? Qué fuerte te ha dado.

-No, tú eres mi alma gemela. Él es mi media naranja.

-Gracias. Por la parte que me toca; pero tu alma gemela se va a la cama, que estoy agotado.

El final de curso se acercaba. Clara sabía que su estancia en París tenía las horas contadas. Debía regresar a casa. Su beca finalizaba con el fin del curso. Aunque ella tenía otros planes. Iba a regresar para decírselo a sus padres. No imaginaba su vida lejos de Marcel y lejos de esa capital que tanto le había enseñado. Iba a buscar un futuro profesional en París. Probablemente, los primeros meses, tendría que trabajar en algún local de comida rápida para poder pagarse el alquiler de la vivienda, pero seguro que en un futuro, no demasiado lejano, encontraría su trabajo ideal. Sus numerosas visitas a los Museos de la capital francesa, le habían abierto los ojos. Ella quería ser guía. Los compañeros se reían y pensaban que ese era un trabajo absurdo, que lo podía hacer cualquiera con un mínimo de formación. Sin embargo, para Clara, intentar transmitir las emociones que ella sentía viendo las obras de arte que colgaban de las paredes, se le antojaba como la más feliz de las ocupaciones. Y contaría además con la ayuda de Marcel. Aún no había compartido con él sus planes, pero sabía que iban a hacerle muy feliz. Ninguno había querido tratar el tema de la despedida, aunque ambos sabían que tarde o temprano iba a ocurrir. Desde que iniciaron su relación, no había día en el que no intentaran reunirse para visitar alguna galería de arte, museo o simplemente para dar un paseo romántico por la ciudad de la luz. Esas citas siempre terminaban en el piso de Marcel, con la ropa esparcida por el suelo y sus cuerpos desnudos, compartiendo visiones artísticas tras el sexo. Clara

sentía que nunca había amado de esa manera. Marcel no solo era un espléndido amante, sino que ponía a su disposición todo el conocimiento que poseía. Era una fuente de información inagotable y tremendamente sexi.

Aquel domingo por la mañana, no se habían citado, ya que la noche anterior, ambos habían trasnochado por tener planes separados. Ella con sus compañeros de Erasmus y él con unos amigos con los que estudió la carrera y con los que se reunía una vez al mes. No quiso llamar para no despertarlo. Prefería darle la sorpresa y llevarle uno de los croissants relleno de crema que tanto le gustaban para desayunar. Creía que era el momento ideal para, por fin, decirle a Marcel que había decidido quedarse en París, porque ya no concebía su vida lejos de él ni de esa ciudad.

El sol brillaba y la calidez del mes de mayo se palpaba en la capital francesa. Muy poca gente paseaba por la calle y la soledad aumentaba la ansiedad de llegar al piso. Le emocionaba fantasear imaginando la cara de Marcel al recibir la noticia. Salió de la panadería, con dos croissant en una pequeña bolsa. Llegó al portal y, justo cuando iba a pulsar el botón del portero electrónico, la puerta se abrió.

-Bonjour Madame- un anciano salió del portal, ataviado con un enorme sombrero.

-Bonjour Monsieur- Clara no podía frenar su alegría y saludó con la mejor pronunciación de la que fue capaz.

Subió con rapidez la escalera y tocó el timbre. No hubo ninguna contestación. Clara pensó que quizás Marcel había salido de casa. Cogió el móvil y lo llamó. El sonido de esa llamada sonó en el interior de la vivienda. Estaba dentro. Estaría dormido. Colgó el teléfono y volvió a tocar el timbre de la puerta, esta vez dejándolo presionado, para conseguir despertar al profesor. Por fin escuchó algo de ruido. Era la voz de Marcel. ¿Hablaba? ¿Le estaba

diciendo algo a Clara? ¿Le estaría diciendo que ya iba a abrirle? No conseguía entender lo que hablaba. Parecía que era francés. Sus pasos sonaban ya junto a la puerta y continuaba hablando; en francés. La cerradura sonó y la puerta se abrió hasta el tope que le permitía la cadena de seguridad. Marcel estaba sonriendo, hasta que sus ojos se cruzaron con los de ella. No le habría hecho falta nada más. Debía haber girado sus pasos y dado la vuelta en ese mismo momento; debía haber corrido hasta su casa, haber buscado a Fran y compartir con él el croissant más triste de su vida. Pero no. No lo hizo.

-Buenos días- Clara saludó al profesor, con la mirada clavada en sus ojos e intentando no llorar. La sonrisa se había borrado de ambas bocas.

-Clara, no es buen momento.

-Lo sé. Abre la puerta.

-Sabes que no es buen momento. Somos adultos. Creo que es mejor que nos veamos dentro de una hora. Yo paso por tu piso a recogerte y lo hablamos.

-Abre la puerta, Marcel.

-Es una tontería que esto acabe así. Es mejor vernos fuera.

-Si no quieres que rompa esta puta puerta como si fuese una loca, abre ahora mismo.

Marcel cerró. Por un segundo Clara pensó que no iba a volver a abrir, pero enseguida escuchó el ruido de la cadena y de nuevo el pomo de la puerta comenzó a girar. Allí estaba él, semidesnudo, despeinado, asombrado. Parecía más mayor, menos sexi. Clara entró al piso. En el salón encontró ropa de mujer tirada en el suelo, y una voz femenina reclamaba en francés a su amante que volviera a la cama.

-Por favor, Clara. Lo siento. No debías estar aquí.

La joven se dirigió a la cocina. Sacó un plato del mueble y colocó con delicadeza los dos croissant. Marcel la miraba anonadado. Parecía que ella iba a explotar toda su ira contra él en cualquier momento. Sin embargo, Clara se giró. Intentó dirigirle la mirada más triste, enfadada y decepcionada de la que fue capaz y se marchó del piso. Al salir del portal frenó sus pasos. Imaginó que Marcel salía detrás de ella, buscándola, cogiéndola del brazo, llorando, rogando por su amor, necesitando no perderla. Pero nada de eso pasó, y Clara corrió sin descanso hasta su piso.

Capítulo 15

Málaga 1923

-Mar, por favor, no te sientes tan recta. Separa un poco la espalda.- Pablo miraba la escena muy concentrado. Tenía la imagen muy clara en su mente, pero no conseguía que la joven entendiera lo que le estaba pidiendo. Era jueves, y por fin habían podido encontrarse en el piso, para iniciar la que, según el pintor, iba a ser su gran obra maestra.

-No te entiendo. Antes me has dicho que me levantara un poco, y ahora que no esté tan recta.

-Quiero que arquees tu espalda hacia un lado, pero sin necesidad de parecer que estás tumbada. Sólo un ligero movimiento que le de a mi pintura la naturalidad que necesito.

-Pablo, a mí es que me gustan más los retratos de siempre. Podrías pintarme así, tal como soy, con mi uniforme y todo, donde se reconociera mi cara.

-Para la realidad ya está la fotografía. ¿Sabes quién es Picasso?- María del Mar lo miraba extrañada- Es el mejor pintor que existe en el mundo. Yo he estado con él, en París. No sabes lo difícil que es conocerlo; pero lo conseguí por un amigo, a quien Picasso le estaba agradecido por un tema personal, algo relacionado con una mujer, no preguntes nada, que de eso es mejor no hablar con señoritas como tú.

-¡No te pensaba preguntar por indecencias del Picasso ese!

-Mejor así. Como te contaba, conseguí conocerle. Él hablaba con un grupo de jóvenes que le atendían embelesados. Parecía una clase magistral de la Facultad. Así pude escucharle; y lo que decía tiene todo el sentido para mí.

Los artistas reflejamos la realidad como la sentimos, pero no tenemos que pintar la realidad tal y como es. Para eso está la fotografía. Por eso te voy a pintar como te siento.

-Pero me pintarás muy fea, como el cuadro aquél de la semana pasada en el que aparecía un caballero, y era como un monstruo.- Pablo comenzó a reír a carcajadas.

-Por favor, Mar. Deja que me concentre. No me hagas reír. Quédate callada en esa postura. Y abre tu boca. Ese diente...

La limpiadora lo miraba mientras pintaba. No sabía cómo había ocurrido pero empezaba a necesitarlo. Dentro de aquél piso, no eran señor y empleada. Eran dos jóvenes con toda una vida por delante, con sueños y miedos que compartían el uno con el otro. María del Mar pensaba que eso debería ser lo más parecido a un noviazgo, aunque sabía que lo que imaginaba era imposible. Nunca podría ir cogida de su mano por la calle, ni a bailar a las fiestas de su barrio.

Pablo la miraba concentrado. Luchaba contra su mente, no quería dejar volar su imaginación. Al menos no en ese preciso instante. Ahora estaba trabajando. Su imaginación ya funcionaba durante las noches. La soñaba con poca ropa, enredada entre sus sábanas, mordiendo sus labios y besándole el diente roto, esa deformidad dentro de la perfección absoluta. Tan cubista que era imposible no amarla. El pincel recorría torpe el lienzo, sus manos temblaban y los ojos iban con prisa de la imagen de Mar al lienzo, y del lienzo a la imagen de Mar. De nuevo al lienzo, de nuevo a Mar, otra vez al lienzo, otra vez a Mar, a Mar, a Mar, a Mar, a Mar...

-¿Qué haces, Pablo? ¿Por qué me miras así? Sigue pintando por favor.

El joven pintor dejó el pincel junto al cuadro lentamente. Dirigió sus pasos hacia la modelo lo más despacio que pudo. A cada movimiento que hacía, pensaba en los inconvenientes de aquella decisión. Estaba enamorado y, precisamente por ella, no debía hacerlo. Tan solo le quedaban dos baldosas del suelo para llegar a su lado, pero frenó.

María del Mar lo miraba atónita. No sabía lo que estaba pasando pero no quería pararlo. Sentía la necesidad de abrazarlo, de besarlo, de amarlo. Era una locura, pero ¿y si Pablo la quería también? Pronto iba a dejar de ser una simple limpiadora y se iba a convertir en la telefonista del Hotel. Esa acreditación debía ser suficiente como para que su noviazgo no fuera imposible. Pablo estaba paralizado, mirándola justo delante de ella. Si alargaba el brazo podía tocarlo, pero no iba a hacerlo. Era mejor salir corriendo de aquél piso. Alejarse de él. Se levantó rápidamente, y el impulso hizo que la silla cayera contra el suelo, con gran estrépito.

Ninguno de los dos se vieron afectados por tal ruido. Pablo decidió andar hacia ella. María del Mar alargó su brazo. Se rozaron. En el silencio de la habitación se percibía la respiración agitada de ambos; lentamente sus labios se juntaron, acompañados de caricias que adelantaban el paraíso. Se dirigieron hacia la primera habitación; bajo las sábanas se amaron con dulzura, en un movimiento tan lento y acompasado, que parecía una representación de ballet ensayada. A cada nuevo giro, un beso; a cada nuevo impulso, una caricia. El tiempo se paró justo en el momento en el que los gemidos se hicieron intensos, dejando paso a una paz infinita.

-Mar, te quiero- Pablo confesaba su amor, mientras con el dedo pulgar acariciaba la espalda desnuda de la joven.

-Yo también te quiero. Pero creo que esto que hemos hecho no está nada bien.

-Créeme cuando te digo que no ha estado bien. Ha estado perfecto.

-No te rías, Pablo. No estamos casados, yo soy una limpiadora, y tú eres el señor. Esto le pasó a una tía mía y no sabes la vergüenza que supuso para la familia, que me lo ha contado mi madre. Mi abuelo, aún, no lo ha superado. Imagínate cuando se enteraron los vecinos.

-Esto no es igual. Yo no soy el señor de nada, ni tú eres mi sirvienta. Esto es amor.

-Eso no funciona así. Beatriz me dice que debo alejar de mi mente las tonterías que pienso.

-No sé quién es esa Beatriz pero está completamente equivocada.

-Es mi mejor amiga. Es limpiadora en el hotel. ¿No conoces a los trabajadores?

-Pues no a todos.

-¿Conoces a Marta?

-No.

-¿Conoces a Javier?

-No.

-¿Conoces a Curro?

-No.

-O sea, que no conoces a ninguno de mis amigos...

-Bueno, no es tan grave. Tú tampoco conoces a los míos.

-¿Cómo voy a conocer a tus amigos? Yo trabajo durante todo el día, desde que amanece hasta que se hace de noche. Y al día siguiente me levanto para volver al hotel a seguir limpiando, y todos los días son iguales. ¿Cómo crees que podría conocer a tus amigos? Sin embargo, los míos, trabajan para ti, los ves cada día, limpiando el suelo que pisas, preparando la comida que comes, abriendo la puerta por la que entras, y ni siquiera sabes quiénes son.

-Creo que estás enfadada.- María del Mar se iba poco a poco separando de su

lado, ocultando su cuerpo desnudo con la manta que cubría la cama- Debes entender que no es fácil conocer a esas personas. No he tenido relación alguna con ellos.

-Ellos son como yo, Pablo.

-Tú eres diferente.

-Te equivocas. Yo soy una de ellos. Una limpiadora y tú eres el dueño del hotel donde trabajo.

-No soy dueño de nada. Soy un pintor. Un artista.

-Un pintor con una familia rica. Y yo, una limpiadora de familia pobre. Lo mismo que mi tía, igual...

-En París todo es diferente. Es más fácil.

-Pero no estamos en París. Y los dos sabemos en lo que me acabo de convertir.

-No voy a permitir que digas eso. Te quiero. Mar te quiero. Lucharé para que nadie nos separe jamás. Me enfrentaré a todos. Nos iremos de aquí. Nos iremos juntos.

La joven fue acercando poco a poco su cuerpo al de Pablo. Creía cada palabra que le decía. Lo creía y quería creerlo. Era posible.

Tras ese primer encuentro, vinieron otros muchos. Cada jueves, él intentaba pintarla, y cada jueves, ambos se enredaban entre las sábanas, dejando el cuadro inacabado. Las semanas se hacían interminables y, un verdadero esfuerzo hacían por no rozar sus manos cada vez que se cruzaban por los pasillos del hotel.

María del Mar, tras varias semanas ocultando su alegría, se vio obligada a compartirla con Beatriz.

-Dime que eso que me acabas de contar ha pasado solo en tu imaginación. Por favor, Mariquilla, dime que me estás gastando una broma.

-Es real. Nos queremos. Tú me dijiste una vez que me iba a dar cuenta de que estaba enamorada cuando quisiera ver a ese hombre cada día, y necesitara abrazarlo y besarlo más que respirar. Pues ya me he dado cuenta. Ese hombre es él.

-Tú eres tonta. De eso es de lo que me acabo de dar cuenta yo.

-No me grites, Beatriz. No tiene que enterarse todo el hotel.

-Por tu bien que no se entere nadie más que yo. Te voy a contar lo que pasa. Eres tonta y ese chiquillo se está aprovechando de tu poco mundo. Si me llega a coger a mí, no sabes dónde lo mando, por muy hijo del señor que sea. Ese no me toca un pelo, pero te ha cogido a ti, que eres inocente. Y tú piensas que lo va a dejar todo y se va a ir contigo a Berlín.

-A París. Dice que nos vamos a París.

-¡A París o Berlín o al pueblo de mi abuelo! Que es lo mismo, Mariquilla. Que esta historia es más antigua que nosotras. Ocurría en el siglo pasado y ocurre en el veinte también. Que estos señores se aprovechan del servicio porque pueden. Y después, si te he visto, no me acuerdo. No hagas caso, por Dios; escúchame como si fuese tu madre.

-¡A mi madre no se me ocurriría contarle esto! ¿Quieres que me mate?

-Por eso te doy los consejos que ella te daría. Eres cabezota. Aléjate. Ese hombre no es para ti.

-Pero es el que quiero.

-Pues no lo quieras.

-¿Eso cómo se hace?

-No sé. Piensa en sus defectos. Seguro que tiene muchos.

-No tiene ninguno. Es perfecto.

-Nadie es perfecto. Tendrá muchos defectos. Es poco atento mientras estáis...

ya me entiendes...

-Es tan atento que no para de preguntarme si estoy bien.

-Pues ronca cuando duerme, y, eso, a la larga, es muy molesto.

-No ronca.

-Le huelen los pies muchísimo, como al jardinero. ¿Te acuerdas cuando se quitó las botas? Salimos despavoridas de nuestra sala. Eso es horroroso.

-No le huelen los pies.

-Pues tiene pequeña... eso- la limpiadora se señalaba entre las piernas, guiñando un ojo.

-¡Beatriz! Por favor, no me digas esas cosas.

-Claro, si es que tú qué vas a saber si está bien, o no; si no tienes donde comparar... Hazme caso, niña. Aléjate.

-No puedo.

-Puedes y debes. Esto solo te va a traer desgracias.

María del Mar escuchaba a su amiga mientras arreglaban los cuartos del segundo piso. Miraba a su alrededor y se imaginaba en esa misma habitación, de un hotel de París, durmiendo junto a Pablo, mientras una limpiadora traía su desayuno a la cama. Beatriz se había convertido en su confidente, pero no entendía lo que le estaba pasando. Ya no concebía su mundo sin el pintor; era la fuerza que hacía que se levantara por la mañana y el dulce recuerdo que le servía para dormir por la noche. Todo su cuerpo se estremecía al verlo y sentirlo en su interior, era lo más parecido a la felicidad absoluta. Nadie iba a hacerle cambiar de idea. Porque su vida, sin él, no merecía la pena. Por supuesto que había tenido dudas. Un jueves se había despertado llorando tras un sueño horrible en el que, a lo lejos, veía a Pablo acompañado de una joven hermosa, parecidas a las mujeres elegantes que se alojaban en el hotel. La joven iba agarrada a su brazo, y el pintor le pedía que se sentara frente a él

para hacerle un retrato. María del Mar los veía con total nitidez, y podía hasta comprobar que el retrato era fiel reflejo de la belleza de la joven. Ambos reían, y, una vez finalizado el cuadro, el pintor se acercó a la modelo para fundirse en un apasionado beso. Justo en ese momento, la limpiadora despertó, arrancando una ira y dolor jamás conocidos. Al llegar al piso no pudo responder al saludo del pintor, ni siquiera cruzó palabra alguna con él, quien, desconcertado, insistía hasta la saciedad para que al menos le informara del error que debía haber cometido para sufrir semejante condena.

-No es nada Pablo- le contestó, sin tan siquiera mirarlo- piensa que no existo. Soy una simple limpiadora y como tal debes tratarme.

-Estás diciendo una tontería. Ya sabes que te quiero y que a mí me da exactamente igual que seas limpiadora, telefonista o duquesa.

-No insistas, es una decisión definitiva. Tú y yo no podemos seguir así. Olvídame.

Pablo insistió, acercándose a ella y cogiendo su mano dulcemente, pero María del Mar lo apartó con desdén. El joven dolorido y orgulloso, decidió apartarse de ella y no mirarla durante la jornada del jueves. No comprendía el cambio de actitud de la limpiadora y, se obligaba a no rebajarse más suplicando a la joven que volviera a su lado. Pasaron varios días en los que ni tan siquiera se cruzaron por el pasillo. Pablo se encontraba tan hundido que no había podido dar ni una sola pincelada desde que ella decidió abandonarlo. Caminaba por la ciudad perdido en sus pensamientos y el solo hecho de pensar en una vida sin ella le hacía sentir un vacío inexplicable. Fue consciente de que la necesitaba para vivir, y aquella idea le causó vértigo; su vida entera dependía de la joven limpiadora que ahora lo había abandonado. Sabía que no tenía opción, debía luchar por volver a conquistarla. No sabía

cómo, ya que ella le estaba evitando. Podía esperar al siguiente jueves, pero para eso aún quedaban dos días, y, mucho temía, que ella iba a negarse en rotundo a escucharle. De hecho, era capaz de no acudir ella misma a limpiar y enviar a alguna de sus compañeras. La conocía demasiado bien. Así que ideó un plan con la esperanza no sólo de recuperarla, sino también de no ser descubierto por nadie, algo que casi le provocaba el mismo pánico que perderla.

Consiguió de manos de Doña Rogelia un listado de las habitaciones que María del Mar debía limpiar al día siguiente, indicándole que, dicha información, la reclamaba su padre. La gobernanta, extrañada, se la entregó, aunque con más reticencias de las esperadas por el pintor.

María del Mar inició su rutina esa mañana, con desdén y tristeza. Su vida desde que lo dejó era más gris. Lo necesitaba, pero sabía que había hecho lo correcto y, de todas maneras, él no había hecho demasiado por retenerla a su lado. Se acercó a la primera habitación que debía arreglar. Encontró una rosa blanca en el pomo. Le pareció extraño, pero la retiró rápidamente, depositándola en el cubo que portaba. Se dirigió a la siguiente habitación, y, de nuevo, otra rosa blanca en el pomo. Beatriz la miró asombrada, pero ambas mujeres continuaron sus quehaceres sin entretenerse demasiado. La tercera de las rosas las hizo ponerse algo nerviosas. ¿Y si eran para alguna de ellas? Bromearon ambas, pero María del Mar comenzó a entender la situación. Era él, no había dudas. Una tras otra, fue encontrado una rosa blanca en cada una de las puertas de las habitaciones que debía limpiar. Al abrir la última de ellas, la imagen hizo llorar hasta a Beatriz. Pablo se encontraba dentro de la habitación, con la rodilla en el suelo, portando un pequeño ramo de rosas. María del Mar le pidió a su compañera que la esperara fuera unos instantes, y, a pesar de sus reticencias iniciales, Beatriz sucumbió pronto a la romántica situación, y le permitió a la pareja un instante

de intimidad.

La limpiadora cerró la puerta y el joven levantó su rodilla acercándose a ella.

-No deseo una vida sin ti- le susurró- Permíteme hacerte feliz cada día de nuestras vidas. No te vas a arrepentir.

-Pablo, no sé qué decir. Es demasiado complicado. Si tú fueras otro o yo otra...

-Si tú fueras otra no te querría ni la mitad. Y si yo fuera otro no te querría ni la mitad. A nadie voy a querer como a ti y nadie te va a querer como yo. Por favor, mírame, quiéreme, y déjame estar a tu lado. No hay nada que no podamos superar juntos.

María del Mar lo abrazó y lloró con toda la pasión que tenía acumulada. No hacía falta que le dijera nada. Con la primera de las rosas había ganado su corazón para siempre.

Capítulo 16

París 2017

Clara paseaba feliz por París. Tan solo llevaba siete días allí y sentía que no se había despegado de aquella ciudad en los últimos diez años. Durante la semana de estancia, junto a Fran, había recorrido los lugares a los que acudían con asiduidad en su época estudiantil; aunque, mucho más reconfortante le había parecido huir de la nostalgia y conocer impresionantes restaurantes a los que, diez años atrás, no podía permitirse acudir.

La última noche antes de su regreso a Málaga, cenaban en un espectacular bistró a orillas del Sena.

-No me creo que tengas que marcharte mañana.- Fran evitaba mirarla directamente a los ojos, dando vueltas al tenedor mientras esperaban la llegada de sus respectivos platos.

-He quedado con Marcel por la mañana en la facultad. Según me ha comentado puede darme algunos datos acerca del cuadro. Después me marché al aeropuerto.

-Estos días han sido muy especiales para mí.

-Para mí también, Fran. Me hizo muy feliz encontrarte bajando aquellas escaleras. Doy gracias a la vida por habernos dado la oportunidad de cruzar de nuevo nuestros caminos. Te prometo que esta vez no voy a desaparecer para siempre.

-Eso espero. Me he quedado con tu número de móvil. Y como se te ocurra cambiarlo, voy a buscarte por todas y cada una de las calles de Málaga.

-¿Por qué no te vienes?

-¿Irme? ¿Dónde?

-A Málaga. Conmigo. ¿A que aún no conoces mi ciudad?

-No. Nadie me ha invitado jamás.

-Pues ahora lo estoy haciendo yo. Vente a conocer mi tierra; mi mar; mis espetos; mi Manquita; mi Calle Larios. Vente a conocer mis raíces.

-Yo quisiera conocerte a ti.- Fran levantó su mirada, fijándola en los ojos de Clara. Ella, comenzó a reír por la ocurrencia de su antiguo amigo, aunque la seriedad que él mantenía en su rostro, le hizo guardar silencio.

Así quedaron los dos, mirándose uno a otro, hasta que el camarero apareció con sus respectivos platos.

-Delicioso- por fin Fran rompía la ligera tensión que se había creado, mientras probaba el enorme bistec que había escogido- ¿Qué tal el tuyo?- Clara aún no había ni tan siquiera, dirigido su mirada al plato que le habían servido.

-¿Qué quieres decir, Fran?

-Que está realmente bueno.

-No te hagas el tonto. ¿Qué quieres decir?

-¿Aún no te has dado cuenta, Clara? ¿No tienes ni la más remota idea de lo que quiero decir?- Clara lo miraba, atónita. Su cabeza daba vueltas, y el plato seguía allí, esperando a ser probado.- Ni te diste cuenta entonces, ni te das cuenta ahora. Pensé que no era nuestro momento. Tú estabas feliz con el profesor, y yo te dejaba cada noche marchar a su lado, sabiendo que tus besos tenían un destino; pero imaginaba que ese destino era yo. Y mientras tú corrías a su lado, yo soñaba con una vida al tuyo. Y mi inocencia me hacía tener la esperanza de que un día te hartarías de él, o él de ti, aunque no soportara la idea de tu sufrimiento. Y cada día luchaba porque lo tuyo funcionara, a la vez que cada día luchaba porque fracasara. Y en medio de esa

lucha, cuando ya no podía evitarte el dolor, pero sí ofrecerte la alternativa más especial que nunca hubieses imaginado, desapareciste de mi vida sin dejar ningún rastro. Lo que quiero decir es que yo soy, y siempre he sido Mark, queriendo y amando a Juliet, pero aceptando ese amor tan imposible como infinito. Solo soy Mark...- Clara no podía pestañear. Quería preguntarle quiénes eran Mark y Juliet, quería saber desde cuándo estaba enamorado de ella, quería conocer los motivos por los que no se sinceró con ella, quería entender cómo demonios no había sido ella capaz de percatarse de aquellos sentimientos del que entonces era su mejor amigo y su única familia. Su cabeza seguía girando, escuchaba el ruido de los comensales que les rodeaban, pero su imagen había desaparecido. A lo lejos, sonaba una sirena, pero el restaurante parecía sumergido en la más absoluta oscuridad y silencio. Con un leve impulso, empujó la silla hacia atrás, dejando camino libre para levantarse. Tan solo dos pasos hicieron falta para acercarse hasta donde se encontraba sentado Fran, quien, con los codos apoyados en la mesa, usaba sus manos para sujetarse la cabeza, tapándose los ojos, como quien busca un sueño profundo. Clara se agachó para ponerse a su altura, y, para cuando Fran fue consciente de su presencia, los labios de la joven estaban pegados dulcemente a los suyos. Cerró los ojos de nuevo, y se dejó llevar por el recuerdo de Juliet besando a Mark.

Terminada la cena, Clara y Fran paseaban junto al Sena. Muchas sonrisas y miradas nerviosas, casi pueriles, se dedicaron desde que salieron del restaurante.

-No entiendo por qué no me dijiste nada.- Clara decidió comportarse como los adultos que se suponía que eran, y tratar el tema con normalidad.

-Tú estabas loca por Marcel. Decirte aquello en ese momento hubiese significado, probablemente, el fin de nuestra maravillosa relación. Y, no te

confundas, recuerdo aquellos años como los más felices de mi vida.

-Y, ¿ahora? ¿Qué quieres que haga con la información?

-Por lo pronto, enseñarme Málaga no estaría nada mal.- Fran extendió su brazo sujetando con fuerza el hombro de Clara, atrayéndola a su lado, besando dulcemente su frente.

-Eso está hecho. Pero antes, por favor, sácame de dudas. ¿Quiénes son Mark y Juliet? ¿Se supone que los tengo que conocer?

-Es triste que hayas olvidado todo lo que te enseñé.

-No tengo ni la más remota idea.

-¿Y no recuerdas la cantidad de veces que vimos juntos *Love Actually*?

-¡Son personajes!- Clara reía tan fuerte que los viandantes parisinos que pasaban junto a ellos, la miraban atónitos- ¿Sigues comparando a cualquier persona real con tus personajes de *Love Actually*?

-Esa comparación no falla nunca. Y siempre puedes explicar una situación incómoda basándote en ellos.

-¿Y me vas a decir quién era Mark? Perdona que no lo recuerde. No es falta de atención, es que soy poco hábil para recordar los nombres.

-Mark es el mejor personaje de toda la película. El que siente el amor más puro. El que es capaz de dominarse por evitar daños mayores. El que siempre va a poner la felicidad de los que quiere por encima de la suya.

-El de los cartelitos...

-Sí, Clara, el de los cartelitos a la mujer de su mejor amigo. Pero mi forma de describirlo es, sin duda, mejor y más romántica que la tuya.

Acababa de amanecer en París. Clara recogía todas sus cosas esparcidas por la habitación del hotel. Aún algo asombrada por la confesión de Fran, decidió que esa historia debía esperar. Desconocía si evolucionaría en algo destacable, pero merecía tener su propio espacio y protagonismo. Aún tenía

que zanjar el tema que la había llevado hasta allí.

Arrastrando la maleta, con la que se iría poco después al aeropuerto, llegó hasta el despacho de Marcel.

-Veo que te marchas- le dijo el profesor al verla entrar.

-Simplemente había venido para saber algo acerca de este cuadro, y creo que la información me la vas a dar en este mismo momento.

-Siento decepcionarte. Pero no he podido saber quién lo pintó. Aunque quizás te sirvan estos pequeños datos que un amigo, perito profesional en Bellas Artes, me ha facilitado. Sabemos, gracias al volumen, soporte y tramas, que es un cuadro original de 1925. Se pintó en Montparnasse, en un pequeño taller de discípulos del cubismo. Hemos conocido la existencia de una especie de libro registro de aquél taller, donde se anotaban los utensilios que necesitaban los pintores. Lo tienen en las dependencias del Museo de Arte Moderno de París, en una hemeroteca que se puede consultar libremente si tienes un permiso especial. Es todo lo que te puedo decir.

-Vaya, gracias Marcel.

-Pareces decepcionada.

-Es que he sido una ilusa. Pensaba que el perito iba a tener una varita mágica con la que descubrir al autor. He pecado de ingenua. Sé poco más de lo que ya sabía. Que data de 1925, tal y como indica en su parte trasera, y que se pintó aquí. Lo del libro registro no creo que ayude mucho, a parte de que, obviamente, no tengo ningún tipo de permiso para acceder a él.

-¿A qué hora sale tu vuelo?

-A las cuatro de esta tarde.

-Tiempo más que suficiente para ir al Museo de Arte Moderno.

-¿Y el permiso?

-Yo soy el permiso.- Marcel le hablaba con tanta contundencia que era

imposible no dejarse embaucar por él- ¡Vamos! Tenemos que darnos prisa.

Una hora, y muchos semáforos no respetados después, Clara se encontraba sentada en un habitáculo minúsculo, sin ventanas, con unos grandes tubos fluorescentes en el techo, situado al final del pasillo inferior del Museo de Arte Moderno de París. La directora del mismo no había puesto ningún impedimento para permitirles pasar. Tan solo le hizo falta ver la dulce cara del profesor quien, según pudo entender Clara gracias a su francés no olvidado, la invitaba a un café y, esa misma noche, a un pase especial para la ópera. Una joven, probablemente becaria, se había encargado de darle el ejemplar en cuestión, sin otro quehacer que vigilarla desde su asiento, junto a la puerta de entrada.

Allí estaba Clara, tremendamente divertida por lo absurdo de la situación, pero a la vez deseosa de encontrar algo en aquél libro lleno de apuntes que apenas entendía. Parecía que todas las anotaciones llevaban una misma fórmula: en la parte izquierda, se apuntaban las iniciales del pintor; y en la derecha, los materiales que necesitaban y sus cantidades. En otras ocasiones, junto a las iniciales, aparecían lo que debían ser solicitudes de encargos o de envíos de algunos lienzos a diferentes direcciones. Unos con mejor letra que otros, pero página a página, Clara comprobaba cómo un tal *R.T.* solicitaba con mucha asiduidad *deux pinceau, bleu, jaune*.

El tiempo pasaba rápido. Miraba su reloj con intranquilidad; debía marcharse ya; tan solo eran páginas de iniciales con pedidos. Nada más. Hizo un recorrido rápido, ojeando sin leer; ya no quedaba tiempo. O se marchaba hacia el aeropuerto o iba a perder el vuelo. Se levantó y cerró el libro con calma, entregándolo a la joven que, aliviada, recuperaba el ejemplar y se proponía dejarlo en su lugar.

-¡Espera!- el grito de Clara hizo que la joven perdiera el equilibrio, tropezando con una estantería. El libro que portaba a punto estuvo de precipitarse contra el suelo. La joven lo abrazó como si de un bebé se tratase y la miró con absoluto reproche.

-Tu es folle!

-Disculpa. Siento haberte asustado. Déjame un momento; solo un momento. Necesito ver una página. Me ha parecido descubrir algo, pero acabo de darme cuenta ahora. *Juste un instant, s'il vous plait.*

La joven dejó el libro en la pequeña mesa, esta vez sin alejarse hasta la silla que había ocupado junto a la puerta. Clara recorrió las páginas. Sabía que sus ojos no le engañaban. Había visto algo que no cuadraba. Algo estaba fuera de lugar en ese libro que poco o nada le había aportado hasta ahora; dos líneas llamaban su atención y estaba segura de que las había visto. Ahora en su mente se dibujaban claras, nítidas, pero pasaba hoja tras hoja sin encontrarlas. Cuando ya iba a cerrar de nuevo el libro, pensando en la imposibilidad de continuar con su búsqueda por la insistencia de su reloj en recordarle el poco tiempo que la separaba del despegue de su avión, lo encontró. Justo eso estaba buscando. Su mente no había inventado nada. Destacaban del resto. Esas iniciales se repetían en muchas páginas, pero en una sola de ellas, aparecían junto a algunas palabras que no tenía que traducir.

P.PdL.

transporter par mer Antonio Díaz Bermúdez

Calle Jara 6

Málaga

Espagne

Capítulo 17

Málaga 1925

Pablo dibujaba un corazón en mitad del lienzo blanco. Su torso, desnudo, sudaba aún por el esfuerzo realizado, minutos atrás, en la cama de aquél piso convertido en proyecto de domicilio marital.

-Hace meses que abandonaste mi retrato, Pablo- María del Mar lo miraba desde el quicio de la puerta, abrochando lentamente la cremallera de su falda.- ¿Ya no te interesa pintarme? Quizás esa fue la excusa que utilizaste para conquistarme...

-Ven aquí Mar- el pintor se sentó en una butaca del salón, señalando sus piernas, para que la joven se sentara encima de ellas. La agarró de la cintura, abrazándola con dulzura, besando lentamente su espalda - Ese retrato debía ser mi obra maestra, con mi musa como protagonista. Y no estaba consiguiendo mi objetivo. Por eso estoy retrasando su finalización.

-Será porque inviertes poco tiempo en la pintura. Desde que te reúnes con esos amigos nuevos no tienes casi ni una hora libre para venir al piso. Te pasas el día en la cafetería de señoritos ricos.

-No son amigos nuevos. Son artistas, como yo. Escritores, poetas, pintores, escultores. Todos queremos lo mismo. Conseguir que el arte evolucione, al mismo ritmo que lo hace la sociedad.

-¿Y cómo queréis hacer eso?

-Ya te conté la semana pasada que nuestra idea de editar una revista cultural va tomando cada vez más forma, y parece que ya mismo se convertirá en

realidad. No te imaginas lo emocionante y gratificante que es charlar con ellos. Está en nuestras manos mezclar, por primera vez en una revista, grandes maestros de las artes, unidos por un mismo fin.

-Suenan emocionante, Pablo.

-Cuando consigamos editar el primer número, vas a ser la primera en verlo.

-¿Yo? ¿Una limpiadora? Qué voy a saber yo de arte... Ya no soy ni tan siquiera, la futura telefonista del Hotel. La idiota de Marta decidió cancelar sus planes de boda, fastidiando mi futuro.

-Sé perfectamente la ilusión que te hacía conseguir el puesto. Y lo lamento. Pero nuestra estancia en Málaga va a ser temporal. Tú y yo pronto, muy pronto, vamos a irnos rumbo a París.

-Llevas diciendo eso muchos meses, y no vamos rumbo a ningún sitio. Seguimos aquí, escondidos entre estas paredes, deseosos de que sea jueves para poder amarnos, fingiendo, cada día, frialdad al cruzarnos por los pasillos del hotel. Esto no es proyecto de nada, Pablo. Esto es una relación sin futuro, como dice Beatriz.

-Debes dejar de escuchar tanto a esa amiga tuya. No sabe lo que dice.

-Pues lo que dice se cumple siempre. Me dijo que pasarían los meses y no me llevarías a ningún sitio. Que nuestro amor está condenado a fracasar y que yo seré una desgraciada toda mi vida por tu culpa. Que nunca veremos juntos de la mano, un atardecer.

-¿Eso te ha dicho? Pues se equivoca. Justo hoy vamos a ver un atardecer. De la mano. Vístete.

Caminaban juntos por el nuevo Paseo del Parque. Pablo la miraba, entusiasmado. María del Mar intentaba alejarse de su lado, disimulando que su andar no guardaba relación alguna con el del pintor. Aprovechando la poca afluencia de personas, la cogió de la mano, para iniciar juntos la subida a

Gibralfaro. El sol reflejaba el cabello de la joven y Pablo pudo observar lo bella que era con luz natural. Deseó estar lejos de aquella ciudad que los encasillaba en un lugar que no les correspondía. Necesitaba amarla sin ocultarse entre paredes que, cada día, se asemejaban más a una prisión donde ocultar vicios oscuros. Su relación era pura, sana, certera. No necesitaban esconderla.

María del Mar notaba los dedos del joven entrelazados con los suyos. Sentía que no podía ser más feliz. La subida a Gibralfaro se antojaba empinada, pero sus piernas parecía que no rozaban el suelo. Pablo la condujo hasta un lateral de la montaña y juntos se sentaron en una gran piedra. Seguían sin separar sus manos. María del Mar besó dulcemente los labios de Pablo. Ya no le parecía peligroso. El sol comenzaba a desaparecer tras el mar. No hicieron falta palabras. Su mirada hacía presagiar que ese amor iba a ser eterno.

-Tú te equivocabas, Beatriz- María del Mar le contaba a su compañera, con todo lujo de detalles, el romántico paseo que había tenido lugar la tarde anterior.- Hemos paseado de la mano, sin miedo a que nos vean, y hemos visto juntos el atardecer más maravilloso del mundo.

-Como si pudieses compararlo con cualquier otro atardecer, Mariquilla.

-Me da igual eso que me dices. Él me quiere, y tú te equivocabas.

-Me equivoco pocas veces. Pero, es posible, que esta ocasión haya sido una de ellas. Aunque escúchame con atención: que él te quiera no significa que sus padres lo acepten.

-Eso ya lo sé. No soy una idiota. Por esa razón nos vamos a ir a vivir a París.

-¿Y qué dice Don Pablo de París? ¿Allí está bien visto que una limpiadora se acueste con el señor?

-Beatriz, lo haces todo feo. Lo nuestro es diferente- María del Mar se levantó bruscamente, dejando la alfombra a medio limpiar.

-¿Qué te pasa, Mariquilla? Te has puesto blanca como el papel.

-No lo sé, no me encuentro demasiado bien. Habrá sido al levantarme tan rápidamente.

-Siéntate un poco y descansa. Chiquilla, qué malita cara se te ha puesto. Anda y ve a la cocina, y pide un vaso de agua. Espérame allí que ya termino yo sola con esto; descansa un poco.

De camino a la cocina, María del Mar comenzó a dudar. Sabía lo que hacía y los riesgos que conllevaba. Necesitaba recordar la última vez que tuvo el periodo. Contaba con los dedos de la mano los días que habían pasado. Podría asegurar que había coincidido con un jueves de hacía varias semanas, porque ese día le tocaba visitar el piso de Pablo y pasaron la tarde acariciándose y hablando de su futura vida en París. Contaba con los dedos de la mano derecha, después los de la izquierda; perdía el ritmo, volvía a comenzar. Otra vez perdida. ¿Cuántos días habían pasado? Comenzaba a contar de nuevo.

-¿Qué irá pensando la limpiadora más guapa de todos los hoteles del mundo?

-Por favor, Curro, déjame. Me has hecho perder la cuenta.

-¿Perder la cuenta? Y ¿qué estabas contando, si se puede saber?

-Pues no se puede saber. Cosas mías.

-Si son cosas tuyas, también son mías. Nuestras vidas están unidas para siempre.

-No digas tonterías. Y déjame que me he mareado un poco y necesito beber agua.

-¿Mareada?- Curro dejó su tono habitual, dejando paso a una preocupación real que nunca antes María del Mar había visto en él- Ven preciosa, déjame que te acompañe. Apóyate en mi brazo, no te vayas a caer.

-No hace falta. Te lo agradezco, pero puedo ir sola.

-Agárrate a mi brazo. No pienso irme de tu lado hasta que no me asegure de que estás bien.

Curro la acompañó hasta la cocina. Mientras que con sus fuertes brazos prácticamente la levantaba del suelo. Con su pierna acercó una silla y la situó en ella. Rápidamente sirvió un vaso de agua y se lo acercó a los labios.

-Gracias Curro, de verdad. Pero no te preocupes. Puedo beber sola.

-Si no me preocupas yo por ti, ¿quién lo va a hacer?

-Ya tengo quién se preocupe por mí. - Curro la miró, extrañado. Aquella frase debía tener un significado diferente al que él estaba entendiendo.

-Ya lo sé. Tienes a Beatriz, y a tus padres y hermano. Pero yo me preocupas por ti de una forma algo especial, ¿no crees?

-Hay alguien que se preocupa por mí de esa forma especial que tú dices.

-No me mientas- los ojos del camarero brillaban, convirtiéndose en la imagen de un hombre triste y abatido. María del Mar sufrió al verlo así.

-No quiero hacerte daño. Tú ya sabes que nunca he aceptado tus proposiciones. Siempre me he sentido muy halagada por ti, y te lo agradezco.

-Por favor, María del Mar. No me hagas esto. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

-¿Importa eso?

-La verdad es que no. Sea quien sea, hay algo que es seguro.

-¿El qué?

-Que nunca va a llegar a quererte como yo te quiero.

-Curro- María del Mar cogió la cara del joven entre sus manos- tú mereces que alguien te quiera como nunca yo llegaré a quererte.

-¿Qué hacéis los dos así de acaramelados?- Beatriz apareció en la cocina, cargada de cubos y trapos- Curro, deja a Mariquilla que está mareada- el camarero se separó de la joven, desapareciendo de la habitación sin decir una

palabra.- ¿Y este? ¿Qué mosca le ha picado?

-Nada, cosas tuyas.

-Más bien cosas vuestras, hija. Que no soy tonta. Este no te lleva a París, ni a ver atardeceres de ensueño, pero créeme cuando te digo que te haría más feliz. A ver, cariño, ¿estás mejor?

-No. Estoy fatal.

-¿Por qué?- Beatriz la miraba preocupada- Ya tienes mejor cara. ¿Qué te sientes? ¿Quieres que avisemos al doctor?

-¡No! Al doctor no, por Dios.

-Pero niña, ¿qué te ocurre?

-No puedo decirlo. Me vas a matar.

-¿Qué estás diciendo, Mariquilla? Anda, venga, no seas tonta. ¿Cómo te voy a matar por estar enfer...- Beatriz no terminó la frase. Se quedó mirando a su amiga, paralizada, sin saber qué decirle. Justo en ese preciso momento, sin hablar, sin preguntarle directamente, sabía lo que estaba ocurriendo. Quería gritarle, pegarle una torta en la cara como si de su madre se tratara, decirle una y mil veces que ya se lo había avisado. Pero en vez de todo eso, se acercó a su amiga y la abrazó con toda la fuerza que pudo. María del Mar comenzó a llorar sin consuelo.

-¿Qué he hecho, Beatriz? ¿Cómo puedo decirle esto a mi padre? ¿Cómo he sido tan tonta? Tenemos que irnos ya, debemos irnos de aquí. Mañana mismo.

-Venga, cariño, no llores más- las manos de Beatriz se afanaban por retirar todas las lágrimas que caían apresuradas por las mejillas de su amiga- No vas a huir, ni vas a hacer ninguna tontería. Las cosas no se pueden decidir así. Lo primero que debes hacer es hablar con él.

-Me da mucha vergüenza. ¿Y si se enfada?

-¿Enfadarse? Si se enfada voy yo y lo mato con estas mismas manos con las

que estoy secando tus lágrimas.

-No grites. Se va a enterar sin necesidad de que yo se lo diga.

-Está sentado en el comedor. Escribe una nota donde lo citas en el piso dentro de una hora que yo se la voy a hacer llegar. Y llora ahora conmigo todo lo que tengas que llorar, porque delante de él debes parecer una mujer fuerte, capaz de luchar por ti y por tu hijo.

Beatriz entró en el salón sin ningún pretexto. En una de sus manos portaba la nota que minutos antes había escrito María del Mar y en la otra un cubo con agua y un trapo. Se acercó hasta la mesa en la que estaba Pablo sentado, leyendo un periódico. A su lado, su padre, Don Luis, y detrás de él, de pié, inmóviles como quien espera una orden que cumplir, dos caballeros.

-Perdón- al dirigirse a la escena, sintió el terrible miedo que le hacía mover el corazón con tanta fuerza, que casi podían escucharse sus latidos desde el exterior- me han dicho que venga aquí a limpiar algo que se ha derramado.

Don Luis y su hijo miraron anonadados la escena.

-Pues se ha confundido- Pablo le hablaba a la joven, algo divertido y asombrado- Como puede comprobar todo está impoluto.

-Disculpe entonces mi interrupción, señor- aprovechó la frase para rozar su mano, depositando la nota entre los dedos del joven. Se dio la vuelta lo más rápido que pudo, desapareciendo de la escena. Pablo sintió la presencia del papel en sus manos.

-¿Qué demonios ha sido eso?- Don Luis miraba inquisidor a su hijo.

-¿El qué, padre?

-No me trates como un idiota. He visto que esa limpiadora se ha acercado y te ha tocado la mano.

-Son imaginaciones tuyas. Yo no he notado que nadie me tocara.

-Mira hijo, no seas imbécil, y lo que es peor, no me tomes por imbécil a mí. Pensaba que tenías mejor gusto, pero dile a tu putita que como se le vuelva a ocurrir venir a nuestra zona a molestarte, la echo a la calle. ¿Entendido?-

Pablo se levantó con el objetivo de mirar, cuanto antes, el trozo de papel que escondía entre sus manos.

-Entendido padre. No volverá a ocurrir.

Caminaba feliz hacia el piso. La nota dejaba claro que en una hora, María del Mar estaría esperándolo. No sabía cómo había conseguido zafarse de la tarde de trabajo de un viernes, siendo además Viernes de Dolores, con la de tareas que implicaban ese fin de semana previo a la Semana Santa malagueña. Pero el cómo lo había logrado le parecía algo ínfimo al lado de pasar con ella una nueva tarde de pasión. La esperaba ya impaciente en el interior de su nido de amor. Dos golpes leves sonaron en la puerta y al abrir quedó perplejo. Ante él apareció la joven, con una imagen inusual en ella. Sus ojos enrojecidos dejaban latente el llanto que debía haber sufrido minutos antes, y su tez blanquecina nada bueno presagiaba.

Ella le habló. Él la abrazó. No había lugar a dudas. Su marcha se hacía inminente. Esa misma semana debían poner rumbo a París; sin más dilación.

-Esta es una semana complicada, Mar. Es Semana Santa y, para colmo, el Jueves Santo tenemos la visita en la ciudad de Primo de Rivera. Mi padre está intentando que se hospede en el Hotel. Aguantemos una semana, sólo siete días más, nos espera una dulce vida en París, donde a nadie le interesa tu origen. Nos instalaremos en el piso que habité durante mi estancia allí y te llevaré a conocer cada rincón de la ciudad. Vamos a ser felices y libres.

-No tengo ni idea de hablar francés. No sé cómo voy a ser capaz de entenderme allí; me puedo perder en mitad de la calle y no saber volver a

nuestra casa.- La joven mezclaba la risa y el llanto.

-Tranquila, vida mía. Estás conmigo. Nada malo va a sucederte. Confía en mí. Tengo dinero ahorrado, suficiente para vivir los tres un tiempo. Y sé que mi madre nos apoyará. La conozco bien. Y también sé que soy un gran artista y que, tarde o temprano, mis obras serán reconocidas. Nuestra vida juntos no ha hecho más que empezar. No llores. Sonríe.

María del Mar se esforzaba por creer lo que Pablo le decía. Y sonreía, dejando a la luz el mayor de sus defectos, ese diente partido que había sido el responsable de que, el joven pintor, enloqueciera por una simple limpiadora.

Capítulo 18

Málaga 2017

-Hija, este tema se está complicando tanto que he tenido que hacerme un resumen en un cuaderno para intentar darle forma al puzzle- Alma se encontraba sentada en el taburete de su cocina. Clara acababa de llegar de París cargada de una ilusión casi infantil por el descubrimiento, para ella, impagable que había conseguido con el estudio del libro de pedidos del taller de pintura.- Por aclararnos: mi abuela trabajó en el Hotel Regina. Allí tuvo que conocer a mi abuelo. Poco tiempo después llega a la portería. Mi abuelo muere en Marruecos; ella se queda sola con mi madre. Paga unos recibos mensuales a favor de Antonio García Díaz, cuyo tutor es Antonio Díaz Bermúdez. Ese Antonio Díaz Bermúdez recibe en una calle del barrio de la Trinidad, un cuadro cubista, pintado en París por un tal PPDL. Y mi abuela guardaba con sumo cuidado el número uno de la revista Litoral. En fin, nada tiene sentido.

-Resumido así, poco sentido tiene todo. Pero estoy segura que terminaremos por encajar las piezas. Tenemos dos fuentes a las que acudir. Por una parte, el loco de Jacinto, y por otra, el ginecólogo que ha tenido la consulta en el edificio. ¿Has podido contactar con ellos?

-Con Jacinto hemos quedado mañana mismo. Le conté mi problema y me hizo varias consultas acerca de mi abuela. Le contesté las pocas respuestas que sabía. A las cinco horas me estaba llamando diciendo que tenía algo que podía ayudarme. Ya te dije que era un hombre excepcional.

-¿Y del ginecólogo? ¿Qué sabemos?

-Llamé a la consulta. Después de cinco intentos, en los que la señorita que contestaba al teléfono me colgaba cuando comenzaba a explicarle lo que deseaba, llamé para pedir cita privada con el Doctor López de Muñiz. El actual, obviamente. Supongo que el Doctor López de Muñiz que conoció a mi abuela, ya está disfrutando de la vida eterna. La próxima semana tengo una cita con mi nuevo ginecólogo.

-Y una nueva vía se abre ante nosotras.

-¿Otra? ¿Qué más debemos investigar Clarita *Holmes*?

-La dirección del envío. Ella nos llevará hasta Antonio Díaz.

-Pensar que esa vivienda del año 1925 sigue en pie es tener mucha fe. Y pensar que, si la vivienda sigue en pie, vive en ella algún descendiente de ese tal Antonio Díaz, no es tener fe. Es ser un iluso.

-Bueno mamá. Permite que me haga ilusiones. Mañana iremos hasta allí.

-¿Ir a dónde?- la voz del padre de Clara sonaba con eco desde el salón- ¿Me vais a dejar solo en esta casa, y sin poder moverme?

-Tú te lo has buscado- Alma le contestaba, elevando la voz más de lo necesario para que su marido le escuchara- Comprarse una moto y caerse tiene como resultado quedarse solo mientras tu mujer y tu hija se convierten en investigadoras.

Brillaba el sol en Málaga. El mar reflejaba los rayos invadiendo la ciudad de un color especial. Alma y Clara se encontraban perdidas, siguiendo las indicaciones del navegador de su móvil, que utilizaban para llegar a la dirección señalada. Calle Jara, número 6.

-¡Allí!- Alma no pudo evitar gritar desde el asiento de copiloto, cuando, por fin, vio un azulejo azul, con un gran número 6 en blanco. Al estacionar el vehículo, se dirigieron con prisas hacia el lugar. La pequeña puerta por la que

se entraba a la vivienda se encontraba abierta. Accedieron al interior llegando a un pequeño patio, repleto de gran diversidad de plantas. Alrededor de dicho patio, se distribuían una decena de puertas, repartidas en dos plantas.

-No es una sola vivienda. Es un edificio.-Clara parecía decepcionada.

-Es un antiguo corralón reformado. No sé si esto nos va a ayudar mucho.

Un leve ruido las hizo girarse. Una anciana, provista de tijeras y cubo, cerraba con dificultad una de las puertas del piso inferior. Tras conseguirlo, se dirigió lentamente hacia el grupo de macetas que se encontraban en el centro del patio sin percatarse, tan siquiera, de la presencia de las dos mujeres que la observaban.

-Disculpe- Clara se acercó a la anciana con decisión- Disculpe que la moleste, señora.

-No es molestia, niña- el abundante pelo cano y dos enormes ojos azules adivinaban una juventud llena de belleza. Casi sin mirar hacia Clara, comenzó la tarea de eliminar las malas hierbas de las plantas- ¿Qué quieres?

-Bueno, veré, no sé si podrá ayudarme. Es algo que ocurrió en este mismo lugar hace mucho tiempo.

-¿Hace mucho? ¿Crees que tengo edad suficiente como para saber algo de hace mucho?

-Disculpe usted a mi hija- Alma decidió intervenir- ¿Lleva usted mucho tiempo viviendo aquí?

-Pues desde hace exactamente 88 años. Nací aquí mismo, en este patio, justo donde pisan ustedes. Mi madre se puso de parto la noche del 15 de agosto, y decidió que, dentro de la casa, hacía demasiado calor. Así que me trajo al mundo a la luz de las estrellas. Sería bonito si no fuese porque la pobre lo hizo con la ayuda de los vecinos que aquí se encontraban, que eran como su familia, ya que a ninguna matrona le dio tiempo a llegar. Ellas nunca llegaban tarde a las viviendas del centro de la ciudad, las que estaban habitadas por los

señoritos; hasta en ocasiones, iban acompañadas por algún médico. Pero, claro, nosotros ocupábamos un corralón del barrio de la Trinidad. Fíjese usted lo que eso era en 1929.

-Vaya- Clara volvió a decepcionarse- nosotras necesitamos información de años anteriores a su nacimiento. Quizás no nos pueda ayudar.

-Niña, dime ya lo que quieres, o te pongo a ayudarme a limpiar plantas, porque aquí todos los vecinos quieren tener el patio bonito, pero yo soy la única que hace algo para que esté así. Cómo se notan los años; antes todo era diferente; éramos una familia, y las mujeres ayudábamos a que nuestro corralón estuviese precioso. Pero ahora, fíjate, la mitad de las viviendas vacías, y la otra mitad ocupada por gente extranjera, que no digo yo que no tengan derecho a vivir aquí, pero que no saben ellos lo que es cuidar el patio de vecinos, porque digo yo que en su país no se estilará eso. No saben ni lo que es un corralón, ni la tradición que esto tiene en nuestra tierra.

-Claro, menos mal que está usted aquí- Alma decidió cortar el relato de la anciana e intentar dirigir la conversación hacia lo que le interesaba- Pues verá, señora, quizás le suene el nombre de un señor que vivió aquí en 1925, Antonio Díaz Bermúdez. Ese señor debía ser artista, o amante del arte, porque en esa fecha recibió un cuadro desde París.

-Mira, yo no estaba en 1925, pero te aseguro que entre estas paredes jamás ha vivido un artista de esos que dices. Como mucho, cantantes de flamenco, de esos sí que hubo varios. Pero artistas de cuadros... de ese tipo no. Y, ¿cómo dices que se llamaba el hombre que buscas?

-Antonio Díaz Bermúdez. O Antonio García Díaz. ¿Le suenan alguno de esos dos nombres?

-Antonio... Díaz... o García...- la anciana dejó el cubo en el suelo y se incorporó, mirando cada una de las puertas que la rodeaban- Antonio, antes de nacer yo... ¡Antoñito! ¡Ese debe ser Antoñito! No recuerdo bien sus

apellidos, pero si están preguntando de nuevo por él, ese debe ser Antoñito.

-¿De nuevo? Es la primera vez que venimos aquí.

-Sí, pero durante varios años después de aquello, muchos vinieron preguntando por ellos. A veces eran policías, pero otras veces eran unos señores muy bien vestidos que se acercaban hasta aquí para hablar con Antonio y con Antoñito. También venía una mujer que siempre quería ver al niño, pero que no la dejaban. Todavía me parece verla llorando, en la puerta de la casa, dejando el sobre que traía todos los meses. No me puedo creer que aún estén con ese tema. Con la de años que han pasado...

-¿Una mujer que traía sobres a ese Antonio?- Clara recordó los recibos que guardaba su bisabuela, donde reflejaba el dinero entregado a Antonio Díaz Bermúdez como tutor de Antonio García Díaz.

-Sí, pobrecita. Yo era muy chica, pero qué tragedia tan grande la de esa familia. Como si no tuvieran suficiente con lo que le había mandado Dios, encima lo de la madre. Qué desgracia.

-Si nos puede resumir la historia desde el principio, se lo agradeceríamos.

-Poco os puedo resumir. Cuando ocurrió aquello, yo ni siquiera había nacido. Pero mi madre me lo explicó y yo fui testigo de las visitas policiales, y de las de aquella mujer. Os cuento lo que sé. En una de estas casas vivía Antonio, con su hermana y el hijo de ésta, Antoñito. Por lo visto, Antonio no se casó nunca porque, según dicen, no le gustaba demasiado el amor de la mujer, ya me entendéis, que él iba más por la otra acera. La hermana, al quedar viuda, se trasladó a vivir con él. Ella pasaba mucho tiempo fuera de la casa, porque había conseguido un buen trabajo en el centro de la ciudad. Pero no podía cuidar al pequeño Antoñito, que necesitaba, además, de un cuidado especial. El niño estaba malo. Hoy se sabría lo que tenía, pero, por aquél entonces, nadie sabía lo que le pasaba. El niño no caminaba ni hablaba, era como un bebé con un cuerpo de niño mayor. Estaban desesperados con la situación

porque ningún médico les ayudaba. Eso que os cuento es ya de por sí una tragedia. Pues imaginaros que, poco antes de nacer yo, ¡encontraron el cuerpo de la madre de Antoñito flotando en el mar! Qué horror, dejó a ese niño solo, con la compañía de su tío, y sin nada más que este techo que los cobijaba y la ayuda de todos los vecinos. Teniendo yo cuatro o cinco años, recuerdo a mi madre llevando dos platos de comida todos los medios días, hasta la casa de Antonio, para que comieran caliente, los pobrecitos.

-Y, ¿dice usted que la hermana de Antonio se suicidó?

-No, yo no he dicho eso. Porque no lo sé. Durante mucho tiempo las habladurías del corralón decían que sí, que no había podido aguantar la pena de ver a su hijo así y que se había quitado la vida, arrojándose al mar desde el puerto; pero mi madre siempre decía que eso no podía ser verdad. Y así se lo hacía saber a quien le preguntaba; porque, según ella, esa mujer nunca hubiese abandonado a su hijo, a quien quería con toda su alma, y por quien trabajaba día y noche para conseguir dinero suficiente con el que llevarlo a más médicos.

-¿Recuerda el nombre de esa mujer?

-¿De la madre de Antoñito? No, lo siento. Ya le digo que cuando yo nací, ella ya estaba muerta. Y, aunque durante unos años, el tema de su extraña muerte hizo que por esta casa pasaran policías, poco a poco dejó de tener importancia, y ella solo terminó viviendo en el recuerdo de su hijo y de su hermano.

-Y ¿qué hay de aquella mujer que lloraba en la puerta? ¿Recuerda algo de ella?

-Pues yo era muy pequeña. Y cuando Antoñito murió, con casi veinte años, dejó de venir por aquí.

-¿Algún familiar de Antonio vive aún en este edificio?

-No chiquilla. Antoñito murió, como te digo. Su tío se quedó solo, y aquí

murió también. Sin descendencia, ni visitas, más que la de algunos muchachos que, tan sigilosos como entraban, se marchaban sin volver.

Clara y Alma caminaron en silencio hasta el coche. Estaban abrumadas por la historia que acababan de escuchar. Ambas sabían que aquella mujer que llevaba sobres a casa de Antonio era su abuela, pero ¿por qué? Y ¿qué tenía que ver ella con esa familia?

-Si esa mujer murió en extrañas circunstancias, y la policía investigó el caso durante algún tiempo, quizás haya noticias en los diarios de la época.-Clara, conduciendo el vehículo de regreso a casa, comenzaba a poner sus pensamientos en orden, buscando un nuevo camino que recorrer para resolver el misterio que, a cada paso, se volvía más complicado.

-Llevas razón. Deberíamos buscar en los diarios de aquellos años. La señora dice que nació en 1929, y que eso ocurrió años antes. El cuadro se pintó y envió en 1925. Va a ser un trabajo laborioso buscar en todos esos años, pero lo empezaremos mañana, cariño. Ahora volvamos a casa, que tu padre no puede estar demasiado tiempo solo. Acudamos a nuestro presente, que también nos necesita.

Capítulo 19

Málaga 1925

El Hotel Regina rozaba el aforo completo. La Semana Santa garantizaba ingresos a todos los comercios de la ciudad. Además, justo ese año, la llegada el Jueves Santo de Primo de Rivera, mantenía alterados a los grandes empresarios malagueños. Todos deseaban sacar partido de tal insigne visita. Pretendían ser los elegidos para darle de comer, ofrecerle hospedaje o, simplemente, poder llegar a estrecharle la mano, poniéndose a su disposición, para lo que pudiera llegar a desear durante las horas que iba a pasar en la capital.

Don Luis sabía la relevancia que ganaría el Hotel si lograba que el Jefe del Gobierno lo visitara. Pero, veía cómo se acercaba el día y no conseguía, ni tan siquiera, contactar con el gabinete encargado del viaje del militar. Tan sólo había podido descubrir que Primo de Rivera iba a realizar una visita a una de las cofradías que procesionaban el Jueves Santo, la del Cristo de la Buena Muerte. Pero a Don Luis nunca le interesó demasiado el mundo cofrade malagueño, y pocos contactos tenía entre los dirigentes de las hermandades de la ciudad.

El malestar por no conseguir su objetivo acrecentaba su habitual estado de crispación ante los que le rodeaban.

-Padre, necesitaría hablar con usted.- Pablo se acercó con temor, y, aunque sabía que no podía haber escogido peor momento para hacerlo, su marcha a París apremiaba y debía informar al progenitor.

-Muy importante debe ser si pretendes que tal día como hoy me entretenga en tus temas. Mañana visita la ciudad el Jefe de Gobierno. No sé si tus pintorreos te dejan lugar para preocuparte por los temas relevantes de esta ciudad y, por ende, de este Hotel.

-Lo sé, padre. Pero necesito darle una noticia.- Durante horas había estado ensayando en su habitación. Ninguna de las fórmulas le había parecido la correcta para decirle que se marchaba de nuevo a París junto a una limpiadora a la que había dejado embarazada.

-¿Sabes hijo? Eres inoportuno desde el mismo día que naciste. Justo ese día, yo tenía entre manos un negocio importantísimo; había citado en casa a un arquitecto, amigo del mismo Rey Alfonso XIII, que iba a cederme un Hotel situado en el centro de Barcelona. Nos encontrábamos tu madre y yo en la puerta, en plena recepción, cuando decidiste, por sorpresa, llegar a este mundo. No podías esperar tres horas, tres ínfimas horas, en las que yo hubiese hecho el negocio de mi vida; pero decidiste aparecer, y aquel caballero, tuvo a bien marcharse de la vivienda, al escuchar los gritos que daba tu madre. Pues eso hijo, que eres inoportuno desde tu nacimiento.

-Lo sé, padre- Pablo intentaba respirar, concentrándose en no dar un fuerte golpe en la mesa y huir de aquel hotel y aquella vida para siempre.- Me lo ha contado en varias ocasiones, y en todas ellas me he sentido muy culpable. Me encantaría poder resarcirme de tal error.

-Hijo, no se me ocurre cómo. Pero dime, qué te pasa ahora.

-Voy a marcharme.

-Vale, vete. Déjame trabajar. Alguien debe dirigir este Hotel.

-Quiero decir que voy a marcharme para siempre. Vuelvo a París.- Don Luis levantó la mirada por encima de sus lentes. Sus ojos, enrojecidos, no hacían presagiar nada bueno.

-Tú eres imbécil. ¿Otra vez a París? ¿Y piensas que voy a costear tu estancia

allí toda tu vida?

-Solo le pido que me ayude económicamente para llegar allí. Del resto ya me encargo yo.

-¿Crees que vas a poder vivir de tu pintura? Estás loco. A mí me da igual, hijo, por mí te compraba el billete de tren, solo ida, y me quitaría así un gran peso de encima. Pero, el que te vayas, significa que he de aguantar a tu madre, preocupada por ti cada día de nuestra puñetera vida. Y no estoy dispuesto a tolerarlo.

-Padre, por favor, hágame caso. Deje que yo me encargue de madre. Cuando se lo explique, ella me va a entender. Y, esta vez, va a ser diferente. Se lo aseguro. Usted tan solo debe preocuparse por conseguirme dos billetes a París, si es posible mañana mismo. Es lo único que le quiero pedir.

-¿Dos billetes? ¿Por qué dos billetes? ¿Es que piensas ir acompañado? Y ¿de quién, si se puede saber?

-Eso es mejor que no lo sepa. No le gustaría.

-No puedo llegar a creerlo. ¿Cómo nos hemos equivocado tanto contigo? Si no fueses clavado a tu hermano, pensaría que no eres hijo nuestro. ¿Piensas irte a París con la puta limpiadora? ¿Es eso?

-Padre, por favor, no hable así. Tan sólo consígame los billetes y, de verdad, le doy mi palabra de que nunca más volverá a tener que preocuparse por mí. Renunciaré a toda la herencia si es lo que desea. Déjele todo a mi hermano. Yo no quiero nada. Tan sólo que me ayude a llegar a París mañana.

-Eres idiota. Dejar todo por una limpiadora. Y ¿esas prisas? ¿Qué pasa? ¿Por qué mañana mismo? ¿Por qué no esperas a hartarte de ella? Te aseguro que te vas a cansar muy rápido. ¿A qué vienen las prisas por huir ya de aquí junto a ella? ¿Qué ocurre que hace necesaria la marcha precipitada?- el silencio de Pablo ante las preguntas evidenció el problema- Dime que no es verdad. Que mi sangre no va a nacer de una puta. Porque como me digas eso, te aseguro

que te mato con mis propias manos.

-Padre, no tiene de qué preocuparse. Usted mismo quiere evitar este problema. No admite que su nieto nazca del vientre de una limpiadora. Y así va a ser. Ayúdenos a marcharnos y no tendrá que preocuparse por este tema jamás. Se lo aseguro. - Don Luis lo miró. Durante unos segundos se mantuvo en absoluto silencio. Parecía que pensaba. Pablo sabía que estaba valorando los pros y los contras de la situación; y estaba convencido de que su padre iba a saber apreciar que, la solución que le planteaba, era la mejor de todas las alternativas posibles. Nunca querría mantener cerca a la familia que su hijo iba a formar.

-De acuerdo. Lo dispondré todo. Mañana vas a marcharte de aquí. Y espero que esta sea la última vez que nos dirijamos la palabra. A partir de hoy, tú ya no existes para mí.

Pablo no creía lo que acababa de pasar. Lo había convencido. Por fin se iba a alejar de una vida que no le correspondía. Solo había algo que empañaba la felicidad. Algo que sabía que nunca iba a permitirle ser del todo feliz. Alguien a quien, muy a su pesar, necesitaba cada vez que se alejaba; y decidió despedirse de ella, aun sabiendo el dolor que le iba a causar.

-Madre, no quiero interrumpir su descanso- Pablo accedió a la suite de sus padres, con el fin de ser él mismo quien informase a Soledad.

-Pasa hijo. Me alegra que vengas a verme.

-Tengo que darle una noticia.- Doña Soledad se incorporó de la cama, abandonando su descanso, algo preocupada por el tono usado por su hijo.- Mañana me vuelvo a París.

-¿Qué dices? ¿Por qué? Cariño, tu padre jamás lo va a permitir. Dejó muy claro a tu vuelta que nunca más iba a costear tu estancia en el extranjero.

-Ya he hablado con él. Está conforme con mi marcha.

-Eso no es posible. - Soledad comenzó a derramar unas lágrimas que enternecieron a Pablo.

-Madre, no llore. Estaremos bien. No se preocupe.

-¿Estaremos? ¿De quién hablas? Hijo, te lo ruego. Explícame esta situación.

Pablo se hundió ante la mirada de su madre. Decidió hacerla partícipe de la historia. Contarle todo lo que había sucedido desde aquél primer día en el que una joven con diente partido había aparecido en su habitación. Cómo se había enamorado de ella viéndola limpiar su piso con esmero; cómo iluminaba su mirada cada vez que le contaba los proyectos de la revista; cómo crecía en su vientre el resultado de su amor.

-Padre ha decidido ayudarnos a conseguir billetes para París mañana mismo. Sé que es un día complicado, con la visita de Primo de Rivera a la ciudad, y siendo Jueves Santo, pero creo que lo he convencido de que, lo mejor, es que nos haga desaparecer.

-Que os haga desaparecer...-Soledad conocía a su marido. No necesitaba hablar con él para saber lo que había pensado. Su hijo estaba muy equivocado, y esa pobre chiquilla, que llevaba a su nieto dentro de ella, era una niña incrédula. Ninguno de los dos conocían al hombre con el que ella llevaba compartiendo cama media vida. Ninguno de ellos podían llegar a, ni tan siquiera, intuir de lo que Luis Pérez de Lion era capaz de hacer por conseguir sus objetivos.

-No esté triste, madre. Cambie esa mirada. Nunca he sido tan feliz. Ella es todo lo que necesito en mi vida.

-Cielo, todo lo que necesitas es tu vida. Sin más.

-No lo entiende. Estoy enamorado de ella.

-Te entiendo. Pero tú no entiendes que la vida no es tan fácil.

-Lo sé. Padre nos va a ayudar con los billetes. Yo tengo algo de dinero ahorrado. Y pensaba que usted, quizás, podría ayudarnos.

-Deja de pensar en el dinero- Soledad abrazó con fuerza a su hijo- Tranquilo que todo va a salir bien. Yo te voy a ayudar más de lo que puedas llegar a creer. Quizás no ahora, pero en un futuro lo vas a entender. Vete a París y sé feliz. O al menos, intenta serlo.

-Gracias, madre.

Dos horas después de la conversación, Doña Soledad apareció en la zona de servicio, decidida a hacerlo. Sabía que era lo mejor. No podía permitir que ocurriese una desgracia. Su hijo sufriría los primeros días, pero después aprendería a vivir sin ella. Probablemente fuera un capricho que olvidaría pasados unos meses o quizás, años; pero acabaría olvidándola. Y ella, acabaría por agradecerse, porque conservaría la vida y la de su futuro bebé.

-Quiero hablar con la chica que limpia el piso de Don Pablo- Doña Soledad se dirigió a Doña Rogelia, la gobernanta, con toda la calma y seriedad que fue capaz de reunir en ese delicado momento.

-Aquí estoy, señora- María del Mar surgió de la oscuridad, sin permitir a la gobernanta indicar cuál era su ubicación. Doña Soledad descubrió que los ojos le brillaban e irradiaba alegría. Era tan solo una niña.

-Acompáñeme. Necesito darle unas directrices acerca de su trabajo.- Al ver a Doña Soledad envolviéndose en su abrigo, y colocándose los guantes, la joven decidió acudir por una prenda que la protegiera del frío, ya que intuyó que iban a salir a la calle. Nerviosa, sabía que aquel paseo debía tener relación con su huída a París. Pablo debía haber hablado con su madre y la vergüenza recorría sus mejillas, enrojeciéndolas.

-Perdóneme, señora- una vez en la calle, viéndose ridícula mientras

acompañaba a la abuela de su bebé, María del Mar comenzó a llorar- nunca fue mi intención. Sé lo que debe pensar de mí, pero yo no soy así. Debe creerme.

-Cállate, para de llorar y sigue andando.- Doña Soledad miraba al frente. Caminaba tan deprisa que, a la joven limpiadora, le resultaba complicado mantenerse a su lado.- Nos dirigimos a un edificio en Calle Carreterías. A partir de mañana, ese será tu nuevo trabajo. Eres la portera. Una portera embarazada de un marido militar que pronto va a fallecer. En ese edificio tiene la consulta un buen ginecólogo, amigo personal de mi familia; va a hacerme el enorme favor de verte y ayudarte con el embarazo. Por supuesto, accederás a la consulta cuando se haya marchado la última paciente y ataviada con la ropa de limpiadora, como si el fin de dicha visita fuera limpiar el piso. ¿Me estás entendiendo?- María del Mar no conseguía comprender ni una palabra de las que escuchaba. Ella mañana se iba a París, junto a Pablo.- Seguro que me estás entendiendo, porque eres una niña lista y espabilada y sabes perfectamente que tienes que pensar en ti y en tu hijo. Yo, que también soy madre, pienso en el mío, y por eso estoy haciendo esto. Te he buscado un futuro, lejos del hotel y, por supuesto, lejos de él. Quiero que lo dejes. ¿Lo entiendes? Seguro que sabes hacerlo. Déjale claro que no puedes huir con él. Invéntate lo que prefieras, que no quieres abandonar a tu familia, que te da miedo vivir lejos de tu ciudad, que quieres a otro hombre, cualquier cosa, pero déjalo. ¿Me has entendido, niña?- Doña Soledad la miraba inquisidora. María del Mar empezaba a comprender que lo que le planteaba no era una posibilidad, sino una obligación. Nunca le iban a permitir a ella, una simple limpiadora, huir con el hijo de una de las familias más ricas de la ciudad. ¿Cómo había sido tan ingenua? Sin poder decir una sola palabra, llegaron a la calle Carreterías. Doña Soledad frenó sus pasos frente a un edificio de tres plantas. La puerta estaba abierta y accedieron a su

interior. Estaba oscuro. Una señora, con pelo canoso y gordura latente, las esperaba.

-¿Es esta la niña?- preguntó sin más, con voz grave y sin asomar ningún rastro de simpatía. Doña Soledad asintió.- Muy bien, acompáñame. Esta es la portería. Aquí vas a vivir. Durante la mañana y la tarde debes estar sentada aquí fuera, ayudando a mantener limpia la entrada del edificio, siendo servicial con los inquilinos de las viviendas, y prestando ayuda a aquellas personas que lo necesiten. ¿Te queda claro?- María del Mar continuaba sin poder emitir sonido alguno- Bueno, tomaré el silencio como un sí. Acompáñame y podrás ver que detrás de esta puerta está tu vivienda- la luz de una bombilla que colgaba del techo, iluminó la pequeña estancia.- Mira, una pequeña sala de estar y allí al fondo un dormitorio y una cocina. El baño se encuentra en el patio central del edificio. Muy cerca de aquí. Pronto te acostumbrarás.

La joven limpiadora observó cómo Doña Soledad le entregaba un sobre a la anciana.

-Bueno, ya está todo claro. Tú puedes ir al hotel para recoger las pertenencias que tengas allí. No hables de esto con nadie. Yo aún tengo que quedarme para visitar la consulta del Doctor López de Muñiz.

María del Mar caminaba mareada por las calles de la ciudad. Un grupo de policías se amontonaban en una esquina, escuchando indicaciones de un superior. Ella intentaba atravesarlos sin demasiado éxito. Necesitaba palpar la realidad. Estaba viviendo una pesadilla y sólo podía recobrar la consciencia encontrándolo; sabía dónde estaba, y dirigió sus pasos hacia la cafetería. Comprendía perfectamente lo que acababa de escuchar pero, ni por un solo segundo, pensaba volver a aquella oscura portería donde esconder su existencia. Su vida era real, su amor era real, su hijo era real. La dificultad

para avanzar por la calle, alargaba la indecisión del encuentro. Las dudas aparecieron en su mente. ¿Es lo correcto? ¿Ir a París? ¿Lejos de mis padres? ¿Y si deja de quererme? ¿Y si me abandona en una ciudad que no conozco? ¿Me quedará sola?

Con los interrogantes invadiendo su mente llegó a la puerta de la cafetería. Acercó su cara a la enorme cristalera y con las manos tapó los laterales de los ojos para evitar el reflejo del sol. Allí estaba. Guapo, radiante, riendo. Feliz. Brindaba con sus amigos. Quizás por ella, quizás por su futuro hijo, quizás por la cercanía de su huída. O quizás por nada que tuviera que ver con ella. De nuevo las dudas hacían aparición. De repente, Pablo giró sus ojos y la vio. Sin saber por qué, despegó la cara de la cristalera y comenzó a correr. Lejos de allí, lejos de él. Era mejor dejarlo. Doña Soledad tenía razón. Le daba una oportunidad de vivir en su ciudad, en un entorno nuevo, donde nadie debía conocer su pasado. Seguía corriendo, evitando los viandantes, las aglomeraciones, los gritos y vítores a un grupo de señores que paseaban por la calle rodeados de militares. Y su cuerpo se frenó en seco. Alguien agarraba su brazo con fuerza. Quería seguir huyendo, pero no podía. La mantenían retenida desde atrás. No pretendía girarse, sólo quería huir. Al intentar zafarse de su captor, vio la mano que la retenía. Le era tremendamente familiar. Unos dedos suaves. Una mano fuerte. Volvió su mirada. Pablo estaba agarrándola con fuerza, asfixiado por el esfuerzo de la carrera. Contrariado por la rareza de la escena.

-Amor mío, ¿qué te ocurre? ¿Qué haces aquí?

-Déjame Pablo. Tengo que irme- María del Mar comenzó a llorar.

-¿Qué te pasa? Ya te dije ayer que lo iba a conseguir. Mañana nos marchamos. ¿Qué te ocurre?

-Esto es imposible. Nunca nos van a dejar.

-¿Quién no nos va a dejar? Ya está todo solucionado.- La joven escapó de las manos del pintor y comenzó a correr de nuevo. Pero pronto se vio de nuevo apresada.- ¡Mar, deja de correr! Por favor, dime qué te pasa.

-Tu madre...

-¿Mi madre? Se lo he contado, y nos entiende. No debes preocuparte por eso ahora.

Como pudo la joven le contó lo que había ocurrido. La visita a la portería, la orden de no aparecer nunca más por el hotel, el fingido matrimonio con el militar padre de su bebé. Pablo no podía contener la ira. Miró alrededor como si necesitara encontrar el objetivo que iba a ser receptor de su tremenda rabia. Frenó sus pasos en seco y cambió progresivamente su mirada, hasta encontrarse en los ojos de la limpiadora.

-Vete directamente a mi taller. Quédate esta noche allí y no salgas para nada. Mañana iré a buscarte y nos iremos juntos rumbo a París. - María del Mar se agarraba de su mano tan fuerte que dejaba clara la necesidad de sentirle junto a ella. Lo necesitaba- Tranquila cariño. No va a pasar nada. Mañana nuestro mundo cambiará para siempre. Ya lo verás. Todo va a ser diferente.

Capítulo 20

Málaga 2017

Clara llevaba horas ante el ordenador. La archivera la observaba de vez en cuando. Tan solo dos personas se encontraban en aquella sala oscura, invadida de olor a humedad. Tras ella, miles de tomos numerados.

-Voy a tomar un poco el aire- Clara abandonaba su silla durante unos minutos, avisando a la encargada- agradecería que nadie se sentara en mi lugar ni tocara el ordenador. He conseguido visualizar los contenidos del periódico local de tres años consecutivos, 1928, 1927 y 1926. Voy a comenzar con 1925 si antes no pierdo la vista- Clara señaló sus ojos con desesperación.

-Eso no es nada. Imagínese cuando eso mismo se hacía mirando ejemplar por ejemplar en papel. Eso sí eran estudios laboriosos y no los que se hacen ahora. Mirar en una pantalla, con un buscador de palabras... eso era impensable hace unos pocos años- la archivera parecía querer entablar conversación, pero Clara tenía prisa por continuar. Su madre le había mandado un mensaje al móvil, donde le indicaba que su reunión con Jacinto había sido fructífera y que, en cuanto terminara su búsqueda en la hemeroteca, se dirigiera inmediatamente hacia la casa.

Tras un breve descanso, Clara se situó delante de la pantalla. Abrió, con algo de desesperación, la carpeta perteneciente al año 1925 del periódico *La Unión Mercantil*. Por suerte, los ejemplares diarios contaban con una extensión de

dieciséis páginas y podía ir avanzando, día tras día, sin detenerse demasiado, leyendo los titulares. A veces, perdía su concentración en el objeto de la búsqueda, y dedicaba unos minutos a leer con detenimiento los anuncios de la época. Había llegado a un ejemplar del mes de abril de 1925. Debía ser Semana Santa, porque la marca *Kodak* usaba toda una página del diario, en la que, bajo unos dibujos de nazarenos y mantillas, recordaba a los lectores que esa semana brindaba bellas ocasiones para realizar un álbum *Kodak* con el que conservar siempre vivos sus recuerdos. Además, insistía en que unos minutos eran suficientes para aprender su manejo. Clara no podía evitar sonreír mientras miraba su móvil encima de la mesa, con el que hacía fotografías con todos los efectos imaginables, grababa vídeos, y los podía compartir con quien quisiera, tan solo unos segundos después. Curiosa la evolución en menos de un siglo, pensó.

De repente, sus ojos se centraron en un breve. No era ni tan siquiera una noticia. Pero tres líneas fueron suficientes para encontrar lo que llevaba horas buscando. Arrastró, sin pretenderlo, la silla hacia atrás, llamando la atención de la archivera. Su espalda se alejó del respaldo, y casi podía tocar con su nariz la pantalla del ordenador. Lo había encontrado.

Viernes 10 de abril. Málaga. Una mujer muerta en el puerto de Málaga. La policía se personó en el lugar de los hechos. Por noticias de origen particular, se conoce que dicha mujer contaba con problemas personales.

Clara arrastró el ratón con rapidez, buscando, con absoluta concentración, los números de días posteriores. Tres días después, de nuevo, un breve.

Lunes 13 de abril. La policía indica que la joven hallada muerta en la madrugada del Viernes Santo en el puerto malagueño, era una trabajadora del Hotel Regina, llamada Beatriz Díaz Bermúdez. Aunque no abandonan la investigación, los indicios hacen pensar que se trata de una muerte accidental. Clara seleccionó ambas páginas para poder imprimirlas. Buscó en días

posteriores, poniendo especial atención en cada una de las noticias que recorría. Ni rastro de novedades acerca del fallecimiento. Inspeccionó los ejemplares de la semana posterior al suceso, sin éxito.

-Disculpa- la voz de la archivera sonó tras ella- en diez minutos cerramos. Debes ir apagando ya.

-¡No puede ser!- la archivera miró a Clara desconcertada, probablemente poco acostumbrada a la pasión incontrolada que se mostraba ante sí.

-Es la hora de cierre. Perdóname, no puedo dejarte aquí.

-Discúlpame tú. Es que justo ahora que había encontrado lo que buscaba...

-Te facilitaré un enlace donde poder ver la hemeroteca desde casa. Simplemente tienes que darte de alta y, los ejemplares que buscas, los tienes digitalizados.

Clara corrió hasta la casa de su madre con los dos breves impresos en las manos. Mientras caminaba, apresurada, pasó junto a la valla del puerto. Miró hacia el mar. No pudo evitar pensar en aquella mujer. ¿Qué había pasado? ¿Estaba todo aquello relacionado con el cuadro? Quizás se estaba desviando del objeto de su investigación. Su abuela y aquella *Mujer sentada riendo* cubista eran lo único que debía y tenía que conocer. Nada más.

-No te vas a creer lo que ha encontrado Jacinto- Alma la estaba esperando en la puerta, con un libro entre sus manos.

-Mamá, esto se está complicando y creo que me he desviado un poco. Vamos a ver primero ese hallazgo de nuestro vecino loco.

Ambas se sentaron en el salón. Con movimientos ceremoniosos, Alma puso encima de la mesa un libro. La portada reflejaba una fotografía en blanco y negro de un edificio fácilmente reconocible para ella. El título dejaba claro lo

que iban a encontrar en su interior. *Historia de los hoteles malagueños: 1885-1940.*

Se miraron con ilusión infantil. Clara tomó el ejemplar entre sus manos. Se dirigió al índice. *Capítulo 4. Hotel Regina.* Corrió entre sus páginas hasta llegar a encontrarlo.

-Mira Clara. Aquí tenemos la historia de la familia que era dueña del hotel. Relata cómo llegaron a Málaga, provenientes de Barcelona, consiguiendo hacer de este hotel uno de los más relevantes de España. Pero, lo más importante, lo que realmente nos interesa a nosotras, es esto- Alma dirigió su mirada hacia una fotografía- Aparecen unas imágenes del libro de empleados de 1923, con nombres y cargos de cada uno de ellos. Míralo bien. Tus bisabuelos están entre ellos.

Clara observó con calma las tres páginas de la jerarquía de cargos, desde el Director hasta el mozo de mantenimiento. Su madre llevó el dedo hasta una de las líneas.

-Aquí- le indicó- *Sirvienta 4: María del Mar Rodríguez Ruiz.* Y este otro, *Camarero 2: Francisco García Sánchez.* Ellos son tus bisabuelos. Pero eso no es todo. Hay una imagen de ellos.

Alma avanzó cuatro páginas hasta llegar a una colección de fotografías pequeñas, donde aparecía la fachada del hotel, la recepción, una de las habitaciones y, entre ellas, una imagen del personal.

-Si miras con atención, justo detrás de estos señores tan elegantes, que son los dueños, verás la cara de mis abuelos. Aquí está mi abuela y, junto a ella, mi abuelo. Míralo, es igual que la fotografía que ella conservaba. Es él. Esto es muy emocionante.

Alma comenzó a llorar. Sin saber cómo había ocurrido, estaba conociendo la

vida de su abuela diez años después de su muerte. Clara cogió el libro entre sus manos. Sus dedos recorrían las páginas una a una, leyendo, observando, estudiando, buscando. Las imágenes se cruzaban en su mente. Y los nombres comenzaban a sonarle muy familiares.

Sirvienta 4: María del Mar Rodríguez Ruiz. Sirvienta 1: Beatriz Díaz Bermúdez. Camarero 2: Francisco García Sánchez. El dueño del Hotel, Don Luis Pérez de Lion, junto a su mujer, Doña Soledad y sus hijos, Don Luis y Don Pablo.

Pablo. Pablo. Pablo Pérez de Lion. Pablo Pérez de Lion. Ese nombre...

Sin poder decir nada, soltó el libro en la mesa. Corrió hasta el mueble de su habitación donde se custodiaba, cual tesoro, lo recogido en la portería. Allí se encontraba el primer número de la revista Litoral. ¿Cómo no había sido capaz de relacionarlos antes? Lo tenía delante de sus ojos, pero no pudo unir ambos datos hasta ese preciso momento. En la página cinco de la revista Litoral figuraba una imagen de lo que parecía ser un pez, nadando en un mar convulso, rodeado de figuras extrañas. El autor de tan tenebrosa imagen no era otro que Pablo Pérez de Lion.

Clara acercó a su madre el ejemplar. Le enseñó la firma del autor. Después le indicó que mirase la fotografía que poseía del libro del taller. Las iniciales de aquél mediocre pintor que había decidido enviar un cuadro cubista a un corralón trinitario y, sin saber cómo, había acabado en la portería de su bisabuela. Aquél PPD.L. Pablo Pérez de Lion.

Y, sin mediar palabra, ambas se dirigieron al cuadro. Desde que llegó lo mantenían expuesto en la mesa del salón principal, mirándolo una y otra vez, como si el simple hecho de observarlo les fuese a dar las respuestas que buscaban todas sus preguntas. Se quedaron frente a él. Cogieron sus manos porque sabían que, la calidad artística del mismo, quedaba en un ignorado segundo plano, al estar muy cerca de descubrir la historia oculta tras esa

mujer que reía sentada.

Capítulo 21

Málaga 9 de abril de 1925

Era Jueves Santo y el sol comenzaba a aparecer tras las montañas. Beatriz dio un dulce beso en la frente de su hijo. Dormía profundamente tras una larga noche en la que, por temor a la oscuridad, y al ruido provocado por el viento, el pequeño no había conseguido conciliar el sueño. No sabía cómo, pero ella iba a lograr recuperarlo de aquélla enfermedad que atrapaba su mente y que no le permitía ser como el resto de los niños.

Muy despacio, por miedo a romperlas, se colocó las medias. Bien estiradas. Era un día importante. Tras ellas, vistió su uniforme que, como cada mañana, le esperaba en la silla de la cocina, después de haberlo planchado la noche anterior. Caminó hacia el Hotel aspirando cada rayo de luz y brisa matinal que le iban a dar fuerzas para llegar a terminar el largo día que le esperaba. A pesar de ello, a pesar de su hijo, a pesar de su viudedad, a pesar de vivir con su hermano desviado, a pesar de las dificultades que se encontraba en el camino, ella era feliz.

Doña Rogelia la esperaba en la puerta del servicio.

-Beatriz, por favor, comenzamos hoy con la zona del restaurante y recepción. Cuando llegue María del Mar, la mandaré directamente a las habitaciones del primer piso. Hoy no voy a permitir fallo alguno ni descansos innecesarios. ¿Está todo entendido?

-Sí, Doña Rogelia. Todo lo he comprendido.

-Madre mía, cómo está hoy la sargento- la voz de Curro sonó como un

susurro en su oído. El camarero acababa de llegar y, junto a Beatriz, se dirigieron a comenzar su jornada.

-Ya sabes cómo es de exigente normalmente, pues imagínate hoy, que todo está un poco revolucionado.

-Hoy va a ser un día muy largo. Y el jefe estará de los nervios. Yo, sinceramente, espero que Primo de Rivera no aparezca por aquí. ¿Cómo se le sirve al que manda en un país?

-Curro, se le sirve igual que a otra persona, no seas tonto- mientras dejaban sus abrigos en la habitación destinada para ellos, Beatriz se colocaba la cofia y alisaba con las manos su delantal.

-Por suerte para mí, no voy a tener que servir a muchos más.

-¿Qué dices? ¿Te vas?

-Sí, Beatriz. Mi primo se va a Marruecos y voy con él. Partiremos la próxima semana.

-¿A Marruecos? ¿Qué se te ha perdido allí?

-Voy a luchar por los intereses de nuestro país.

-Vas a morir allí. Es muy peligroso.

-No tengo nada que perder, Beatriz. Aquí no me ata nada.

-¿Y la niña? ¿Qué pasa con ella?- la limpiadora mantenía la esperanza de convencer a María del Mar que Curro era una de sus mejores opciones. Nunca debía saber que el niño que esperaba no era suyo; ella le ayudaría para ocultarlo. Los nacimientos se podían adelantar; era algo que pasaba frecuentemente.

-Siempre he pensado que ella me daba largas porque no quería ponérmelo fácil, pero en el fondo pensaba que estaba loca por mí, y que, tarde o temprano, formaríamos una familia. Hasta que me ha enfrentado a la realidad.

-¿Cuál es la realidad, si se puede saber?

-Que está enamorada de otro.

-Eso no es verdad, Curro. Es tan joven que no sabe lo que quiere. Dale tiempo.

-No Beatriz. Ya no hay tiempo que valga. Me lo ha dejado claro y uno tiene su orgullo. Aunque una cosa te digo bien clara. Nadie en este mundo la va a hacer tan feliz como yo.

El camarero se marchó hacia su puesto, dejando a Beatriz preocupada por la situación. Lo había pensado bien, y las piezas encajaban a la perfección, pero la conversión de Curro en militar antes de que pudiera convencer a María del Mar y se olvidase del señorito, lo ponía todo en peligro. Debía hablar con ella de manera urgente y obligarla a seguir su plan. Era, sin duda, la mejor opción que tenía. Don Pablo jamás la iba a aceptar como esposa; finalmente la iba a abandonar e iba a cuidar a ese niño sola y repudiada.

Tras la limpieza de la recepción, Beatriz decidió ir a buscar a su amiga. En su camino encontró a Doña Rogelia.

-¡María del Mar no ha aparecido!- sus ojos, ensangrentados, presagiaban que Beatriz iba a ser foco de su ira.- Tienes que hacer su trabajo y el tuyo. Sin demora. Y cuando llegue va a estar dos semanas sin cobrar. ¡Llegar tarde hoy! ¡Jueves Santo!- Doña Rogelia continuaba gritando, mientras se alejaba de su lado.

Beatriz tenía la necesidad de encontrar a su amiga, pero ¿cómo hacerlo? No podía ir a buscarla, bajo ningún concepto. Si se marchaba del hotel, Doña Rogelia era capaz de quitarle la paga del mes entero. Pensó que Don Pablo debía saber dónde se encontraba y decidió intentarlo. La suerte le favoreció. Lo encontró desayunando solo en el gran salón principal. En una mesa, cerca de él, Don Luis daba instrucciones a dos caballeros que lo escuchaban con

atención. Era ahora o nunca. Se armó de valor y consiguió acercarse a la mesa de Don Pablo.

-Disculpe señor- el susurro era prácticamente imperceptible.

-¿Perdone?- el joven levantó la mirada, asombrado.

-Disculpe que le moleste, pero no sé si sabe usted que yo soy la mejor amiga de María del Mar, vamos que es como mi hermana. Y yo solo quería preguntarle, si no es molestia y usted tiene a bien contestarme, que yo lo único que deseo saber, y por la preocupación que tengo al quererla tanto...- Beatriz dirigió su mirada a ambos lados y comprobó que Don Luis la miraba con atención mientras hablaba con los dos caballeros. Debía terminar pronto la charla con Don Pablo y continuar con sus quehaceres si no quería perder definitivamente el trabajo- Bueno, que sólo quiero saber dónde está mi amiga.

-Y, obviamente, usted sabe que yo debo conocer el paradero de su amiga.

-Pues sí, lo sé todo- dirigió su mano hacia el vientre.

-No se preocupe. Está perfectamente. Hoy no va a venir al hotel, mañana nos marchamos. Le agradecería que fuese usted muy discreta con este tema, nadie debe saberlo.

-¿Se marchan? ¿Juntos?

-Claro, juntos. - Pablo miró hacia su padre, quien seguía observando la escena desde su mesa.

-Pero, mañana se van. Y ella no va a aparecer. Y no me he despedido.

-Cálmese- al joven le enterneció la tristeza de la limpiadora- le diré a María del Mar que le escriba una carta una vez que nos instalemos en nuestro nuevo destino para que usted se quede tranquila. Anotaré su dirección en mi cuaderno.

Beatriz continuó la jornada con una enorme felicidad. Ella había subestimado a su amiga. Lo que le decía era cierto. El señor se la llevaba lejos, e iban a criar juntos a su hijo. Era una alegría enorme. La iba a echar de menos. En esos años que habían trabajado juntas, se habían convertido en grandes amigas, inseparables. Su vida sin ella iba a ser un poquito más difícil, pero la enorme alegría de imaginarla feliz junto a su verdadero amor, compensaba la añoranza que seguro iba a sentir en los próximos meses.

El día se convirtió en agotador. La familia Pérez de Lion, al completo, pasó la jornada en la recepción del hotel, por si Primo de Rivera accedía a poner un pie en su Hotel, aunque simplemente fuese para tomar un café. Pero no fue así. Las procesiones terminaron de hacer sus recorridos, los huéspedes se marcharon a sus habitaciones y el insigne militar puso rumbo a Madrid. Y allí estaba Beatriz, terminando su jornada y recogiendo los últimos utensilios.

-Hasta mañana- un grupo de limpiadoras se despidieron de ella desde la puerta- ¿Nos acompañas?

-Aún no. Marcharos vosotras. Voy a recoger mis cosas, y quiero fumarme un cigarrillo antes de ir a casa.

Allí quedó. Sola. Disfrutando del silencio. Salió por la puerta de servicio. No había nadie. Iba a aprovechar un momento de calma antes de marchar a casa y afrontar su triste realidad. Miró el cielo estrellado y encendió un cigarrillo. Al inhalar el humo, cerró los ojos. Estaba sola, ante el mundo, ante sus problemas, pero podía superarlo. Sola. Podía con la enfermedad, con el duro trabajo, con la ausencia de un hombre. Podía. Seguía avanzando. Era una luchadora. Abrió los ojos al sentir una presencia tras ella. Se giró y la sombra de dos caballeros se reflejaba en el suelo. Estaba oscuro y no podía ver quiénes eran. Decidió huir. Alejarse para seguir avanzando. Debía seguir

avanzando. Su futuro la esperaba.

Capítulo 22

Málaga 2017

Alma llegó cuatro horas más tarde de la cita que tenía con el ginecólogo. Clara decidió no acompañarla tras los ruegos de su padre por no quedarse solo de nuevo.

-Mamá, me tenías preocupada. Te he llamado y no me has contestado.

-Siéntate, cariño.

-¿Qué pasa?- Alma parecía triste. Su cara reflejaba preocupación y cansancio.- ¿Qué ha ocurrido?

-No sé si ha sido una buena idea comenzar con todo esto, Clara. Ahora mismo creo que ha sido el gran error de mi vida.

-Mamá, por favor, explícame qué ocurre. ¿Qué te ha dicho el ginecólogo?

-Existen ocasiones en la vida, en que la ignorancia te hace feliz. Y creo que esta ocasión era una de ellas. He descubierto toda la verdad acerca de la historia de mi abuela.

-¿Hablando con el ginecólogo? ¿Sabía quién era tu abuela? ¿Se acordaba de la portera?

-No, él no tenía ni idea de quién era ella. Ni siquiera recordaba que hubiese una portera en su anterior consulta.

-¿Y cómo es posible que hayas averiguado tanto?

-Por esto- Alma abrió su móvil y le enseñó unas fotografías de unos escritos.

-¿Qué es eso? No veo nada- Clara intentaba ampliar la fotografía, de escasa calidad, que había hecho su madre con el móvil a unos papeles amarillentos escritos con letra cuidada y pequeña.

-Empiezo desde el principio. Imagínate la cara del doctor cuando, al tocar mi turno, he entrado en la consulta y le he contado exactamente para qué quería hablar con él. Era muy educado pero, en pocas palabras, me iba a echar de la consulta en ese mismo momento. Me decía que estaba muy ocupado y que no podía perder el tiempo conmigo. Yo le he insistido. He apelado a su corazón para que intentara recordar algo, cualquier cosa que su abuelo o bisabuelo le hubiese contado. Al final, tras unos minutos de silencio incómodo, se ha levantado y ha cogido unos cuadernos que guardaba en uno de los cajones de la biblioteca que tenía en su despacho. Me ha dicho que quizás eso me podía ayudar y que me permitía leerlos en la sala de espera, pero que no me los podía llevar. Al abrir los cuadernos he comprobado que se trataba de un diario. Era el diario del Doctor López de Muñiz. Pero el López de Muñiz de 1925. Ese López de Muñiz. En la primera página, el doctor narra que ha decidido escribir un diario, ya que, en su día a día, le ocurren cosas increíbles y que deben ser mantenidas en la memoria con el paso del tiempo. Comencé la lectura con deseos de encontrar algún apunte acerca de la portera del edificio, aunque sin muchas esperanzas, obviamente. ¿Qué iba a contar un ginecólogo importante de la ciudad acerca de la portera del edificio donde trabajaba en su diario secreto? Nada, pensé. Pues me equivocaba. Encontré la información más certera y útil que me podía imaginar. Le he hecho una foto a los pasajes que debes leer. Comienza por la primera fotografía, por favor.

14 de abril de 1925

Continúo con el objetivo de mantener viva para siempre la memoria de mis días.

El tema a tratar hoy es el de una joven, que viene recomendada por una gran Señora, Doña Soledad. Dueña del maravilloso y esplendoroso Hotel Regina, vino a verme hace unos días. Por la amistad que nos profesamos desde hace

años, he decidido ayudarla en la acción que me ha encomendado. Su hijo, el joven Pablo, ha dejado encinta a una joven limpiadora del hotel. Como gran Señora que es, Doña Soledad ha decidido preocuparse por el bienestar de esa ingenua chica y de su futuro bebé, buscándole una nueva ocupación. Va a ser la portera del edificio donde se encuentra ubicada la consulta. Asimismo me ha solicitado que yo tenga a bien hacerme cargo de dicho embarazo, y ayude a parir a la joven, llegado el momento, lo que me abonará ella misma, con un pago adicional, según dice, por tener que tratar a una mujer de clase a la que no estoy acostumbrado. Por supuesto, le he indicado que no será necesario dicho pago adicional.

21 de abril de 1925

Continúo con el objetivo de mantener viva la memoria de mis días.

Hoy quiero reflejar que he conocido a la portera. Una joven encantadora. Dados sus antecedentes, imaginaba en mi mente que la mujer iba a ser descortés y algo libidinosa. Nada más lejos de la realidad. La dama, cuyo nombre es María del Mar, es correcta hasta el extremo; accedió a la consulta una vez que todas las pacientes se habían marchado, ataviada con uniforme de limpieza, para, según me comentó, nadie pensara que venía como paciente. Le indiqué que, en futuras ocasiones, esto no debía ser necesario, y que yo podía decidir libremente a qué mujeres deseaba atender. Me lo agradeció de manera exagerada; hasta provocó en mí cierto sentimiento de compasión. La joven y su futuro bebé se encuentran en perfecto estado. Es muy reservada, pero creo que puedo conectar con ella, algo me dice que su estado anímico es preocupante.

28 de mayo de 1925

Continúo con el objetivo de mantener viva la memoria de mis días.

Esta mañana, soleada y calurosa en nuestra divina ciudad, al acceder a la consulta, he visto más apesadumbrada de lo normal a la joven portera. Atareada en sus quehaceres de limpieza del portal, prácticamente ni me miró al preguntarle si sufría alguna dolencia que le hiciera portadora de una tez que olvidaba su rosado natural. Tuve que insistir en que esta misma tarde acudiera a la consulta para revisar que todo progresaba adecuadamente. Así lo ha hecho. Acaba de marcharse justo antes de sentarme a escribir estas humildes líneas. Con poca pasión, dado que soy conocedor y guardián de un secreto que ni siquiera hizo falta que compartiéramos en voz alta, me ha relatado que su marido ha fallecido en tierras de Marruecos. Ambos nos hemos quedado en silencio tras semejante relato. La joven limpiadora ha recuperado el habla para comentarme que, con tanto trasiego y acongojada por la pena de la pérdida, había extraviado el Libro de Familia. De nuevo se ha instaurado un silencio entre ambos, pero yo, que me siento obligado, por la amistad que me une a Doña Soledad, para ayudar a la joven en todos los problemas que dicho embarazo le plantee, le he prometido conseguir un nuevo libro en el que quede reflejado su matrimonio y posterior viudedad, ya que mi gran amigo Ramón, con el que juego al dominó todos los domingos, es el nuevo Juez Municipal, y tendrá a bien ayudarme en tal tarea.

15 de junio de 1925

Continúo con el objetivo de mantener viva la memoria de mis días.

La joven María del Mar ha estado en la consulta hoy. Sentía un dolor intenso en el bajo vientre. Tras comprobar que todo estaba en perfecto estado, le he indicado que debería dormir más, pues he visto que sus ojos reflejaban un cansancio acumulado. Parece que me voy ganando su confianza y que, como imaginaba, su estado anímico no es todo lo bueno que debería ser en una futura madre. No han faltado más que dos preguntas para que me explicara el

origen de su actual preocupación. Al menos, de una de ellas, como se ha encargado de remarcar la joven portera. Una íntima amiga suya murió hace unos meses. Era viuda y ha dejado un huérfano enfermo a cargo de un hermano de la fallecida que, ni tiene trabajo, ni visos de encontrarlo. Al preguntarle yo por la enfermedad del infante, no ha sabido describirla con seguridad. Parece que el niño no aprende a hablar ni a moverse, a pesar de estar ya lejos de ser considerado un bebé. Por todo ello, la joven portera se ve en la obligación de llevar, todos los meses, parte de su sueldo al hermano de su amiga; aunque, ha insistido, en que le hace un recibo donde indica el nombre del niño para que, el actual tutor del menor, no vaya a gastar dicha cantidad en vicios y no en comida. No me ha hecho falta preguntar a qué vicio se refería, pues un movimiento de su mano, acompañado por sus ojos en blanco, me han dejado claro que lo que le pasa a dicho señor es que es fiel amante de sus iguales. Pero de los exactamente iguales. No puedo ni debo escribirlo de otra manera. Espero que, quien esté leyendo estas líneas, pueda entender sin más.

29 de julio de 1925

Continúo con el objetivo de mantener viva la memoria de mis días.

El calor de verano hace insoportable mantenerse un día más en la ciudad. Mañana marchamos a la casa de verano, a disfrutar de los días y noches de agosto, mirando al mar.

Le he preguntado a María del Mar si en agosto, que el edificio se queda prácticamente vacío y sin la necesidad de los servicios de portería, se va a marchar a algún lugar lejano. La pobre me ha indicado que le gustaría huir al lugar más lejano que existiera, pero que se iba a conformar con quedarse en su portería. Le he insistido en que debería, al menos, ir a ver a sus padres, si es que los tenía aún en esta vida y no habían iniciado el camino eterno. La

respuesta ha sido concisa: siguen en este mundo pero, yo, para ellos, he sido la que ha iniciado el camino eterno.

Me he separado de ella con enorme congoja. Está sola en la vida. Absolutamente sola. Y he pensado en el mes de agosto, en todos sus días, aquí, en una existencia que pareciera más propia de un sueño que de una realidad. He decidido hablar con mi gran amigo Joaquín Ruiz, propietario de este edificio, para que la próxima semana se lleve a cabo la instalación de un baño privado en las dependencias de la joven portera. Así al menos, aumentarán sus comodidades, ya que la barriga es incipiente y el futuro bebé aprieta la vejiga con fuerza.

23 de septiembre de 1925

Continúo con el objetivo de mantener viva la memoria de mis días.

Mi dulce portera me ha traído hoy un regalo. No he podido hacer otra cosa que abrazarla cuando he descubierto que era una gran torta de aceite hecha con sus propias manos. En una de nuestras conversaciones diarias, al llegar a la consulta con los primeros rayos de sol, o al marcharme de ella, acompañado de la luna, le indiqué que las tortas de aceite me recordaban a mi infancia. Así que ella, soportando el peso de la abultada barriga, con los tobillos algo inflamados por el calor que aún sufrimos en la ciudad, y con la soledad que la invade día tras día, y la preocupación acumulada por el hijo enfermo de su amiga fallecida, ha decidido estar horas en la minúscula cocina de la portería cocinando mi enorme torta de aceite.

14 de octubre de 1925

Continúo con el objetivo de mantener viva la memoria de mis días.

La joven María del Mar me ha recibido hoy con una enorme sonrisa. Con ilusión desbordante me ha pedido que entrara en la portería. Es la primera vez

que accedo al interior. La oscuridad es absoluta, pero lo tiene limpio y ordenado, con lo que ha convertido el pequeño espacio en un lugar acogedor. La insistencia porque yo entrara era para enseñarme un regalo que acababa de recoger en su visita mensual a la casa de su amiga fallecida. Apoyado en la mesa del pequeño salón, se encontraba un enorme cuadro. He tenido que disimular para no expresarle mis sentimientos reales acerca del mismo, ya que me ha parecido tremendamente horroroso. Aparte de la crítica que pudiera hacer sobre el mismo, yo sé la realidad acerca de su procedencia, y, la joven portera, es conocedora de que yo tengo esa información. Supongo que, por esa razón, ha decidido hacerme partícipe de su alegría. A pesar de ello, me he visto en la obligación de recordarle que nadie debería ver el cuadro jamás, o podrían malinterpretar la relación de la portera con el joven pintor afincado en París, hijo de mi admirada y muy querida amiga Doña Soledad. Me he sentido en la obligación de recordarle que su marido ha fallecido y que ella es la portera de ese edificio, sin más pasado que el que se esconde entre las paredes de su humilde portería. Algo en su mirada ha cambiado tras la conversación, volviendo al estado anímico que la poseía cuando la conocí.

6 de noviembre de 1925

Continúo con el objetivo de mantener viva la memoria de mis días.

Hoy ha dado a luz la portera. Yo pretendía traerla a la consulta, donde la iluminación es mejor, pero no ha dado tiempo. Ha sido la lavandera, que se ha hecho muy amiga de María del Mar, quien ha subido a avisarme del estado inminente del parto. Cuando he bajado, tan solo he podido ayudar a que terminara de salir el pequeño cuerpo. Ha sido una niña. Las dos se encuentran en perfecto estado y la lavandera ha decidido pasar unos días ayudando a la portera, lo cual ha aliviado mi sentimiento de angustia por la soledad de la

joven, ya que, desde nuestra conversación acerca del cuadro, no ha vuelto a dirigirme la palabra, ni tan siquiera, para darme los buenos días.

Por mi parte, el pacto al que llegué con Doña Soledad ha finalizado hoy. La joven ha dado a luz a una niña, hija de un militar fallecido y, así, ha quedado inscrito en su libro de familia.

Clara miró a su madre. Lo que acababa de leer dejaba claro que su investigación había llegado al final. Se arrepentía de haber descubierto aquel secreto oculto durante tantos años por su bisabuela. Y, a pesar de que estaba segura de que era su bisabuela la que había querido que lo supieran, guardando la carta y el cuadro, no estaba tan segura de si su madre era feliz descubriendo que su abuelo no era en realidad ese hombre que se reflejaba en una minúscula foto guardada, posiblemente, como pieza importante para ocultar la realidad, sino que la sangre que corría por sus venas era la de un pintor cubista, afincado en París, hijo de una de las familias más importantes de la ciudad malagueña a principios del siglo XX. Clara pensó que quizás, su madre, debería luchar por el honor de aquella joven portera. Tenía el diario del Ginecólogo; podían demostrar que era cierto; más el cuadro y la carta. Con todo ello, podrían pedir una prueba de ADN de los restos de algún descendiente de la familia Pérez de Lion, cotejándolos con los de su abuela. Comenzó a intentar exponerle la idea a su madre, pero Alma no le permitió terminar de hablar.

-Yo soy nieta de María del Mar Rodríguez Ruiz y Francisco García Sánchez. Ella, una humilde portera de un edificio de calle Carreterías. Él, un pobre militar fallecido en la guerra de Marruecos, que dejó a una mujer viuda, encinta y sola en el mundo. Así era y así va a seguir siendo para siempre.

Capítulo 23

Málaga, 10 de abril de 1925

María del Mar deambulaba por el piso como fiera enjaulada. Hacía horas que la luz del amanecer inundaba el salón. Llevaba más de un día esperándolo y Pablo no había aparecido. La indicación fue clara; ella tenía que ir al piso y esperarlo. Cuando llegara, se irían juntos hasta la estación. Sin embargo, la espera se estaba haciendo eterna. Apenas había dormido y ni tan siquiera probado bocado. En la pequeña despensa encontró unas galletas, algo duras, que le sirvieron para no desfallecer durante su encierro. Mientras se asomaba a la ventana, sin descorder el visillo por miedo a ser descubierta, le pareció escuchar un leve ruido en la puerta. Debía ser él. Corrió hasta la entrada y paró sus pasos esperando cerciorarse de la realidad de aquél golpe. Dos nuevos sonidos le hicieron observar por la mirilla. Por fin. Allí estaba. Era él. Venía a buscarla. Las dudas se esfumaron en el segundo en el que su imagen apareció en aquél agujero minúsculo. Abrió la puerta deseando abrazarlo. Y lo vio. Ante ella. No traía maleta alguna. Vestía la misma ropa que el día anterior. Su cara tornaba a blanquecina y sus ojos estaban rodeados por una rojez propia del llanto. María del Mar no comprendía a qué se debía su estado, pero intuía que no era portador de buenas noticias.

-Pablo, ¿vienes a por mí?- la pregunta, susurrada, sonó como un ruego. Pablo cogió su mano dulcemente, entrando en la vivienda, cerrando la puerta con el pie.

-Mar, ha ocurrido algo horrible. No sé cómo decirte esto. Llevo horas dando

vueltas por la ciudad sin atreverme a venir. Soy un cobarde.

-Me estás asustando. Por favor, dime que has venido por mí, que hoy nos marchamos a París.

-Debemos irnos. Muy rápido. Pero antes debes conocer una noticia horrible.

-¿Horrible? ¿Qué ha ocurrido?- Pablo la miraba, acariciando su mano, sin atreverse a decir nada.- Di algo, por favor. Podemos irnos juntos, ¿verdad? ¿Has venido por mí?- la joven comenzó a llorar.

-Es Beatriz...

-¿Beatriz? ¿Qué pasa con mi amiga?- el llanto desapareció de repente. La joven miraba al pintor desconcertada.

-Beatriz ha... cariño, no sé cómo decirte esto. Mar, te quiero con toda mi alma. Y tenías razón. Quieren hacernos desgraciados. Van a ser capaces de cosas horribles...

-¿Qué le pasa a Beatriz, Pablo? Dime por favor qué ha ocurrido porque no entiendo nada. -El cuerpo de Beatriz ha sido encontrado sin vida esta mañana en las aguas del puerto.

María del Mar notó un frío intenso recorriendo su pecho. De repente, sus piernas perdieron estabilidad y notó cómo su cuerpo se precipitaba hacia el suelo. Pablo la sujetó y consiguió tumbarla en el sofá. La limpiadora lo miraba, con los ojos inundados de lágrimas, deseosa de recibir una explicación ante tal desconcierto.- Cariño, lo siento. Ha sido culpa mía. Todo ha sido culpa mía. Nunca tenía que haberme enamorado de ti. No supe medir las consecuencias. Debíamos habernos marchado solos, sin pedir ayuda. Huir de aquí sin despedirnos. Me he equivocado y es todo culpa mía. Lo de Beatriz no ha sido un accidente. Él pensaba que eras tú, por eso los mandó hasta ella, porque se quería asegurar de que tú y nuestro hijo desaparecierais. Y por esa razón, para él debes desaparecer. Debemos huir ya, rápido. No hay

tiempo para nada.

María del Mar intentaba pensar y aclarar las ideas que lograba entender. Beatriz estaba muerta. Y, según Pablo, su muerte tenía que ver con el amor que se profesaban ambos. Pero, ¿por qué? ¿Qué tenía ella que ver en todo eso? Pablo le dedicó una mirada de amor infinito. Sabía que ella no comprendía la situación. Tenía que ser claro. El tiempo apremiaba y debían irse a París.

-Mar, mírame y atiende a lo que te voy a decir. Debemos irnos. No podemos quedarnos por más tiempo aquí, esperando a que te encuentren.

La joven limpiadora comenzaba a entender la situación. Beatriz había muerto. Su amiga, la única que la había entendido y apoyado, a la que quería como una hermana, estaba ya fuera de este mundo. Y en ese preciso momento pensó en Antoñito... ese pequeño niño que, por su culpa, se había quedado sin madre. Sin nadie que lo ayudara a sobrevivir, sin una persona que lo arropara cuando hiciera frío, que lo abrazara cuando tuviera fiebre, que calmara sus golpes con un beso ligero en la herida; ese niño no tendría la oportunidad de ser feliz, porque estaba muerta la única persona que podía conseguirle un futuro, la única persona en el mundo que lo quería tal como era y que luchaba por curarlo. La muerte de Beatriz había firmado la sentencia de su pequeño, y ambas pesaban en la conciencia de María del Mar de tal manera que le impedían respirar. Miró con abatimiento a Pablo. A su futuro que iba a convertirse en pasado, porque debía hacerlo. Sabía que esa sería la última vez que iban a estar juntos. Se incorporó del sofá. Abrazó fuerte a Pablo, sintiendo cada centímetro de piel que rozaba. Besó lentamente sus labios. Le quitó la ropa memorizando su cuerpo desnudo. Hicieron el amor con calma, entre lágrimas, con pasión infinita, sabedora de que era la

última vez. Llegaron al clímax con el sabor agridulce de no poder convertir ese momento en eterno.

Una vez que sus cuerpos estaban calmados, María del Mar comenzó a hablar.

-Tu padre ha matado a Beatriz pensando que era yo. Nunca va a dejar que estemos juntos; nunca va a dejar que tenga un hijo tuyo. Tu madre sabía que él era capaz de hacer esto y, por eso, me ha buscado un sitio donde esconderme. Él no sabrá que estoy allí y podré tener nuestro hijo. Yo viviré con la amargura de no verte jamás, y de no rozar tu piel, ni tus labios, ni mirar tus ojos, ni sentirte. Esa será mi horrible penitencia.

-¿Qué estás diciendo?- los ojos de Pablo comenzaron a enrojecerse- Tú te vienes ahora mismo conmigo. No pienso dejarte aquí. Va a matarte.

-No va a encontrarme. Es imposible. Tu madre ha sabido ocultarme muy bien. Es una tumba en vida.

-Mi vida sin ti no tiene sentido. Me quedaré aquí.

-Si no te vas, me encontrará. Si estás aquí, no seremos capaces de estar separados. Y nos encontrarán.- María del mar posó las manos sobre su barriga- Debemos pensar en él; su futuro está en nuestras manos.

Pablo comenzó a moverse por el piso como un ave enjaulada. Sabía que ella tenía razón pero se resistía a aceptarlo.

-Me da igual lo que me dices. Nos vamos juntos. No soporto la idea de no volver a verte.

-No puedo, Pablo. Debo quedarme.

-¡No nos van a encontrar!- el pintor comenzó a gritar desesperado- ¡Vámonos ya! ¿Qué demonios te detiene aquí?

-Mi conciencia me detiene.

-¿Conciencia? Ella está muerta; no va a resucitar por mucho que entierres tu vida y la de nuestro hijo en aquella portería.

-Es mi obligación cuidar al niño.

-A nuestro hijo lo cuidaremos los dos.

-Al otro niño. A Antoñito- la cara de asombro de Pablo dejaba claro que no sabía a quién se refería- El hijo de Beatriz. No puedo dejarlo solo. Necesitaba su dinero para vivir.

-Mar, tú vas a tener que criar sola a nuestro hijo. ¿Acaso crees que vas a poder alimentar a los dos?

-Podré, no te preocupes por mí. Tu madre me ha buscado un techo y un sueldo. Eso es suficiente. Podré sacar para los dos niños, ya lo verás. Pero Antoñito... ese niño me necesita. Beatriz está muerta por mi culpa- las lágrimas corrían de nuevo por sus mejillas.

-Ya nos apañaremos, podemos mandar dinero desde París.

-No es sólo dinero, Pablo. Por favor, no me lo hagas más difícil. Voy a ser lo más parecido a una madre que va a tener. No puedo marcharme. Y necesito que lo entiendas y que me apoyes, porque mi vida va a ser horrible y necesito saber que, al menos, no me odias.

Pablo comenzó a comprender que la decisión era definitiva. La abrazó con toda la fuerza que conservaba en su cansado cuerpo.

-En dos horas estaré montado en un tren rumbo al infierno en el que se va a convertir mi vida sin ti. Mi musa, mi amor, mi todo- Pablo se giró y miró el cuadro inacabado de la joven sentada, riendo. Recordó la felicidad plena del momento en el que la pintaba.- Ese cuadro será tuyo. No sé cómo, pero te lo haré llegar. Eso es lo único mío que podrá tener nuestro hijo.

Pablo abrió su pequeño cuaderno viendo la dirección de Beatriz, aquella que había anotado con la intención de que ambas amigas se cartearan, recordando lo que tan solo había ocurrido un día antes, aunque pareciera que le distanciara de aquél momento una eternidad.

-Esta es la solución para que tengas tu cuadro, amor mío. A esta dirección lo

enviaré, sin remite, sin pista alguna, sin tu nombre. Allí te estará esperando. Cuando lo recibas, tenlo cerca, ponlo junto a ti, que tu vida gire en torno a sus colores, a sus formas, a su sentido. Míralo y disfruta como si estuviésemos observándolo juntos. Míralo y recuerda cada minuto de nuestras vidas que hemos compartido. Míralo y piensa que nuestro hijo es fruto del amor que sentimos. Porque este cuadro es mucho más que una mujer sentada riendo. Este cuadro es toda nuestra vida. En él empezó y en él pervivirá para siempre.

Capítulo 24

Málaga 2018

Hacía tan solo dos días que Fran había llegado a Málaga y ya empezaba a estar enamorado de la ciudad. Junto a Clara, habían visitado los Museos Picasso y Thyssen, la Alcazaba, habían paseado por calle Larios, y por el Paseo Marítimo, parando en un chiringuito a comer espetos. Todo era mágico. Málaga era realmente la ciudad de la luz. Esas vacaciones eran especiales. Por fin, y tras meses preparándolo, habían cuadrado las agendas, escapándose uno de la facultad parisina y otra del museo madrileño.

El encuentro casual hacía un año había despertado sentimientos en Fran no correspondidos. Pero él se consideraba paciente. Tenía por delante toda la vida y sabía que, tarde o temprano, ella sentiría lo mismo. Nada ni nadie iba a conseguir que perdiera la esperanza.

-¿Qué haces ahí parado?- Clara le gritaba desde el agua, mirando a Fran que jugueteaba con los pies en la orilla, sin atreverse a que el mar bañara sus tobillos.

-Está demasiado fría.

-En Málaga nunca está demasiado fría. Eso es en tu tierra.- Clara se acercó hasta él, acompañándolo en los surcos que ambos creaban con los pies en la arena.

-Gracias por hacerme de guía. La ciudad es increíble. Mañana debes llevarme a conocer el edificio que albergó el Hotel Regina. Después de la historia que me has contado, me muero de ganas por ver todos los lugares por los que

anduvieron tus bisabuelos.

-Aún se me hace raro considerar a Pablo Pérez de Lion mi bisabuelo. Es complicado, sobre todo porque mi madre no quiere saber nada del tema.

-Tu madre debería estar feliz por haber descubierto semejante hallazgo. De hecho, tu bisabuela quería destapar la historia, una vez muerta. Si no, ¿por qué crees que dejó el cuadro, la carta y la revista Litoral en su casa?

-Yo creo lo mismo, pero mi madre prefiere dejar a los muertos descansar en paz.

-¿Sabes que sois herederas de una de las familias más ricas de Málaga?

-También se lo dije. Pero le cambió el semblante solo al pensar que debían exhumar el cadáver de su abuela. Mi madre no quiere saber absolutamente nada más de este tema. Aunque a mí me cuesta olvidarlo y hacer como si nada supiéramos. Mi bisabuela tuvo un idilio con el hijo de los dueños del hotel donde trabajaba. Para colmo, ese hijo era artista. Mal artista, pero artista al fin y al cabo. Todo parece indicar que los obligaron a separarse y él se quedó en París para siempre, muriendo completamente solo, y ella se dedicó a ser portera de un edificio, obligada a mantener a su hija y, para colmo, al hijo enfermo de su amiga, que murió justo en ese tiempo. Hay películas y novelas con menos trama que esta.

-La trama es un clásico de la época, Clara. El niño rico se enamora de la empleada y sus padres se oponen. Pero, en toda la historia, y repasando todo lo que has descubierto, hay algo que parece un cabo suelto. Y que, mirándolo con la perspectiva de los años que han transcurrido, resulta extraño.

-¿Más extraño que encontrar un cuadro cubista en la habitación de tu bisabuela, la cual nunca había demostrado el más mínimo interés por el arte, y ni tan siquiera tenía formación para conocer las diferentes corrientes artísticas?

-Relacionado con eso. Hay algo que no has descubierto.

-Ya te he dicho que mi madre no quiere saber absolutamente nada más del romance de mis bisabuelos.

-No es exactamente de ellos.

-No te entiendo.

-Toda la historia encaja a la perfección. Sabemos, gracias a tu investigación, que tu bisabuela se enamoró y se quedó embarazada. Y que él se tuvo que ir, por mandato de su familia; y que ella consiguió trabajo en la portería; y que la madre de él la ayudó, hablando con el ginecólogo para que la asistiera; y que él le pintó un cuadro horroroso que le envió a la vivienda de la amiga.

-¿Y bien? ¿Qué te extraña?

-La amiga.

-¿Qué pasa con la amiga?

-La amiga muerta.

-¿Qué pasa con la amiga muerta?!

-La amiga muerta en extrañas circunstancias- Clara miró a Fran algo desesperada, solicitando con la mirada que terminara su razonamiento, para poder comprender dónde quería llegar.- En la historia todo encaja. Pero hay una muerte extraña. Una amiga muerta, sin saber cómo. Dejando un hijo minusválido. Esa parte es extraña. Y todo me hace pensar que la muerte de la amiga no puede ser casualidad. Debe estar relacionada con la historia de tus bisabuelos.

Clara se quedó en silencio. Miró a su derecha. Allí estaba el puerto de Málaga. El color se fue, todo se convirtió en blanco y negro. El viento frío erizó su piel. Se hizo el silencio. Estaba sola. El mar en calma. Todo había desaparecido. Su entorno había cambiado. De repente, a lo lejos, apareció una mujer, desesperada en la oscuridad de la noche. Dos hombres la perseguían. Ella corría. Ellos andaban muy rápido. Uno de ellos llevaba algo en la mano,

una especie de palo de metal. Se acercaban. Estaban justo al lado. El puerto estaba oscuro y vacío. Grita, mujer, pensó Clara. Grita que te ayuden. Pero el hombre levantó la mano, elevando el objeto de metal con fuerza. Clara cerró los ojos evitando compartir la horrible escena.

-Te has quedado pálida- la voz de Fran la trajo al presente. Al abrir los ojos, de nuevo brillaba el sol con fuerza, y unos niños se lanzaban una pelota en la orilla.

-Creo que llevas razón. Todo debería encajar a la perfección. Debemos averiguar algo acerca de esa amiga, Beatriz.

-¡Sí! Por supuesto que hay que hacerlo. Algo me dice que se lo debemos, aunque debes estar preparada. Karen investigó y descubrió algo que le cambió la vida para siempre.

-¿Karen? No tengo ni la más remota idea de quién es Karen.

-¡Karen es una diosa! Mirando donde no debe, descubre que su marido le es infiel con su secretaria, cambiando su vida para siempre.

-¿*Love Actually*? ¿De verdad aún sigues con esa película?

-Clara, el amor es el inicio de todo. Todas las historias, las grandes y las pequeñas, nuestros orígenes, nuestros secretos, todo gira en torno al amor. Y esa película es la mejor expresión de todo tipo de amor posible.

-Fran, deja el tema del cine y del amor. Hay un tema más importante y urgente. Ayúdame, y hagamos que esa extraña muerte deje de ser extraña.

Clara miró hacia el puerto. De nuevo la imagen perdió el color. A lo lejos, aquella mujer. Esta vez la miraba fijamente. Tenía un dulce semblante. Le sonreía. Vestía traje negro, con delantal y cofia blancos. No había rastro de los dos hombres que la perseguían. Estaban solas. La miraba fijamente. La mujer comenzó a dar unos pasos hacia ella. Se acercaba lentamente, con el

brazo estirado, tendiéndole la mano. Clara sintió escalofríos que recorrían su espalda. De repente, justo cuando iba a tocarla, la mujer desapareció. Clara dio la vuelta sobre sus pasos. Se encontraba totalmente sola. Varios giros sobre sí misma hicieron que se mareara, cayendo sobre la arena. El sol cegaba su visión. En sombras intuyó dos nuevas figuras. El entorno continuaba en blanco y negro, pero entrecerrando sus ojos podía distinguir que se trataba de una mujer joven. No era la que huía. Era diferente, más bella, más joven. Y junto a ella, un hombre. Ninguno de los dos parecían percatarse de su presencia. Ella se encontraba sentada y riendo. Él, de pie, enfrente, con un lienzo en blanco en el que comenzaba a dar las primeras pinceladas.

El color regresó. Clara abrió los ojos. Un nuevo camino se abría ante ella. El presente no era más que el fruto de presentes pasados llenos de historias por descubrir. Y ella estaba dispuesta a hacerlo.

Capítulo 25

París 1985

Sus piernas cansadas le hacían moverse con dificultad. La respiración entrecortada le obligó a sentarse en el sillón del salón. Miró al techo y pensó en ella. Como siempre, como cada día de su solitaria y aburrida vida. Llevaba años tomando aquella dichosa pastilla pero no solucionaba nada. Según el médico, gracias a ella iba a conseguir mejorar su estado de ánimo, recuperando las ansiadas ganas de vivir. No había dado resultado. Y hacía semanas que, por decisión propia, había dejado de tomarla. Con más de ochenta años, no creía que fuese momento de recuperar las ganas de disfrutar la vida. Tenía que llegar a su fin. Aunque si lo pensaba fríamente, no había sido un desgraciado. Al menos, no como los desgraciados que se habían cruzado en su vida. La Segunda Guerra fue lo peor. Podía contar por decenas a los amigos muertos o mutilados. Y comparándose con ellos, él era un privilegiado; había permanecido en París, esquivando alistamientos, posguerras, décadas de recuperación, crisis económicas, nuevas recuperaciones... y él se mantenía allí, inamovible en aquel piso del barrio de Montmartre.

Lo había intentado. Puso todo su empeño en ello. Pero no pudo ser; no había conseguido ser un gran pintor. Ni tan siquiera ser un pintor. Gracias a la ayuda económica de sus padres, había adquirido varios pisos en el centro de París, cuyos ingresos por los correspondientes alquileres le eran suficiente

para subsistir. Los únicos gastos con los que contaba eran los de su alimentación. Nunca había aprendido a cocinar, y el bistró centenario que se encontraba junto al portal, se había convertido en una extensión de su cocina. Allí acudía a desayunar, a almorzar, y a hacer una merienda tardía que le servía de cena, antes del cierre del local a las siete de la tarde. Los camareros habían ido cambiando con el paso de los años. Pero aún recordaba a Raquel. Su imagen era nítida, como si no hubiesen pasado veinte años desde la última vez que la vio. El pelo rizado moreno y unos ojos color miel la hacían destacar en aquella barra de madera oscura rodeada de pequeñas mesas de mármol blanco. La cafetería era elegante, los camareros uniformados parecían hechos en serie, pero ella... ella no. Quizás fue porque se convirtió en la primera mujer que trabajaba en el local; hasta ese momento, todos los camareros habían sido hombres. Pero la década de los sesenta trajo consigo una revolución en la ciudad, y la gran revolución de su adorado bistro, fue contratarla a ella.

No debía tener más de veinte años y él ya había cumplido los sesenta, aunque, la verdad es que se conservaba bien y aparentaba, como mucho, cincuenta. Su abundante pelo, acompañado de una gran estatura, le ayudaban a mantener un aspecto juvenil.

Cuando la joven camarera se enteró que era español, decidió servir su mesa cada día para, al menos, practicar su idioma de nacimiento, que añoraba. Lo que comenzó siendo una conversación cordial, centrada en el calor, la lluvia, las exquisiteces que la cocinera había preparado cada día, o el tráfico cada vez más insoportable, se convirtieron en charlas artísticas, sobre las nuevas corrientes que se iniciaban en la capital francesa. Para su asombro, la camarera tenía un gran interés pictórico y su poca formación la suplía con la pasión con la que aprendía lo que él le enseñaba. Poco a poco fueron ampliando su amistad y, en una ocasión, él se armó de valor y le pidió que le

acompañara a ver una exposición. Sin dudarlo ni un sólo instante, ella aceptó la invitación. Todo era perfecto. Era febrero y, tras ver detenidamente cada una de las obras de la exposición, de vuelta a casa, el frío les obligaba a caminar juntos, cada vez más pegados para recuperar algo de calor. Ya eran cerca de las siete de la tarde y la luna había aparecido. Ella charlaba sin parar, acerca de los cuadros, acerca de España, acerca de su corta vida. Él la miraba ensimismado, sintiendo algo extraño. Eso era lo más parecido a una relación que había tenido desde que llegó a París por segunda vez, desde que ella decidió quedarse allí y no acompañarlo, desde que tuvo que huir sin mirar atrás y convertir su vida en un pasar de días sin objetivo y sin destino. Llegaron a su portal. Ella dejó de hablar. Lo miró fijamente a los ojos. Él sabía lo que quería. Ella cogió su mano. El simple roce de la piel hizo que se estremeciera por dentro. Cerró los ojos. Su mente voló a Málaga, a su lado, siempre junto a ella. Y a ese bebé, que ahora sería un hombre o una mujer. Probablemente habrían formado una familia. Ella era joven, guapa, lista, y cualquier hombre habría sucumbido a sus encantos, aceptando a ese niño como propio. Estaba seguro de ello. Ese había sido el motivo por el que, cuando por fin sus progenitores fallecieron, había decidido no regresar, no volver a recuperar su vida, a recuperarlos a ellos. Porque quizás María del Mar era feliz, y su esposo era un buen hombre con el que habría tenido bellos hijos. Y el amor de su vida quizás sólo lo recordaba cuando miraba los ojos de ese primer hijo que fue el inicio del fin. Y quizás, ni tan siquiera estaba en su poder el cuadro que pintó para ella, el retrato de la mujer sentada riendo que cambió su destino para siempre.

La camarera apretó la mano con fuerza y él volvió a mirarla.

-Va a cerrar ya el bistro. Aquí acaba nuestra cita. Tengo que entrar antes del cierre o me quedaré sin cenar hoy. Mañana nos vemos.

Y así terminó su relación. Al día siguiente ya no estaba la camarera detrás de

la barra. Una semana después, por fin decidió preguntar por ella. Según el dueño, había conseguido un empleo mejor. Sin más.

Seguía mirando al techo. Pensaba en ella. Siempre en ella y en aquel diente que le volvió completamente loco. Qué cansado estaba. La imaginaba sentada en una oscura portería, dándole luz a todo lo que le rodeaba; la imaginaba paseando junto al mar; la imaginaba mirando cualquier cuadro sin comprender lo que quería transmitir. Y ese era el resumen que podía hacer de su vida, ahora que ya se había convertido en un anciano cansado; una sucesión de días imaginando a María del Mar. Logró incorporarse. Las piernas apenas respondían a la solemnidad que quería otorgarle a su último camino. La decisión estaba tomada. Pasó junto a la puerta de la entrada de camino a la cocina. El ladrillo de la pared continuaba estando fuera de su lugar. Llevaba años pensando en arreglarlo, pero se había hecho tarde. En el armario de la cocina le esperaba su futuro más inmediato. La caja estaba completa, pues, tras la última compra, había decidido no tomar ni una sola pastilla más. Las ingirió de golpe. De camino al salón, dio un leve golpe al ladrillo para lograr uniformidad en la pared. Se sentó en el sillón y sus ojos se cerraron para siempre.

Fin